

RESEÑAS BIOGRAFICAS

1. Ramon Maria Aldasoro
 2. Jose Antonio Aguirre
 3. Lope de Aguirre en su Purgatorio
 4. Aramburu
 5. Sabino de Arana el Libertador vasco
 6. Lucio de Aretxabaleta
 7. El Pastor bueno Monseñor Arias
 8. Artetxe y su coche, el castigo de los dioses
 9. Nuestro Don Pio Baroja y Nessi
 10. De Bolivar a Zaldivar
 11. Madariaga Bolivar y los Vascos
 12. De nuestra estirpe Jose de Cadalso
 13. Arturo Campion y Jayme Bon
 14. Castelao y su Muerte
 15. El Doctor Couture
 16. Dialogos de Actualidad
 17. Dialogos de muertos
 18. El Cano, Juan Sebastian
 19. Francisco de Xabier
 20. Jesus de Galindez
 21. San Ignacio y el Euskera
 22. Irureta Goyena y los vascos perdida sensible
 23. Larranaga, el Eximio Uruguayo
 24. Leizaola Cultura y Responsabilidad
 25. Urrundik versos de Telesforo Monzon
 26. Orixe
 27. Narciso de Oyarzabal
 28. El Principe de Viana
 29. Honrando a Dardo Regulez
 30. Juan Sarrasqueta
 31. Martin de Ugalde
 32. En el Homenaje a la memoria de Don Juan de Uruga
 33. Andres de Urdaneta
 34. Leyendo a Victor Hugo
 35. El Vasco Francisco de Vitoria
 36. Viajeros extranjeros en Vasconia
 37. Juan de Zumarraga
 38. Dos hombres y un pueblo
-

JOSÉ ANTONIO DE AGUIRRE, O LA LEALTAD

Algorla, 1905 - París, 1960

El día 7 de octubre de 1936, un joven abogado, representante de Vizcaya en el Parlamento de la República en Madrid, prestaba juramento de su cargo de Presidente del Estado Autónomo Vasco: "Humillado ante Dios; en pie sobre la tierra vasca, con el recuerdo de los antepasados, bajo el árbol de Guernica", según la fórmula rezaba traducida al idioma español.

Como él mismo escribiera después: "Cualquier extranjero que después de presenciar el poder ítalo-alemán de Franco se hubiera asomado aquella tarde a Guernica y hubiese visto aquel Gobierno de hombres jóvenes presentándose solemnemente a su pueblo, y aquellas tropas de voluntarios mal equipados desfilando con la bandera que hasta entonces había sido menospreciada, hubiese pensado que se trataba de una concentración de locos o de niños jugando a mayores. Pero los vascos comprendíamos plenamente la trascendencia de aquel momento histórico en el que Euzkadí, la nación que fue siempre democracia y nunca dejó de serlo, volvía a renacer a la vida de la libertad, y precisamente en los momentos en que empezaban a triunfar en Europa doctrinas mil veces más abyectas que el feudalismo, al cual nuestros antepasados nunca habían permitido brotar en nuestro suelo".

En esas líneas está la razón profunda de aquel histórico momento de Guernica. Pero, ya antes de llegar a él, la vida entera de Aguirre había sido como un solo momento; tanto se componía de momentos inspirados todos por el mismo indeclinable espíritu que le impulsaba en rectilínea trayectoria a través de su existencia toda: el de la lealtad.

Lo primero de todo, Aguirre fue leal a su herencia nacional. Entendió siempre, y con todas sus consecuencias, la perogrullesca verdad de que los hombres no nacemos por generación espontánea ni en varios sitios a la vez. Procedemos de raíces que han bebido por siglos sus jugos vitales de una tierra en la que abrimos los ojos por vez primera y el amor a la cual, por tanto, es simple cuestión de hombría de bien. Amor de predilección que no

" Este artículo es muy significativo pues se escribe inmediatamente al fallecer el Lendakari Aguirre. Como patriota y amigo íntimo, Aniezagaga se condujo de él. Escribirá más sobre Aguirre (ver Bio Bibliografía) pero todo queda resumido en su capítulo del Hambre Vasco. excluye otros amores, pero que ha de estar siempre por encima de ellos; amor que es fuente de los más puros gozos y de los más dolorosos sacrificios, como lo es todo amor que tal nombre

meraca. Hijo de un pueblo que ostenta una historia de libertad que, sin jactancia alguna, podemos decir que difícilmente es igualada por otro alguno, y que, después de incontables siglos de este goce no hacía todavía uno que la había perdido, la lealtad imponía a Aguirre, como a todos sus compatriotas conscientes, el luchar por la recuperación de nuestra específica herencia, arteramente arrebatada. Y si, con el prurito de universal nobleza que siempre nos aquejó, el feudalismo nunca pudo entrar en nuestra tierra; y si, con un catolicismo por todo el país sentido y vivido, la Inquisición no había podido ser implantada entre nosotros, libre siempre en su espíritu como materialmente lo fue de los poderes de Roma, germano y árabe, hubiera sido absurdo suponer que, al renacer, tras breve ocaso, a la vida de la libertad, pudiéramos pensar siquiera en sumisiones ni en pactos ni en componendas con la averiada "doctrina" que los falangistas españoles venían a imponernos, aunque apoyados esta vez, simultáneamente, por los representantes de los tres poderes que, históricamente y por separado, habían intentado en vano subyugarnos, es decir: los alemanes de Hitler con sus "Heinkel" y sus "Kun-ker"; los romanos de Mussolini con sus numerosas divisiones de "voluntarios" escoltados por los "Caproni", y la morisma empeñada en la fantástica empresa de una "cruzada" con que, precisamente ellos, iban a imponer la civilización cristiana al pueblo quizás más cristiano de Europa. Contra todo esto teníamos que luchar los vascos, en enorme inferioridad de condiciones y, sin alternativa posible porque, para usar palabras de Thomas Paine, se puede pedir a los que pongan en juego vida y fortuna para mantener sus derechos, pero sería absurdo pedirles que se pongan a luchar para sostener que no los tienen.

Y esas tropas voluntarias mal equipadas de que habla Aguirre, con su bandera al frente, se batieron gallardamente contra las potencias de la invasión y la regresión. Y los hombres de Intxorta y Sabigain, de Peña Lemona y Solube, entre otros muchos, están ahí para decir al mundo la heroica epopeya que los gudarís vascos supieron escribir con su sangre en aquellas desiguales luchas. Y si en alguna otra de esas batallas, como la memorable de Artxanda, el cuerpo de Aguirre no quedó tendido para siempre sobre la tierra vasca, no fue porque dejara de lanzarse a la muerte, con el mismo heroico empuje que lo hicieron sus gudarís. Sencillamente, porque entendió que ello entraba, como tantas otras cosas, en lo que la lealtad a su cargo demandaba.

Esta lealtad lo llevó, después de la derrota militar, a mantenerse en el exilio, en todo momento y circunstancia, como bandera viva de la unidad de los vascos en el propósito de la recuperación de la libertad nacional. El Gobierno que en torno a Aguirre se constituyó en Guernica no ha dejado de existir un solo momento. Sí algunos de los hombres han cambiado por obra de los

años, las fuerzas políticas a que respondían y que representan los varios sectores ideológicos del país y la abrumadora mayoría de su población, siguen en sus puestos. Y, junto al católico, se agrupan los Consejeros del poderoso Partido Socialista de Euzkadi, los de Acción Vasca, Partido Republicano, etc., con el mismo ejemplar fervor e inquebrantable espíritu de unidad que el primer día y que es el que en otro que ahora podemos ver muy cercano, ha de conducirnos a la recuperación de lo que en estos tristes veinte años de opresión se nos niega a sangre y fuego.

Si esto ha sido y es posible; si hombres de tan dispares ideologías han permanecido y permanecen tan férreamente unidos en los años de desgracia, dando un ejemplo que bien quisiéramos hubiera sido en otras partes imitado, no hay duda de que, fundamentalmente, ello se debe al maduro espíritu de responsabilidad, de los partidos políticos vascos que siempre han sabido estar a la altura de la hora. Pero no sería justo dejar de reconocer que, si la unidad ha sido posible es porque siempre, a la cabeza y como símbolo de ella, ha estado un hombre dispuesto a todos los sacrificios para mantenerla. Un hombre en quien sus compañeros de Gobierno, trocados invariablemente, todos los que al principio no lo fueron, en sus cordiales amigos, han podido ver siempre un símbolo vivo de la lealtad para con todos.

Esta lealtad a su herencia nacional y a su pueblo; esta lealtad a sus propias convicciones y a las de sus colaboradores de todos los colores; esta lealtad a su juramento de Guernica, a sus compañeros del Gobierno Vasco y a los de la República, lealtad ejemplar y que resplandece entre otras altas cualidades del Presidente Aguirre, como una de sus más nobles prendas, es la que ha de llevarnos, en la unidad y el esfuerzo común, a la meta codiciada. Aquella meta en que la libertad es el premio que nunca más nos será arrebatado, porque ella no ha de ser fruto de la fuerza o del azar, sino natural producto del esfuerzo consciente de los corazones limpios que, como el de Aguirre, lo mismo ante los embates de la fuerza, que ante las seducciones del fácil acomodo, han sabido ser siempre, humilde pero firmemente, leales a sí mismos. El Universal, Caracas, Marzo de 1960.

ARAMBURU*

Pocas herencias más ingratas y difíciles que las que las dictaduras dejan. A los pocos años de alegre derroche que muchas veces sirve para dar una falsa apariencia de prosperidad; al período de rígido orden que no es tal sino sustitución del debido estado de conciencia que individual y colectivamente impone desde dentro a cada ciudadano el sentido de la responsabilidad, por aquel otro status en que la reglamentación hace callar las voces de prote

sta o de simple disconformidad con lo ordenado por el superior cerebro que ha de pensar por todos y para todos; a la acumulación, en una palabra, de tanta y tanta cuestión cuya resolución fue durante años y años artificialmente diferida, ha de suceder un período que todos desean, naturalmente, breve, de reordenación de valores, de realista fijación económica, de encararse con cada problema vivo y presente y luchar con él, a brazo partido, sabiendo que el solucionarlo es obra del diario esfuerzo y que nadie en las cosas humanas contó nunca ni contará jamás con una universal panacea en la que de antemano están consignadas las inmutables soluciones.

Este período de ingrato y arduo laborar en que forzosamente ha de huirse del oropel de las brillantes realizaciones y ha de pasarse por ello, tantas veces, por el vía crucis de la incomprensión y aun el desprecio, es el que actualmente estamos viviendo en Venezuela; el que en tantos otros países hemos conocido, y el que habrán de sufrir otros que en carne viva nos duelen, cuando la caída de los déspotas, que hoy de su soberana voluntad hacen ley, vuelva a dejar en manos del pueblo, juntamente con el ejercicio de su dignidad recobrada, la responsabilidad de pensar y resolver, entre todos, las preocupaciones y tareas que de todos y de cada uno son.

Así sucedió en la República Argentina donde un régimen inicuo sembró la corrupción y la subversión de valores por todo el país; donde el hombre que se autoerigió en el único cerebro pensante y voluntad actuante de la nación consiguió algo que parecía increíble si los regímenes dictatoriales no nos hubiesen ya enseñado a creer en los más inverosímiles disparates. Consiguió que uno de los países más ricos y prósperos de la tierra; un Estado de ya proverbial riqueza y que, en los años inmediatamente posteriores a la terminación de la guerra mundial, pudo todavía constituirse en poco menos que el granero del mundo que hambreada, llegase, al terminar los

* Aramhuru, Pedro Eugenio, residente en Argentina (- 1970). En 1960 visita Venezuela y es recibida en el Cemro Vasco de Caracas. En mayo de 1970 fue secuestrado. Dos meses más tarde, apareció su cadáver en Timóte, cerca de Buenos Aires. años del régimen que quiso disfrazarse de protector de las clases desheredadas, fervoroso de espíritu nacional y pleno de paternas ansiedades, al borde de la miseria económica, el desastre financiero, la subversión social y el caos político.

Afortunadamente para ese gran país, la Providencia, además de otras bendiciones, puso a su frente en el difícil período de reconstrucción a un hombre de los que al hacer culto de su propia honra, hacen, a la vez, la honra del pueblo a que pertenecen. Un hombre de clara mente, enérgica voluntad y lim

pio espíritu libre de ambiciones o dominado, quizás, con toda la fuerza de su recio carácter: la de trabajar por la elevación de su país sin pensar para nada en la elevación propia; imponer el orden democrático llamando a los conciudadanos a las propias responsabilidades, para lo cual, entre otras cosas, había de convocar a elecciones generales cuya pureza se encargó inflexiblemente de mantener, poniendo así en marcha el libre juego de la voluntad ciudadana en el ejercicio de ese fundamental derecho; naciéndose él voluntariamente a un lado en una designación para la que, sin duda alguna, contaba con el cordial y decidido apoyo de la mayoría; y prometiendo entregar inmediatamente el poder a quien la voz del pueblo designase por mandatario.

Y lo cumplió así. Y en estos tristes años en que la condición humana parecía rebajarse hasta los suelos en tanto ambicioso y ambiciosillo, en tanto dictador y dictadorcillo como viene avergonzando al mundo, el general Pedro Eugenio Aramburu fue y es nada más y nada menos que todo un hombre, a cumplir simple y sencillamente con la palabra que dio; venciendo dos veces al vencerse a sí mismo y dando testimonio, una vez más, del valor de esa institución que desde tiempos antiguos adquirió caracteres casi sagrados y relieves de figura jurídica en las orillas de El Plata: la palabra de vasco.

Al pensar en este hombre que estos días nos honra con su presencia, hemos recordado, más de una vez, aquellas encendidas palabras de su otro compatriota, también de su misma estirpe, el ilustre Esteban Echeverría: "Los esclavos o los hombres sometidos al poder absoluto no tienen patria, porque la patria no se vincula en la tierra natal, sino en el libre ejercicio y pleno goce de los derechos ciudadanos... Acordaos que la virtud es la acción, y que todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna de un hombre... Gloria a los que trabajan dignamente por hacerse dignos hijos de la patria: de ellos será la bendición de la posteridad. Gloria a los que no transigen con ninguna especie de tiranía y sienten latir en su pecho un corazón puro y libre y arrogante".

El Universal, Caracas, Febrero de 1960.

EL PASTOR BUENO. MONSEÑOR ARIAS*

Lo recordaremos siempre. Con el buen recuerdo que en nosotros dejan esas presencias bienhechoras que vamos hallando en el camino de la vida y que labran, en definitiva, la mejor parte de ella.

Lo recordamos en la bondad de su corazón. Aquella su radical bondad con que sabía comprenderlo todo mejor aún, si cabe, que a través de su clara int

eligencia. Porque si ésta es luz capaz de las más profundas revelaciones, no actúa como el fuego del corazón que nos funde y moldea a imagen y semejanza de nuestro prójimo haciendo nuestros, no sólo sus pesares y sentires, sino, lo que aún más vale, los motivos y razones más íntimos de ellos.

Lo pudimos ver así, una y otra vez, identificado con nuestros propios problemas. Con la tragedia de nuestro pueblo vasco, uno de los más sólidamente cristianos del mundo, sacrificado a las inconfesables ambiciones de quienes, para poder mejor satisfacerlas, se proclamaron campeones de la Cruz. Como si ésta, símbolo de la libertad de las almas, pudiera, en ningún caso, servir para legitimar la tiranía y justificar el genocidio; como si Cristo no fuera, ante todo, libertad; esa libertad que dignifica a los pueblos como a los hombres al constituirlos en dueños de la elección de sus propios caminos; como si Cristo no fuera, por sobre todas las cosas, amor radicalmente incompatible con toda forma velada o confesada de régimen de fuerza.

Era Monseñor Arias esencialmente un hombre de su pueblo. Un venezolano de corazón que sentía en lo más hondo de la entraña el palpitar de todos los problemas, las zozobras y las angustias de las clases más desamparadas del país. Como sabía sentir en su alma, naturalmente demócrata, todas las heridas y ofensas que a la dignidad de su pueblo se hizo en negros días padecer. Por eso, alerta siempre a sus necesidades espirituales y temporales, sabía acudir con su palabra y con sus obras al remedio de ellas. No fue nunca — y ahí están sus valientes pastorales para testimoniarlo — de la clase de aquellos pastores a los que las Escrituras llaman "perros mudos" ni de "los que se apacientan a sí mismos", sino de los que saben bien que su misión es apacentar a su rebaño. Y al servicio de éste consagró su vida que giró entera bajo el signo de la sencillez. El alto dignatario de la Iglesia fue siempre fiel reflejo del hombre que conocimos a través de un alma pura y transparente; incapaz en su sencillez de concebir siquiera desviaciones de conducta motivadas en factores de conveniencia o complicaciones de diplomacia. Era uno de esos hombres limpios a los que posee por entero la verdad y llevados de ella a nada saben temer ni a ninguna otra cosa aspiran sino a que esa verdad resplandezca, seguros de que, en fin de cuentas, no hay gloria alguna que así pueda coronar al hombre como la rectitud de su conducta, ni política tan sabia como la que, huyendo de pretendidas sutilezas, endereza siempre sus pasos por la luminosa vía de lo justo y de lo honesto.

Su desaparición nos afecta hasta lo más hondo, pues sabemos bien lo que con su pérdida todos hemos perdido; por eso su recuerdo perdurará siempre en nuestros corazones que lloran por el Pastor y el amigo. Pero las palabras sobran ya. Más autorizadas que las nuestras han señalado, por otra parte,

justicieramente, el volumen y la hondura de la obra por Monseñor Arias realizada o puesta en vías de ejecución. Frente a ella hemos de ahogar nuestra pena, recordando la consoladora sentencia de la Escritura: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Ya desde ahora dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los van acompañando".

El Universal (?), Caracas, Octubre 7 de 1959.

DE BOLÍVAR A ZALDIVAR*

Por: Salvador de Madariaga

Con motivo de mi reciente artículo sobre los vascos y el sentido común, un vasco de allende el mar me recuerda a Mendel. Característico. Porque las leyes de Mendel se aplican a plantas y animales, y yo hasta ahora no había ni soñado que un vasco fuera un mero animal. Vamos a ver si nos entendemos. Un vasco es un hombre, y un hombre es un animal (que suele ser) racional, es decir, un ser cuyo cuerpo animal cobija un espíritu, donde vibra lo divino. Lo que hay de animal en el vasco es lo que rige la ley de Mendel. Pero lo que hay de espíritu, no. Y por lo tanto, la ley de Mendel no se aplica o se aplica muy poco al vasco como vasco, puesto que lo vasco es más espíritu que cuerpo.

Dicho de otro modo, no hay raza vasca, como no hay raza española ni raza francesa; aunque hay razas blanca, amarilla y negra; pero lo que hay son formas del espíritu humano moldeadas por la historia a través de siglos de convivencia en los crisoles territoriales que son las naciones delimitadas por la geografía. De modo que los vascos del sur de los Pirineos son españoles y los del norte son franceses, por obra y gracia de la historia. Vascos y catalanes, por vivir unos y otros sobre el Pirineo en sus dos zonas más transitables, han recibido influencias históricas de ambas naciones: Francia y España. Navarra fue francesa y el Rosellón español. Pero al fin venció en ambos casos la historia articulada en la geografía, y hoy es el Rosellón francés y la Navarra españolisima.

Si damos por evidente que la evolución de la vida tiende siempre hacia mayor espíritu y menor animalidad, se puede medir el grado de progreso y desarrollo de una actitud o ideología según vaya su tendencia hacia el espíritu o hacia la animalidad. Vistas así las cosas, el vasco que afirma ser dos veces español por ser vasco está más adelantado en su evolución humana que el vasco que dice que él no es más que vasco; porque el primero se da cuenta de que los vascos con los gallegos, castellanos, leoneses, catalanes y demás

"naciones" españolas han creado algo original y único en la historia, que es lo español, creación espiritual; mientras que el vasco que

* Inseriríamos el artículo de Madariaga, Salvador (1886- 1978), replicado por Arnezaga. Damos así al lector alcance más cumplido de una polémica de prensa que conmoción!) por «sos días y por igual a vascos y vascos. A estos último.!, porque Madariaga escribió una biografía de Bolívar que fue prohibida en Venezuela.

no es más que vasco quiere encerrarse en lo que hay de común entre las cuatro variedades hispanas y las tres francesas, siendo así que esto de común no es ya lo espiritual e histórico sino lo animal y físico y sujeto a la ley de Mendel. De modo que estos vascos nada más que vascos se crearán todo lo católicos que quieran, pero no entienden la esencia del homenaje de Jesucristo que está en la primacía de lo espiritual sobre lo carnal.

Se trata, pues, de un caso de retroceso o de retraso infantil. La historia de Europa ha consistido precisamente en crear espíritus nacionales armónicos con grupos humanos distintos y a veces enemigos. Francia, Inglaterra, Suiza, son casos elocuentes. El suizo de Lausanne que prefiera irse con los franceses de Savoya a seguir conviviendo con los suizos germánicos de Zurich sería civilizado, que ha preferido ser francés siendo así que física y lingüísticamente es alemán.

En España, pues, los vascos separatistas son lo contrario de los vascos autonomistas. Estos son la gente más avanzada e inteligente, la que ve el sentido de la evolución humana hacia siempre más espíritu, más convivencia, más libertad, más armonía en las diferencias. Pero los separatistas no se han enterado de lo que es la evolución ni el progreso. Aspiran a deshacer lo que las once o doce naciones españolas medievales han construido en el curso de los siglos, que es el espíritu español; y prefieren encerrarse en una especie de rebaño exclusivo racial, es decir, animal, sin espíritu alguno. Se trata de algo muy parecido al terrible episodio retrógrado que padeció Alemania (país hecho de sajones, polacos, daneses, francos, húngaros y Dios sabe qué), cuando Hitler la convirtió al evangelio animal de "Sangre y tierra". Ya sabemos cómo terminó aquella tragedia. No es cosa insinuar que los vascos separatistas van a convertirse en unos nazis sanguinarios. Son por lo general excelentes sujetos y no va por ahí la cosa. Se trata de señalar que la actitud y el pensamiento racista que es el meollo del separatismo vasco es esencialmente de índole anti-espiritual y aún animal; y, por lo tanto, a la vez contraria al progreso y al cristianismo.

Si insisto tanto en este aspecto del problema vasco que consiste en distinguir lo autonomista y civilizado de lo separatista y cerril, es porque considero lo vasco como el elemento fundamental de lo español. "El alcaloide de lo español" lo llamaba Unamuno. Yo prefiero otra imagen. Para mí lo vasco es el tronco de la encina española, que da tres vigorosas ramas, lo leonés, lo castellano y lo aragonés, y de estas tres sale toda la florida y fructífera periferia. Si metemos la sierra separatista en lo vasco, se secará España entera. Y por eso creo mucho más grave el separatismo vasco que los demás separatismos, porque se trata del tronco mismo de nuestro país. Y no sólo se secaría España entera, sino el vasco también; porque lo vasco español respira, florece y fructifica en España y sin España se moriría.

De modo que no abusemos de Mendel, y (al menos para estas cosas del nacionalismo), leamos más historia y menos biología. No sigamos insistiendo en que Bolívar era vasco por la ley de Mendel (y aún en que yo lo soy y niego a Mendel por declararme más bien gallego), porque no tiene sentido este argumento. Ya en mi anterior artículo hice valer que de los sesenta apellidos de Bolívar sólo a lo más ocho son vascos; de modo que, aún con Mendel en la mano, Bolívar sólo sería vasco en un trece por ciento. Pero Bolívar no es un producto mendeliano; es una creación histórica hispano-americana, un espíritu venezolano, criado, amamantado, fermentado, destilado en el ambiente de Caracas y de San Mateo. Si algo de español hay en él, a mi ver, como ya lo insinuó en mi libro, su mirada honda y la forma y expresión de su rostro en reposo, siempre melancólica y añorante, se me antojan esencialmente gallegas. El vasco, además, en lo físico, es forzado, musculoso y hasta corpulento. Bolívar era de poco cuerpo. Todo lleva a confirmar que en él dominaba el espíritu sobre la carne.

Y para terminar, no insistamos tanto en sacar consecuencias vasquistas de un mero apellido, porque si a los apellidos nos vamos a fiar, el exdictador cubano se llamaba Fulgencio Batista Zaldívar, que no sólo es vasco sino que hasta rima con Bolívar. De modo que Mendel y en verso.

El Universal, Caracas, Abril de 1961.

DE NUESTRA ESTIRPE. JOSÉ DE CADALSO

Nacido en 1741 y muerto en 1782 es Cadalso —según Azorín— "uno de los más simpáticos ingenios del siglo XVIII; resúmese en su obra — acaso mejor que en otra alguna— todo el espíritu de aquella centuria... Cadalso viajó por Francia, Alemania, Inglaterra; conocía las lenguas de esos países; admiraba sus literaturas. Fue poeta y costumbrista. Entre sus poesías hay algunas muy

delicadas —como las que titula *Letrillas pueriles*—; la crítica social la hizo en *Eruditos a la violeta*, en las *Cartas marruecas* y en los *Anales de cinco días*. De todos esos libros, el más importante es el segundo.

Originario de una noble familia vizcaína, nació, sin embargo, fuera de Euzkadi muriendo a consecuencia de la explosión de una granada ante la sitiada plaza de Gibraltar. La firmeza e independencia de su genio vasco, unidas al conocimiento de las culturas nacionales que sus viajes le proporcionaron, hicieron de él un crítico duro, pero justiciero, de los valores históricos y sociales de la España en que le tocó vivir. Son en España, dice, "muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde; toman chocolate muy caliente y agua fría; se visten; salen a la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven a la plaza, dan cuatro paseos; se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven a casa; comen muy despacio; duermen en la siesta; se levantan; dan un paseo al campo; vuelven a casa; refrescan; van a tertulia; juegan a la malilla; vuelven a su casa; cenan y se meten en la cama".

Esta crítica, como advierte Azorín, es precursora de la más honda de Fígaro, de Mariano José de Larra, otro retoño de nuestra estirpe que dentro ya de la revolución romántica afirma su personalidad de modo aún más definido y bravo. Los vascos con Cadalso en el siglo XVIII, Larra en el XIX y Unamuno en nuestros días, muestran en la España moderna las figuras sucesivas de los grandes descontentos. Quisiéramos, en otra ocasión, ocuparnos de este sugestivo tema.

Ciñéndonos a Cadalso, diremos que, a pesar de haber nacido y vivido lejos de la tierra de sus padres, guardaba para ella un especial cariño como puede apreciarse a través de diversos pasajes de las *Cartas marruecas*, la más importante de sus obras, como dijimos. Así dice en la XXVI: "... los cántabros —entiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno— son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fueron los primeros marineros de Europa y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país, aunque sumamente áspero, tiene una población numerosísima, que no parece disminuirse con las continuas colonias que envía a América. Aunque un vizcaíno se ausente de su patria, siempre se halla en ella como se encuentra un paisano suyo. Tienen entre sí tal unión, que la mayor recomendación que puede uno tener para con otro es el nuevo hecho de ser vizcaíno, sin más diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor de poderoso que la mayor o menor intermediación de los lugares respectivos. El señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí que algunos llaman a estos países las provincias unidas de España".

De la originalidad y peculiaridad de la nación vasca da testimonio rotundo en su carta LXVII: "Desde tu llegada a Bilbao no he tenido carta tuya y la espero con impaciencia, para ver qué concepto formas de esos pueblos en nada parecidos a otro alguno. Aunque en la capital la gente se parezca a la de otras capitales, los habitantes de las provincias y del campo son verdaderamente originales. Idioma, costumbres, traje, son totalmente peculiares sin la menor conexión con otros".

A la antigua y jamás domeñada independencia de los vascos rinde tributo en su carta III: "...la fortuna de Roma, superior al valor humano, la hizo señora de España como de lo restante del mundo, menos algunos montes de Cantabria, cuya total conquista no consta de la historia de modo que no pueda dudarse".

En la carta IV se refiere a la pericia náutica de los vascos: "Cuatro pescadores vizcaínos en unas malas barcas hacían antiguamente viajes que no se hacen ahora sino rara vez y con tantas y tales precauciones que son capaces de espantar a quien los emprende".

En la LVII hace una referencia a lo mismo: "...Pilotos holandeses, vizcaínos, portugueses, que navegaron con tanta osadía como pericia y, por consiguiente, tan beneméritos de la sociedad, quedan cubiertos con igual velo".

En la II habla de la variedad y diversidad de gentes que pueblan la Península: "Un andaluz en nada se parece a un vizcaíno; un catalán es totalmente distinto de un gallego; y lo mismo sucede entre un valenciano y un montañés".

¡ Lástima grande que no hubiera conocido mejor a su patria! Tres años antes de que Cadalso escribiera sus Cartas había sido fundada la sociedad vasca de Amigos del País (1765); para él, tan ardiente enamorado del progreso y de prosapia vasca, había en las filas de esa sociedad un puesto de honor. Porque esta sociedad laboraba con el mismo espíritu que hacía escribir a Cadalso aquellas frases: "Trabajemos en las ciencias positivas para que no nos llamen bárbaros los extranjeros". "Haga nuestra juventud los progresos que pueda: Procure dar obras al público sobre materias útiles. Deje morir a los viejos como han vivido".

ARTURO CAMPION Y JAYME-BON, (1854-1937)

Se ha cumplido recientemente el primer centenario del nacimiento de este pa

triarca de las letras vascas, y en todas las partes del mundo donde existen colectividades procedentes de aquel país se han celebrado actos en homenaje al ilustre compatriota que se nos fue; en todas partes, menos en la propia Euskal Erria, en su Navarra idolatrada, donde tal clase de demostraciones ha sido prohibida.

Porque Arturo Campión, gloria de nuestras letras y caballero intachable, prototipo de caballero cristiano, como por allí gusta decir, cometió reiteradamente un pecado por el que hubo de pagar con molestias y vejaciones durante el último año de su vida que fue el primero de la sublevación militar. Ni su venerable ancianidad —ochenta y tres años— ni el respeto y consideración que la dignidad de su vida y la jerarquía de su obra impuso siempre a amigos y adversarios le salvó de la saña de la tiranía franquista porque era precisamente su pecado el último que ésta podía y puede perdonar, que el de Campión no era otro que amar mucho a su patria y hacer de su vida entera una continua añoranza de sus glorias y un perpetuo suspiro por su libertad.

Desde su primer escrito hasta el último, en sesenta años de dedicación sin tregua a su ideal, y a lo largo de setenta y dos obras impresas y tres más que a su muerte dejó listas para ja imprenta, la vida de nuestro compatriota no fue sino eso: una antorcha encendida que el exceso de su amor mantuvo siempre en alto para ejemplo y guía de sus conciudadanos en el camino de la recuperación nacional.

Desde su primera juventud vivió soñando siempre con su Navarra gloriosa. Aquella a la que el Dante proféticamente previniera: "...e beata Navarra se s'armasse del monte che la fascia" (Paraíso, XIX, 143-4); aquella a la que Shakespeare ensalzara en la primera de sus comedias: "Navarra shall be the wonder of the world" (Love's Labour's Lost, 1. 1); aquella de la estirpe vasca de los Sanchos, el Mayor engendrador de los reinos; el Sabio que llamaría al euskera "lingua navarrorum", el Fuerte, quebrantador de las cadenas de las Navas de Tolosa; aquella de la afrancesada corte de los Teobaldos con sus trovadores, sus cruzados y sus delicias del palacio real de Olite; aquella en que la influencia castellana compite con la del norte e inspira al glorioso e infortunado príncipe de Viana, con referencia a los Estados que codician nuestra tierra, la elocuente divisa que hubo de añadir a sus armas y en la que se ven dos lebreles que se disputan un hueso por

ambas extremidades y cuyo mote reza "Utroque roditur"; aquella Navarra de los héroes de Amayur, de los leales que ante la invasión castellana prefirieron caer en el campo de batalla o, como la familia entera de Francisco de Xabier, morir navarros en el destierro antes que perder su nacionalidad en la pr

opia tierra... hasta llegar a la Navarra doliente de sus días, casi olvidada de sí misma y que en las dos guerras carlistas del pasado siglo, en medio de las cuales nació Campión, perdió por completo su libertad, pasando de glorioso reino soberano a provincia repartida entre los dos poderosos vecinos, para que se cumpliera el triste presagio del Príncipe de Viana.

El amor empujó a Campión, que ya hombre no conocía la "lingua navarrorum", a estudiarla y poseerla hasta convertirse en una de sus primeras autoridades. El amor lo llevó por el campo de nuestra historia a través de los diez tomos de sus "Euskarianas" donde el culto a la verdad, la erudición y la elocuencia corren parejas. El amor fue su guía en sus novelas y cuentos, verdaderas reconstrucciones históricas algunas como Don García Almorabid, El bardo de Itzatzu, La visión de Don Carlos, príncipe de Viana, El coronel Villalba, etc., etc., y amor y dolor pusieron sus manos en obras como Blancos y Negros, La bella Easo, Pedro Mari, El último tamborilero de Erraondo, etc., etc. Diputado por Navarra, senador por Vizcaya, Don Arturo mucho más que político fue eso: uno de los más gloriosos artesanos de la cultura vasca que prestigió como Presidente de la Sociedad de Estudios Vascos, Presidente Honorario de la Academia de la lengua vasca, Académico de las de la Historia y Ciencias Morales y Políticas de Madrid y otros altos cargos que por sí solos hablan de la jerarquía del hombre que perdimos, cuya pluma de subidísimos quilates nunca buscó la gloria al precio del descastamiento.

La secular desviación de Navarra fue el gran dolor de Campión. Los últimos meses de su fecunda y dilatada vida se tornaron aún más dolorosos, cuando la villanía y la insensatez tendieron sobre toda nuestra tierra tinieblas más espesas aún que las que velaban los ojos ya casi totalmente ciegos del ilustrado maestro. Se diría que la Fatalidad quería coronar con sus más punzantes espinas su vida mostrándole, al fin de ella, la ruina de todo aquello para lo que él, ardiente y generosamente, vivió.

Cuando pensamos en ello, nos sentimos desconsoladamente tristes. Pero, al fin y como siempre, triunfa en nosotros la esperanza. Ya mirando a Navarra donde después del sonado incidente del alcalde de Navascues, es el de Alio el que acaba de enmarcar y poner en su despacho, como un título de honor, el úkase de destitución dictado contra él por el Poncio foraneo, con esta acción: "Destituido por defender los Fueros de Navarra"; ya sobre esta generosa tierra oriental, al recordar al primero de sus hijos que casi con los mismos años de Campión, y cuatro antes de que éste naciera, muere en aquella quinta de Ibiray, incapaz seguramente de pensar en su sociedad y olvido, que al desaparecer oscuramente de este mundo dejaba para siempre a su nombre la herencia de la gloria y a su patria la corona de la libertad.

El Plata, Montevideo, Agosto 20 de 1954. Euzko Deya en el Uruguay, Montevideo, Setiembre 30 de 1954.

CASTELAO* A SU MUERTE

Estamos hoy junto al dolor de Galicia que llora la muerte de su hijo más esclarecido, Alfonso Rodríguez Castelao; estamos junto al dolor de Galicia que es hoy también nuestro propio dolor.

Porque debemos mucho a Castelao. Le debemos, en primer lugar, el regalo inapreciable de su amistad cuyo recuerdo será siempre una de las cosas buenas de nuestra vida. Porque era la de Castelao una de esas presencias bienhechoras que reconcilian al hombre con el hombre mismo. Escritor, erudito, dibujante, humorista, todo ello de subidísimos quilates, era por encima de todo eso, o diríamos mejor como base y sustento de todo ello, un corazón generoso, un alma cristalina, una conciencia y una conducta de aquéllas que en definitiva son las que dan la medida del valor de un hombre.

Le debemos también el descubrimiento de Galicia. No la conocíamos o la conocíamos mal hasta que la pudimos contemplar a la luz del enamorado corazón de este hijo de excepción que con su doble vista de patriota y de poeta, penetraba sin esfuerzo y sin fatiga hasta la entraña misma del alma de su pueblo en todas sus facetas. Entonces conocimos la verdad gallega, la terrible verdad de un pueblo bueno, laborioso y noble, rebajado de su propio nivel por siglos de un centralismo insaciable; la trágica verdad de una raza que ha de ver a sus hijos, hombres de trabajo y empresa, forzados a una agotadora e incesante emigración de sus dulces tierras, porque en ellas sus sudores sólo sirven para llenar ajenas arcas; la verdad maravillosa también de una patria olvidada, arcaica y original en cuyo saudoso verbo reyes y trovador es supieron revestir la alteza de sus conceptos en el que gimió el enamorado Macías y la divina Rosalía entonó sus cantos de amor, de dolor y de esperanza; ese verbo que fue grito de dolor en los magníficos versos de Curros Enríquez y resonó con acentos proféticos en las vibrantes estrofas de Eduardo Pondal.

Nosotros, hombres de otra raza, aprendimos con Castelao a querer hondamente a Galicia, pueblo que, en siglos de dolor y de martirio, no ha podido aún encontrar, por los caminos de la Historia, la senda de su auténtica y aún no revelada grandeza.

¿Pues, y Galicia, que no le deberá? Nada hay que quitar a los precursores

como Faraldo y Brañas, ni a la legión de patriotas que tras ellos va creciendo, ni a los mártires como el insigne Alejandro Bóveda que la tiranía franquista ha alzado para siempre a la adoración fervorosa de los corazones gallegos. Sin restar nada a ellos, podemos decir que habrá que llegar a Castelao para que el alma gallega encontrase a su máximo intérprete; a un hombre que la encarnase plenamente en altura y en hondura; a uno que fuese como Castelao lo ha sido y lo será ya siempre, más que un hombre, un compendio y un símbolo; un forjador de pueblos y un líder sin siquiera proponérselo; un ser en el que estaba toda entera y desbordante, caliente y viva el alma de Galicia. Porque eso ha sido, en resumen, Castelao: todo un pueblo y una patria.

Por eso ésta se duele hoy; por eso visten de luto los campos gallegos; llora su cielo con aquella lluvia, incesante, evocada en los versos de Rosalía:

"Cómo chove muidiño, Cómo muidiño chove; Cómo chove muidiño Pol - a banda de Laiño, Pol - a banda de Lestrobe"

Llora hoy su dolor Galicia, pero sabiendo que es este dolor de aquellos que han de convertirse en alegría. Porque hombres como Castelao jamás han vivido en vano para el pueblo que los vio nacer. Su ejemplo, su obra, su recuerdo quedan para siempre como fuerzas tutelares de la tierra que amó tanto. Los bárbaros poderes que hoy martirizan a ésta pasarán al desprecio y al olvido; pero el recuerdo de este hombre de la libertad, de este hombre supremamente inteligente, bueno y amable; de este hombre que pasó por el mundo con la conciencia de un justo; el corazón de un apóstol y la sonrisa de un niño, se hará cada día más y más presente, más vivo y actuante en el alma de Galicia, el amor a la cual, puro, pleno y sin reservas, fue la suprema razón de su existencia.

El Plata, Montevideo, Enero 11 de 1950.

ARTECHE Y SU COCHE. EL CASTIGO DE LOS DIOSES*

Ejemplos escalofriantes de la más negra ingratitud o del más absoluto desprecio a lo que parece debiera sernos más caro los vemos, oímos y leemos todos los días. Desde aquella víbora de la fábula que atentó contra su generoso bienhechor, pasando por el hijo que deja consumirse de hambre a su madre o el esposo que se juega a una carta a su dulce cónyuge sin tener para con ésta ni la mínima atención de comunicárselo previamente, son infinitos los casos de esta especie que nos va deparando la vida a los que ya llevamos hecho por ella un recorrido que bien quisiéramos más corto. Pero, a pesar de todo eso, el estupor nos dejó de piedra al ver en la prensa montevideana el

siguiente anuncio: "Ford Sedan 31 dos puertas. Patente todo año, perfecto estado, gomas nuevas. Un solo dueño. Ver en Yi 1706".

Lo cual en vulgar romance quería decir que Pedro Artetxe vendía su coche.

Su coche, sí: aquel monumento histórico ambulante que por ser heredado de su abuelo, según unos, o de su bisabuelo, según otros no menos veraces cronistas, podía considerarse como una verdadera joya familiar; su coche, sí, el de los 58 atropellos, andar chirriantes y resoplar asmático; aquél que por estar tan indisolublemente unido a sus andanzas parecía ya formar tanta parte de su persona como Rocinante de D. Quijote o el rucio de Sancho Panza, ha sido puesto a la venta por su ingrato dueño mediante un vulgar anuncio económico de prensa, fríamente, despiadadamente...

Por la estima que aún reservamos para Artetxe preferimos —aunque la ocasión los brinda en abundancia— eludir todo comentario. Permítasenos solamente hacer aquí un llamado a la generosidad de todos los vascos de América para que mediante una generosa contribución, ese coche sea rescatado y puesto en lugar seguro hasta que llegue el momento de guardarlo para siempre en el Museo nacional vasco que lo espera.

Un reciente sábado, el venerado locomóvil hizo su último viaje con Artetxe al volante. Con su vacilante andar de abuelo conducía a cristianar a un recién nacido vasquito. Y de trecho en trecho, se oía un ahogado llanto que nadie podía asegurar que fuese del niño que comenzaba o del coche que terminaba la carrera de su vida...

El lunes, Artetxe, que se hallaba charlando con unos amigos en el hotel de "El Globo", se mostraba al despedirse particularmente obsequioso: "Tengo sitio para unos cuantos; así que como la tormenta está por descargar, aprovechen la ocasión". Y al decir esto brillaba en sus ojos la luz de un orgullo incontrolado.

Artetxe y cuatro de sus amigos salieron a la calle con las primeras gotas de la lluvia. Frente a la puerta del hotel se hallaban estacionados dos magníficos coches. Artetxe se fue hacia el más grande y sacando una llave de su bolsillo intentó abrir la portezuela. Ante su fracaso la mirada incrédula de sus amigos se tornó en una carcajada general. Pero, él, murmurando: "Aún no lo conozco bien", se fue al otro coche negro, acharolado de cuatro puertas, magníficos asientos de cuero, etc., etc., y la llave esta vez hizo su oficio. Artetxe se puso al volante y los amigos se acomodaron mudos de asombro ante tal ostentación de lujo. Pero, el arranque no respondía: "Está frío el motor

", murmuraba el flamante propietario. Pero los minutos pasaban veloces y aquello no tenía trazas de arrancar nunca. "El piso mojado... la cuesta"... aventuraba, de vez en cuando, tímidamente, Artetxe. Pero era ya tarde y los amigos tenían prisa. Uno tras otro fueron saliendo para tomar los autobuses que pasaban veloces por su lado como burlándose del reluciente coche inservible en el que, al cabo, quedó solo Artetxe.

Y una hora después, mientras el viento silbaba y la lluvia barría la calle la terquedad de nuestro amigo conseguía, por fin, que el coche arrancase, aunque, para nueva ironía, se volviese a parar, esta vez definitivamente, a un ciento de metros de su casa. Sólo a la generosidad y los brazos robustos de unos buenos vecinos se debió el que, por fin, pudiera ingresar en el garage que parecía mirarlo como a un usurpador.

En la negra noche los truenos seguían retumbando. Y Artetxe creía encontrar en ellos un acento inusitado. Resonaban a modo de estruendosas carcajadas; carcajadas formidables con que los dioses que tienen a su cargo el castigo de los que violan las eternas leyes de la amistad y la gratitud celebraban su primer fracaso automovilístico.

Euzko Deya, Buenos Aires, Julio 30 de 1947.

EL DOCTOR COUTURE EN LA ACADEMIA DE LETRAS DEL URUGUAY

Para los que arrancados de la paz de nuestros hogares por el vendaval de la injusticia, caminamos por el mundo a un forzado ritmo espiritual, la recepción del doctor Eduardo Couture en la Academia Nacional de Letras, uno de los actos de más alta jerarquía intelectual que estos años hemos podido presenciar, ha sido como una restitución momentánea a los tiempos perdidos y de los cuales ya hasta el sabor habíamos olvidado; baño de serenidad en los manantiales más puros del espíritu, que obró en nosotros como un bálsamo de mágica virtud. Con estas pobres líneas —única moneda que podemos ofrecer—, queremos pagar, en algún modo, el verdadero regalo espiritual que recibimos.

La jerarquía del acto la determinaron sus tres actores principales que en bello y armónico juego pusieron cada uno lo mejor de sí mismo en el cuadro y límite de sus propias funciones..

Porque el Presidente señor Raúl Montero Bustamante fue, ante todo y por todo eso, el Presidente: la figura señorial decorada y embellecida por los a

ños "Fortúnate senex...", que con sus palabras de apertura dio el tono adecuado al acto, un tono del que desde ya se comprendía que éste no podía salir. Palabra reposada, palabra segura, intérprete siempre fiel del concepto y plegándose a éste con la gracia y la severidad de una túnica clásica. "¿De dónde diablos ha sacado usted ese lenguaje?", preguntaban a Ma-caulay unos amigos por los tiempos en que el eximio hombre de letras británico comenzó a asombrar a su país y pronto al mundo, con la seducción de su prosa incomparable. De donde lo sacó ya lo sabemos, y, del mismo modo cuando escuchábamos al autor de La Ciudad de los Libros, una de las plumas mejor cortadas del Uruguay contemporáneo, sentíamos bien de dónde nos venía aquel fluir sabio y reposado de sus conceptos que resonaban en el Salón de Actos con ecos de pórtico helénico.

Tocóle el turno a continuación al presentante doctor Dardo Regules. El "orador por antonomasia" le había llamado el Presidente y así es, en efecto, ya que en Regules la definición clásica se cumple por maravillosa manera. Porque sus conceptos claros, precisos, agudos; porque sus enumeraciones con las que, sabio arquitecto del discurso, va colocando a cada parte de éste en su propio lugar y proporción debida, para mayor solidez y gracia del conjunto; porque sus síntesis deslumbrantes, verdaderas luces focales con las que de un golpe nos hace ver la totalidad del edificio levantado por su mente y su palabra, el "dicendi peritus", en una palabra, no valdría demasiado si no llevara la firma, la rúbrica y el sello autenticador y valorizante del "vir bonus" que es, ante todo y por encima de todo, este gran señor de la palabra, "Integer vitae scelerisque purus".

Y luego la vez del recipiendario que ya, en sus primeras palabras, el recoger el temblor de emoción puesto por Regules en sus conceptos de bienvenida hizo vibrar los pechos de todos los circunstantes en su mismo tono emocional. Y luego, con palabras aladas, fue desgranando una de las hermosas piezas oratorias que en esos años hayamos tenido ocasión de escuchar. Los párrafos sucedían a los párrafos preñados de enjundia y vestidos de claridad y de hermosura como diamantes purísimos tallados por un magistral artífice. Tras cada párrafo el orador se replegaba unos segundos en las entrañas mismas de su mente de las que enseguida volvían a salir las palabras raudas y armoniosas como una bandada de palomas mensajeras.

El doctor Couture, que sucedía en su sillón al extinto maestro Irureta Goyena, comenzó con ejemplar modestia diciendo que al artista sucedía el arte sano. Y nosotros pensamos en seguida que si se ha dicho con verdad que el obrero del oficio más humilde se convierte en un verdadero artista cuando pone en cada momento de su trabajo todo su afán de superación, el nuevo ac

adémico, consagrado con la fuerza de una vocación irreprimible a una disciplina de la que el representante había confesado que, contra su antigua opinión, no era algo meramente adjetivo sino pleno de sustantividad; formalmente una técnica, pero fundamentalmente una filosofía, una moral y una política; un hombre así con una mente poderosa, capaz de adivinaciones fundamentales, un espíritu así hábil para razonar tan bellamente sobre lo justo y tan justamente sobre lo bello, había de ser necesariamente un artista y un maestro digno sucesor de aquél cuyo hueco venía a llenar. Las armas de Aquiles serían llevadas dignamente por este otro gran campeón de la causa del Derecho.

En su acabada semblanza de Irureta Goyena puso el doctor Couture todo el afecto y el respeto de un discípulo y todo el arte de un maestro del saber y el exponer. Y nosotros asistíamos con emoción apenas contenida a este acto académico de suprema jerarquía que era glorificación de un uruguayo hijo de nuestra raza por otro de cuyas venas corre también la sangre de nuestra estirpe. Y en aquel ambiente de alteza intelectual y de serenidad insuperable, en aquel caminar, a impulsos de la palabra del nuevo académico, por las cumbres mismas de lo Bello y de lo Justo donde los aires son puros y bañan todo nuestro ser y lo impregnan de nobles anhelos de perfección en el Bien, en la Verdad y en la Belleza, nos sentíamos por momentos sacudidos por dos dulces emociones: la del vasco, legítimamente orgulloso de que de nuestra estirpe brotaran en tierra oriental estos magníficos retoños y la del sincero amigo de este pueblo vinculado ya para siempre a la entraña misma de nuestro corazón, que, pequeño físicamente, es ejemplarmente grande en las dimensiones del espíritu y lo ha de ser cada día más por hombres como el doctor Couture que con su hondo saber, su brillante exponer y su acción esclarecida muestran a sus conciudadanos y al mundo entero que es en la realización del derecho, la justicia, la libertad y la paz donde los hombres y los pueblos pueden encontrar únicamente los caminos de la verdadera grandeza.

Euzko Deya, Buenos Aires, Julio 10 de 1948.

DIALOGO DE ACTUALIDAD*

URTZIZALE.- Sí, mis dilectos amigos, el cristianismo es en nuestra raza solamente algo injertado, superpuesto, postizo; en el fondo, los vascos seguimos siendo paganos hasta los tuétanos.

YAINKOZALE.' ¡Pagano el pueblo de los misioneros, el de san Ignacio y san Francisco, el de Berrio-Otzoa y Garikoits!...

URTZIZALE.- Ya sé que somos fértiles en misioneros como lo hemos sido en aventureros y navegantes, son tres categorías que proceden de la misma raíz centrífuga de nuestra raza. Pero, no es por ahí por donde puede juzgarse nuestra religiosidad: mirad, más bien a la entraña de nuestro pueblo: esa sensualidad que desborda en una de las cocinas más sabrosas y exquisitas del mundo —digan los franceses lo que quieran—; esa sed inagotable de lo blanco y de lo tinto; ese bien nutrido repertorio de canciones báquicas que están siempre buscando un pretexto para brotar de nuestros labios y esa afición irrefrenable a la cabriola que hasta ha servido para definirnos como pueblo, creo yo que no cuadran a gentes tan preocupadas como debieran por las penas del infierno.

YAINKOZALE.- A esto podríamos oponer nuestra escrupulosidad en el cumplimiento de los ritos funerarios.

URTZIZALE.- De raíz eminentemente pagana, mi docto amigo...

YAINKOZALE.- ¿Y de cuál procedían nuestros herejes? Aquellos "iluminados" de Durango que mirándose el ombligo llegaban a contemplar la Santísima Trinidad, aquel Duvergier de Hauranne, lumbrera del triste jansenismo y hasta Miguel de Unamuno, el del sentimiento trágico de la vida, ¿no eran acaso bien vascos y amasados con levadura auténticamente cristiana?

URTZIZALE.- ¡Bah, bah! Excepciones mi docto amigo, todo lo notable que queráis, pero excepciones tan sólo. Usted sabe bien que en esa su tristeza pseudo cristiana, Unamuno era un vasco tan descastado como lo fue desgraciadamente en otras facetas.

' en lengua vasca, Urtzizale: F-l mitologisla; Yainkozale; Teocrático.

YAINKOZALE.- Según eso nuestro adornado y pomposo Malón de Txaide y qui zás el elegante Diego de Estella le parecerán a usted paganos disfrazados.

URTZIZALE.- No tanto y no apuremos, le ruego, las citas de individualidades, por otra parte, tan fuertemente extranjerizadas. Cuando hablamos de nuestro pueblo hemos de acudir, si queremos ser lógicos, a la parte más grande y más típica de él.

YAINKOZALE.- Como, por ejemplo, a aquel fruto espontáneo de las brujas. Aquellas "sorgiñak" que tanto quehacer dieron al Consejero de L'Ancre al otro lado del Bidasoa y a la Inquisición de Logroño en éste.

En el fondo ellas no eran otra cosa que las intérpretes del culto a la naturaleza tan arraigado en nuestra raza que no ha podido en veinte siglos de cristianismo desprenderse de él. Sigue habiendo, usted lo sabe, "basa-jaunes" solitarios en el fondo de nuestros bosques más espesos, y, en los arroyos de nuestras montañas, las "lamiñak" siguen peinando con sus peines de oro y no hay concilio que hasta la fecha haya hecho desistir a la dama de Ambot o de sus acostumbrados viajes. Y las brujas abundan entre nuestras mujeres. Usted, amigo mío, bien lo sabe.

YAINKOZALE.- ¿Acaso en todo esto hay otra cosa que desviaciones o degeneraciones del arraigado sentimiento religioso popular?

GIZARTEKO.- ¿Me permiten más, amigos? Para mí, nuestro pueblo milenariamente pagano aceptó y asimiló el cristianismo con una sinceridad de que no es posible dudar. ¿Qué quedaron restos de los antiguos ritos? Bien; valga para los pueblos como para los hombres la flamante teoría freudiana de los inconscientes. ¿Que nos propasamos un tanto en eso de los placeres de la mesa? Verdad. Pero no hay por ello por qué rasgarse los vestidos. No se los rasgó el Divino Maestro, que asitía a las bodas y banquetes de los hombres. Creo que con sus palabras y conducta condenaba estas cosas mucho menos que los ayunos de los fariseos...

YAINKOZALE.- Cuidado, amigo Gizarteko, cuidado...

GIZARTEKO.- No lo pase por mí, amigo Yainkozale; me alimento de Evangelio tanto como de pan; no he visto nunca la incompatibilidad entre esos dos alimentos, como nunca lo vio nuestro buen pueblo. Uno de los preceptos de nuestro santo máximo fue el de que los Padres de la Compañía comiesen bien. No creía, como buen vasco, en la eficacia de los religiosos anémicos. Hemos sabido siempre conciliar el disfrute de los bienes naturales con el de los celestiales y ése ha sido nuestro gran acierto. Nuestra fe robusta nos ha permitido ser naturalmente tolerantes porque era fe apoyada cada día en la moralidad de unas costumbres que ella misma engendró. No necesitábamos acudir a la quema de herejes como espectáculo que nos distrajera de nuestra relajación y llegamos a deslindar como nadie los límites de las cosas de Dios y las del César. Los apoderados que una vez en Gernika habían ordenado que se arrancase la tierra que el obispo de Calahorra, contraviniendo lo dispuesto, había pisado en el recinto de la casa de Juntas, que se quemara esa tierra y se aventaran sus cenizas, eran los mismos que habían comenzado la reunión oyendo reverentemente la misa y proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción. Y una de las cosas más consoladoras en nuestro

a actual tragedia es la perfecta comunidad de pensamiento y sufrimiento de la inmensa mayoría de pueblo y clero. Esa es para mí nuestra raza: enamorada de la naturaleza, inquebrantablemente fiel a su fe; pagana en lo antiguo, amigo Urtizale; cristiana ahora, dilecto Yainkozale; humana siempre, hermosamente humana.

Euzko Deya, Buenos Aires, Julio 30 de 1944.

DOS HOMBRES Y UN PUEBLO

Hemos acudido estos días a diversos actos de los organizados en honor a dos ilustres hijos del país: el maestro Vaz Ferreira, y el escritor Montero Bustamante. Acabamos de leer bellos y medulares estudios a ellos consagrados, y hemos escuchado de labios autorizados y de los de los propios homenajeados altas lecciones de éstas que se posan en el corazón, como el pájaro cantor sobre la rama, para deleitarnos y elevarnos, fuera y por encima de la realidad cotidiana, con la irresistible seducción de sus acentos inspirados.

Sobre lo que sabíamos de Vaz Ferreira hemos aprendido muchas cosas más. No es ocasión de repetir las en estas columnas honradas, hace pocos días, por las más prestigiosas plumas del país en homenaje al maestro. Nuestro propósito es más modesto y concreto. Admiramos en Vaz Ferreira la armoniosa fusión del filósofo con el hombre, del pensamiento con la acción, de la verdad creída y predicada con la conducta vivida, su unidad de actuación pública y privada. Y cuando consideramos su fundamental devoción democrática que le ha hecho no rehuir ni soslayar jamás sus responsabilidades cívicas, nos podemos explicar muy bien el no encontrarnos ante un filósofo cerrado y sistemático, el vernos ante un pensador que necesariamente hubo de preferir al positivismo de Spencer, el intuicionismo de Bergson que predica que la vida ha de ser vivida; un filósofo naturalmente apasionado por las formas más dignas de esa vida necesariamente buscadas por los caminos de la libertad; un filósofo con cuyas lecciones en esa esfera vamos aprendiendo a conocer cuanto debe este magnífico Uruguay democrático de nuestros días. Y junto al filósofo, el "sentidor", el ser profundamente humano capaz de todas las formas más nobles y sutiles de simpatía, ubérrimo en tesoros de ternuras, propugnador de las "soluciones de piedad", Por lejos que pueda estar a veces de la luz y dirección de su pensamiento como nosotros en aspectos fundamentales lo estamos, jamás puede uno sentirse ajeno al entrañable calor humano que lo informa y vivifica.

La ciudad de los libros fue uno de los que primero cayeron en nuestras manos recién llegados al Uruguay; de los primeros y de los mejores en su clase también. Con él tomamos contacto espiritual con Montero Bustamante, de quie

n apenas sabíamos nada. Desconocíamos por entonces su hermoso canto de Lava lleja, pero pronto pudimos percatarnos de que así como a éstos los dioses le acordaron el "facere scribenda", el "scribere legenda" era la parte de Montero que no le sería quitada ya más. E! escribir fue siempre para él no sólo un oficio sino servicio y en la sublimación de éste, su natural señorío fue acrecentándose hasta convertirlo en ese gran señor de las letras que admiramos. Pocos habrán cuidado tanto del decoro de su pluma, pocos de revestir sus pensamientos y sentirse con ropaje más rico y austero a la vez; pocos habrá que empleen un castellano tan límpido y correcto sin alardes académicos ni juegos de pirotecnica. Humanista nato, la tersura y serenidad de los mejores modelos ha estado siempre ante sus ojos e inspirado sus mejores páginas.

Pero éstas derivan también de otra fuente; que no es el suyo señorío de letras solamente, ni, desde luego, tan sólo el físico que a primera vista se descubre en su noble continente y transparentes manos, sino aquél que, en definitiva, es el único que cuenta: el de la conducta, el que nos manda —para vivir como señores— obedecer con los actos a la norma interior libre pero irrevocablemente aceptada. La pureza de su vida armoniza por modo maravilloso con la nitidez de su estilo y es consuelo y estímulo para los que comulgamos con él en una misma fe que los años y los sinsabores no hacen sino acrecer. Pero nos vamos alejando demasiado del objeto que nos propusimos al comenzar a redactar esta nota que no era, ciertamente, decir de Vaz Ferreira y Montero Bustamante cosas que otros han dicho y dirán mil veces mejor que nosotros pudiéramos. Nuestro fin no era sino el de señalar que, además de esas dos esclarecidas figuras, ha habido otra, estos días, que se ha ganado una vez más el respeto y el cariño del observador: el pueblo oriental. Porque como ya lo señaló una voz elocuente en la sesión de la Academia de Letras, alrededor de estos dos hombres, agnóstico el uno, creyendo el otro, se ha congregado estos días lo más selecto de la intelectualidad uruguaya, sin distinción de matices filosóficos, ni religiosos, con una espontaneidad ejemplar. Ciertamente que ellos cosechan lo que sembraron: cariño y comprensión. Pero no ha sido esto sólo y la madurez cívica del Uruguay ha brillado una vez más de modo glorioso. No hablemos de tolerancia, que se ha vuelto ya vocablo para uso casi exclusivo de los intolerantes. Lo que yo he visto en todas esas reuniones era mucho más que eso: adhesión cordial, vibración fraterna, respeto y estimación leal del valer de aquel con quien, sin duda, se discorpa en puntos fundamentales, pero en el que se ve, ante todo, un alto valor humano y un hijo meritorio de la patria común.

Para los que arribamos a estas playas lanzados por el vendaval de la intolerancia más cerril que el mundo ha conocido, los actos de estos días han constituido un espectáculo sobre el que ciertamente muchas veces volverá nuest

ro recuerdo, ávido de estas emociones por las que el hombre encuentra en sí mismo lo más puro y mejor de su propio ser.

El Plata, Montevideo, Octubre 23 de 1952.

ELCANO, JUAN SEBASTIAN*

Cetaria, 1476 - Pacífico, 1526

El 6 de este mes de setiembre se cumple un nuevo aniversario de una de las hazañas más memorables que han realizado los hombres. Es el día en que, a bordo del navio "Victoria", llegaban a San Lúcar de Barrameda, de donde casi exactamente hacía tres años habían salido, 18 hombres que después de 14.000 leguas de navegación, siempre rumbo al Oeste, habían dado, por primera vez en la Historia, la vuelta al mundo.

En la mañana del día 9, los ciudadanos de Sevilla fueron testigos de una de las escenas más extrañas que jamás pensaran contemplar. Diez y siete hombres, cada uno de ellos "más enflaquecido que cualquier viejo y consumido caballo de alquiler", según palabras de Pedro Mártir de Angleria, cojeando, descalzos, vestidos solamente de jirones de camisas y sosteniendo una vela encendida en su débil mano, se arrastraban en una tambaleante fila tras su jefe, Juan Sebastián de Elcano. Iban a cumplir los votos, hechos en el mar, de marchar como peregrinos a Santa María de la Victoria en Triana y a la Antigua en Sevilla. Y no iban solamente en acción de gracias por su liberación de las tempestades, sino en penitencia "por haber comido carne los viernes y celebrado la fiesta de Pascua en lunes, debido a haber perdido un día en su cuenta". Eran hombres de fe sencilla y sin fisuras.

Con razón se ha podido escribir que la hazaña de Elcano constituyó para sus contemporáneos una maravilla mayor que la que el lanzamiento del primer satélite terrestre representó para mucha gente el pasado año de 1957. "En nuestra edad de los navios impulsados por energía atómica, en posesión de toda la ayuda conocida para la navegación, es difícil concebir todo lo que implicaba las gestas del "Victoria", un velero de 80 toneladas. Sin cronómetro o sextante, poseyendo solamente un muy imperfecto conocimiento de la longitud, con cuadrantes que ahora se sabe eran inexactos, en días en que el fenómeno de la variación del compás era entendido por pocos relativamente, Elcano y sus hombres tenían que enfrentar en el mar azares no soñados por los marineros de hoy. Para la tripulación del "Victoria" en su viaje de regreso, no había costas amigas en que reavituallarse, en el mejor de los casos los nativos podían ser inamistosos, en el peor caní-

Este artículo se escribe en ocasión de la publicación del libro citado de Marina Mitcheil. Y también existía el riesgo de ser capturados por los portugueses. No es, quizá, decir demasiado que al superar estos azares, el "Victoria" con su capitán y tripulación, cumplió exitosamente la más grande hazaña en la historia de la navegación marítima".

Tomamos las anteriores palabras del libro de Miss Mitchell que acaba de aparecer¹. Nos cuenta la autora en la primera página de la introducción que en el Festival Británico inaugurado en 1951, los que conocían el nombre del navegante que cumplió con éxito este viaje estaban admirados al ver, en la sección consagrada a descubrimientos, el nombre de Drake inscrito como el del primer circunnavegante.

"Oh, pero si no fue Drake, fue Magallanes", oí notar a un asombrado visitante.

Pero no era ni el uno ni el otro. Y Miss Mitchell, en el deseo de reparar la falta de que la vida de quien navegó por vez primera alrededor del mundo estuviera aún por escribirse en idioma inglés, se lanzó a ese empeño del que ha sabido salir airoso con un libro en el que los valiosos materiales recogidos en los archivos de Sevilla, Lisboa, Simancas y San Sebastián, y los abundantes datos consultados en el estudio de una rica bibliografía, son iluminados y jerarquizados por un espíritu en el que campean un estricto amor a la verdad y un profundo cariño hacia la persona y el pueblo de su biografiado. Sí, además de esto, tomamos en cuenta la experiencia de la autora en historias marítimas, sus acreditados dotes de novelista, y el adorno de un estilo que, en su fluidez y amenidad, invita constantemente a la lectura, habremos hecho justicia a esta obra tan bien lograda.

La autora sitúa a Elcano en aquella brillante constelación de vascos nacidos en los últimos años del siglo XV o primeros del XVI, entre los que Loyola y Xabier, Urdaneta y Legazpi brillan como astros mayores. No descuidará el aclarar que el apellido de su héroe era Elcano y no Cano como, por ignorancia, ha sido muchas veces escrito. Su pueblo natal de Guetaria aparece descrito en párrafos que revelan toda la amorosa solicitud que a su conocimiento dedicó la extranjera visitante. Al emprender el relato de los preparativos en demanda de las islas Molucas, no dejará de hacer constar que la compra de las cinco naves sobre las que habría de correrse la aventura fue encargada a la Casa de Contratación de las Indias en la que el tesorero, el contador jefe y otros seis contadores eran paisanos de Elcano, y aun alguno de ellos como Ibarrola, pariente. Arlieta, natural de Lequeitio, hermano del f

amoso almirante Iñigo, jugaba un papel predominante en la organización de la expedición. No es, pues, extraño que las cinco naves construidas en numerosas playas —la "Trinidad", elegida por Magallanes como capitana, pertenecía a Artieta, y la "Victoria", primera en rodear al mundo, fue construida en Zarauz— se encontrasen en Lequeitio para de allí salir hacia Cádiz, después de haberse procurado en el norte la mayor parte de su equipo. Este fue completado con la artillería y el armamento venido casi enteramente de Vizcaya y la pólvora que llegó de Fuenterrabía.

Una vez partida la expedición de San Lúcar, se nos da cabal noticia sobre el accidentado viaje, con el motín suscitado contra Magallanes, detestado, en su condición de portugués, por todos los capitanes españoles, motín en el que toma parte Elcano. Vemos después el naufragio del "Santiago", la desertión del "San Antonio" y la llegada al Pacífico de los otros tres navios que, en la soledad del mar inmenso, han de padecer las torturas del hambre, la sed y el escorbuto hasta que, después de cien días de navegación, puedan provisionarse en su arribo a las Marinas. De allí, siguen a Filipinas donde, al desembarcar en Massava, el acto de toma de posesión se rubrica con solemnes formalidades entre las que hay una que hace exultar el corazón de Elcano: el baile de la "ezpata-dantza" que, a instancia del Capitán General, ejecuta un grupo de sus paisanos como espectáculo que se brinda a los nativos. Desgraciadamente, al llegar a la próxima isla de Cebú, la fiesta se torna en duelo, es la muerte de Magallanes en Mactan a manos de los indígenas. Es sin embargo, cuando el destino, hasta entonces oscuro de Elcano, comienza a perfilarse.

Los incidentes se prodigan hasta la llegada a las Molucas donde el raja de Tidore sella su alianza con el Emperador cargando los dos navios que aun restaban, "Trinidad" y "Victoria", con las codiciadas especies. El objeto del viaje de Magallanes había sido cumplido.

Pero el de Elcano comenzaba en ese punto en que decide, al mando del "Victoria", emprender el regreso navegando siempre hacia el Oeste. Sabía bien lo que quería y al ser dueño de la acción es donde el gran capicmán de Guetaria alcanza todas sus dimensiones. Era preciso un hombre de sus conocimientos náuticos, de su experiencia de mar, de su voluntad inflexible, de sus dotes de mando, para superar aquellos ciento cuarenta y ocho días en que, sin reavituarse, rehusando lanzar al mar un solo quintal de su precioso cargamento, testigo y premio del cumplimiento de la expedición, ha de hacer frente a tormentas y penalidades sin cuento que van reduciendo su tripulación hasta dejarla en treinta hombres. Trece de éstos serán tomados presos por los portugueses en la forzosa arribada a Cabo Verde. Y Juan Sebastián de Elcan

o, con los diez y siete que aún quedan, cadáveres vivientes a los que sólo puede comunicar energía para cumplir la etapa que resta el saber que ella es corta y la postrera, arriba, por fin, al puerto de donde hacía tres años había partido.

La hazaña más grande de los fastos marítimos quedaba cumplida.

El Universal, Caracas, Setiembre 15 de 1958.

JESUS DE GALINDEZ*

Madrid, 1915 - New York, 1956

Se cumple hoy el tercer aniversario de la desaparición del Delegado del Gobierno Vasco en los Estados Unidos y Profesor de la Universidad de Columbia Dr. Jesús de Galíndez.

Patriota vasco integral, cristiano fervoroso y católico sin desmayos ni fisuras, luchador incondicional de la causa de la democracia y la libertad, cualquier hombre está en el derecho de disentir de las creencias y opiniones de Galíndez en los aspectos enunciados. Pero, lo que nadie honradamente podrá negarle jamás es la total y absoluta sinceridad de sus convicciones, la limpieza de su vida y la conducta rectilínea que siempre siguió en todas las etapas de ella.

Del patriota que amó con pasión de hijo enamorado a la tierra que lo vio nacer da testimonio, entre otros mil, ese magnífico libro que se llama La Tierra de Ayala en que la riqueza exhaustiva de la documentación conjuga maravillosamente con las ternuras y delicadezas que el amor al rincón nativo va poniendo, aquí y allí en los puntos de su pluma. Y del amor a ese rincón donde sus ojos nuevos de niño se extasiaron tantas veces en la contemplación de paisajes que habían de perseguirle con su embrujo a lo largo de toda su vida, se levanta a la devoción del país en su totalidad, amado con ese amor de selección que cada hombre cultiva en lo sagrado de su corazón para hacer a aquella tierra que Dios quiso darnos por patria.

Como jurista que era, por vocación y preparación, estudió no sólo diversos puntos de derecho internacional como lo hace en su volumen Principales conflictos de leyes en la América actual, sino, quizá, más a fondo aún, el derecho privativo vasco que, después de la lengua, es, seguramente, la más recia de nuestras características. Así lo hace en su libro El Derecho vasco, volviendo, en su otro volumen Aportación vasca al Derecho Internacional

, a buscar en las fuentes de ese derecho, siguiendo en su proyección a través de diversas corrientes, para terminar estudiando con amoroso empeño a dos frutos de excepción de nuestra estirpe: el Padre Vitoria, fundador del Derecho Internacional y Simón de Bolívar, el gigante venezolano que en el Congreso de Panamá acomete la empresa de sembrar,

* Su desaparición lúe hondamente sentida, en el mundo vasco del Exilio. Amezaga dedicó 3 Galíndez artículos en cada uno de los años de su desaparición. En 1957, ante Delegados de la República de Sto. Domingo, hizo una magnífica disertación que se recogió en su libro El Hombre Vasco. según lo entiende Galíndez, la semilla por Vitoria legada. Y no sólo en estas obras, sino a través de todos los actos de su vida pública, y en centenares de artículos de diarios y revistas, proclama limpia e inequívocamente Su inquebrantable adhesión a la causa de la patria que lo vio nacer, para hacerlo, hasta el último momento, en su testamento, hallado después de su desaparición, en el que también, por cierto, testimonia solemnemente en su fe religiosa nunca claudicante y de la que el mejor de los testigos es su conducta privada de una honestidad a la que ninguna calumnia puede alcanzar, y que es, en definitiva, lo que, por encima de alabanzas de amigos, dicitos de enemigos y propias declaraciones, ha de valer en la hora en el que el infalible Juez emita su sentencia.

Soldado fiel del ejército de la Libertad, luchó en el frente de Madrid donde le sorprendió la guerra y, más tarde, en la Brigada Vasco-Pirenaica, contra la absurda coalición de fuerzas hitlerianas, fascistas, marroquíes y falangistas a las que se dio en la aberración de hacer figurar como ejército de una Santa Cruzada. Y cuando la guerra cesó en la Península y los caminos del exilio lo condujeron a Santo Domingo, primero, y a Estados Unidos, después, Galíndez continuó con su pluma luchando en las avanzadas de la armada de la libertad y la democracia.

Había mucho que hacer por esta causa en América. Entendía Galíndez, además rectamente, que la causa de la libertad es indivisible; que forma un solo cuerpo que herido en cualquiera de sus miembros en todos ellos queda vulnerado y que no es digno de llamarse hombre libre aquél que se contenta con serlo él o con que su propio país lo sea. En sus años de residencia en Santo Domingo vio mucho y calló mucho, pero todo lo allí observado hubo de ponerlo más tarde a contribución para producir ese volumen documental que le había de servir para doctorarse en Filosofía en la Universidad de Columbia y que se llama "La era de Trujillo". Pero, en vísperas de recibir ese doctorado —que más tarde le había de ser otorgado "in absentia" ante 6.158 alumnos que concurrieron para rubricar con su reverente presencia la irre-

prochable legitimidad del título así conferido— Galíndez desapareció.

Y fue, primero, la etapa del misterio, luego la de las más absurdas especies y calumnias, para comenzar, por fin, la tercera, aquélla en que la luz, cada vez más ampliamente, se va expandiendo, al ligarse el caso de Galíndez con una serie de muertes violentas —Murphy, De la Maza, etc, etc— que suman ya ocho cadáveres que están pidiendo justicia.

Justicia reclamamos y reclamamos incansablemente los amigos y compatriotas de aquel hombre idealista y puro a quien un día una mano criminal hizo desaparecer en las sombras. La reclamamos todos los hombres para quienes esa palabra de Justicia es algo más que un vago sonido y que creemos en ella con todas las potencias de nuestra alma, como creemos en la Libertad, en la democracia y en la dignidad y altos destinos del hombre sobre la tierra.

No pedimos venganza ni tenemos interés en acusar a nadie. Pero si tenemos que decir que los hombres de corazón sin doblez no acabamos de entender por qué los pasos de la Justicia son en este caso tan lentos que pareciera que, a veces, se niegan a marchar. Es preciso que esta impresión que lleva la turbación a las conciencias honradas sea borrada de una buena vez. Porque mientras la justicia no sea hecha, no sólo estaremos jugando peligrosamente con el honor de América, sino sintiendo que resuenan, con el fragor de una voz acusadora, aquellas palabras que un día escribiera Jefferson, aquel gran padre de la patria americana: "Ninguna nación, por poderosa que sea, puede menos aún que ningún hombre, ser injusta impunemente".

El Universal, Caracas, Marzo U de 1959.

LEYENDO A VÍCTOR HUGO

(1802-1885)

Es el año 1843. Víctor Hugo, que está disfrutando en Pasajes de unos de los días más tranquilos y felices de su vida, ha hecho esta tarde, como casi todas, una larga caminata por nuestras montañas. Ha subido hoy a un escarpado pico y nos cuenta lo que ha divisado desde su cima. "Descubro un inmenso horizonte. Todas las montañas hasta Roncesvalles. Todo el mar, desde Bilbao a la izquierda; todo el mar desde Bayona a la derecha. Escribo estas líneas acodado sobre un bloque en forma de cresta de galio que forma la arista superior de la montaña. En esta roca han sido grabadas hondamente con un pico estas tres letras a la izquierda: L.R.H., y estas dos a la derecha: V.H. En torno a esta roca hay una reducida meseta triangular cubierta de prados

calcinados y rodeada de una especie de foso abarrancado. En una quiebra diviso una florecilla. La he cogido".

Al llegar aquí, suspendemos la lectura. Nuestra imaginación, como el autor de "Hernani", está ya sobre un pico de nuestras montañas. Sobre un alto pico que nos permita ver, como en un mapa en relieve, todas nuestras montañas; sobre un pico desde el que podamos divisar delante de nosotros, a izquierda y derecha, el mar; nuestro mar. Porque, ¿qué contemplación completa podríamos gozar de nuestra patria si no viéramos a los dos juntos, tierra y mar?

Es un mar verde oscuro éste que hoy miramos. El cielo está sombrío, sopla el noroeste y sobre el lomo de las olas hinchadas cabalgan cendales de espuma que van a morir al pie del acantilado. Tienen algo de beso y algo de mordisco estos embates de nuestro mar; algo de juego y algo de lucha, o mucho de los dos. El mar, este mar verde oscuro, es el eterno enamorado de nuestra tierra, tan verde también. Un enamorado constante que con sus caricias y sus iras seculares va cincelandos caprichosamente las rocas de nuestro litoral. Pero la fuerza y el influjo de las olas no se detienen en estas rocas. De la espuma del mar que en ellas muere surge una virtud, un hechizo que no hay barrera material que pueda detener. Esta virtud y este hechizo marchan tierra adentro, bañan en sus efluvios al "mutil" cuyo caserío cuelga de la cumbre de la montaña y, descendiendo a los valles más bajos y apacibles, hacen también nacer en los hijos de sus moradores la pasión del viaje y la aventura, del peligro y del azar. Se llamarán Etxaide o La Cosa esos muchachos, se llamarán Elkano u Okendo, Churruca o Re-kalde, Shanti Andia o Tximista... no importa como se llamen. Acaso nunca se supieron ni sabrán los nombres de los mejores de entre ellos.

Fue siempre el mar nuestra gran vía de expansión; el complemento necesario de nuestra raza. Encerrada en valles angostos, viviendo sobre una tierra poco fecunda y en un reducido espacio, nuestra gente tuvo que escuchar siempre con fuerte anhelo la canción del mar inmenso. Este nos trajo riqueza muchas veces, con más frecuencia dolor. Pero no nos dio lo que, a través de él, no supimos buscar bien: el fundamento necesario y robusto que pudo haber sido para el gran Estado vasco siempre malogrado. Pensamos en esto y en otras muchas cosas en este nuestro contemplar de hoy. Contemplar que se prolonga hasta que las sombras de la tarde van cayendo y expanden su neblina sobre el horizonte. Una última mirada entonces para contemplar nuestro mar verde oscuro, mientras resuenan en nuestro corazón los ecos de la bellísima canción del rincón de Guetaría:

Itsasoan laño dago, Bayona'ko barraraño...

Y al lanzar también nuestra última mirada sobre las montañas cuyos caseríos empiezan a elevar al cielo, como una plegaria, el humo de sus hogares, sentimos que una oleada de ternura nos invade; oleada de ternura sobre la que van flotando las últimas palabras de la bella canción:

Nik zu zaitut maiteago, txoriak bere umea baño...

El Plata (?), Montevideo, Julio 10 de 1945.

IRURETA GOYENA V LOS VASCOS. PERDIDA SENSIBLE

Asistíamos el pasado día al sepeño de los restos del doctor Irureta Goyena. La voz del avezado y elocuente representante del Poder Ejecutivo sonaba quebrada por auténtica e indisimulada emoción que comunicaba una nueva belleza a sus magníficos conceptos. Esa voz nos anunciaba, desde el comienzo, el gran duelo de la patria oriental por el derrumbamiento de una cumbre.

Y así es, en efecto. En el foro, en la cátedra, en la tribuna, fue Irureta, siempre, figura de proporciones no comunes. Hombre de sustancia y de doctrina, de reflexión y de estudio, era al mismo tiempo un humanista de raza a quien la vocación y el estudio de los mejores modelos condujeron pronto al dominio de su instrumento. Tenía el culto de la forma y el sagrado respeto del verbo, resplandor del espíritu, y sabía, con Rodó, que decir las cosas bien es una de las formas de ser bueno.

Maestro de varias generaciones de orientales cuya devoción le ha de seguir más allá del sepulcro, fue Irureta Goyena un varón consular del Uruguay. Mucho y bien se ha dicho ya de él en este aspecto y mucho más habrá de decirse en los días que vendrán. No es para nosotros ese empeño. En esta modesta nota, nuestra ambición no pretende alcanzar más que a un ligero bosquejo del Irureta vasco.

Porque lo era íntegramente por su sangre y a primera vista acusaba, lo mismo física que espíritu alíente, los rasgos más característicos de nuestra raza. Y proclamaba orgulloso esta oriundez, si bien, nacido en esta patria uruguaya había de declarar que en él, el jus solí superaba al jus sanguinis, el sortilegio del suelo al talismán de la sangre.

Lo proclamaba así en aquel brillante discurso con que hubo de inaugurar la S

emana Cultural Vasca; aquella hermosa pieza oratoria en la que comenzaba diciendo que era natural que en el se cumpliera la sentencia del Fuero de Vizcaya de que "el tronco vuelve al tronco y la raíz a la raíz" y que, por lo tanto, al hablar de los vascos lo había de hacer elogiosamente, además que el haberlo así es "ceñirse a la tradición, ajustarse a los cánones, repetir un estribillo y hacerse eco de un juicio que parece engastado en el cráter mismo de la verdad".

Y arrancando en su magnífica disertación, ponía de relieve la incalculable antigüedad de nuestra raza —de la suya—, hecho que —decía— bastaría él solo para merecer la consideración de la humanidad; recalcaba la singularidad de nuestro idioma persistiendo a través de los milenios, en luchas constantes con los enemigos de fuera y los salteadores de dentro sobre su reducida área; se agitaba su leonina cabeza para proclamar que en la historia de los vascos no hay conquistas ni sojuzgamientos, ni anexiones ni otras proezas de la misma laya obtenidas con el filo de la espada, "que han servido deplorablemente en el curso de la civilización, para equilatar el valor de los pueblos y determinar su jerarquía". Cantó a nuestra democracia conocida antes y practicada mejor que pueblo alguno de esta tierra; explicó el singularísimo concepto de la universal nobleza de los vascos; destacó las hazañas de los hijos de Euzkadi por mares entonces ignorados y en los desiertos de América donde se les encontró siempre en vanguardia en la acción civilizadora por resistir el vasco, más que nación alguna, salvo la inglesa, "los espasmos, los destellos abismales, los secretos nocturnos, las alucinaciones mortales de la soledad". "Es un pueblo —decía— que ha salvado su alegría después de haber vivido tantos años en este gran naufragio de ilusiones, de estímulos, de ensueños, y de ideales que constituyen la vida. Canta, baila y ríe como hace tres mil años, cubre las sombras con tules color de rosa, quiebra el silencio con himnos triunfales a la esperanza, apaga los gemidos con arpeggios de zampona y redobles de tamboril, y con los venenos mismos de la muerte elabora triacas milagrosas para perpetuar y ennoblecer la vida".

Y así todo su discurso que era una sucesión de conceptos nobles y reales revestidos del máximo decoro formal, era, contra sus palabras iniciales, el triunfo del jus sanguinis que reclamaba en él sus imprescindibles fueros, según la inmortal sentencia de Pomponio: "Jura sanguinis nullo jure - Ci-vili dirimí possunt"; era la revelación de su savia vasca que inconteniblemente se manifestaba en él, de pronto, en una lujuriente floración; era para nosotros, para muchos de nosotros, la renovación y la reafirmación de afectos y emociones enraizadas en el centro mismo de nuestra vida y que la palabra soberana de Irureta Goyena hacía vibrar de nuevo con sus latidos más nobles...

Por todo ello, en estos días en que los orientales viven con el espíritu en duelo por la pérdida de una de sus máximas figuras contemporáneas, los vascos nos acercamos a la tumba del doctor Irureta Goyena con un sincero pesar en el pecho y una cristiana oración en los labios.
Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 10 de 1947.

LARRAÑAGA, EL EXIMIO URUGUAYO PERTENECIENTE A NUESTRA ESTIRPE

Desde la alta y serena cátedra de la Academia Nacional de Letras fue dictada una lección de singular jerarquía, sobre la figura procer de Dámaso Antonio Larrañaga. Concebida con inteligencia y amor, dicha con la naturalidad, el calor y la vida que sabe comunicar a sus discursos el ilustre disertante, fue, de principio a fin, una pieza perfecta en total armonía con el tema, el autor y la tribuna. Y perdónenos la ejemplar modestia de Monseñor Barbieri, e estos conceptos que no son elogio sino justicia. El, preclaro hijo del Pobrecito de Asís, sabe mejor que nosotros que no es en las alabanzas de los hombres donde hay que buscar a la perfecta alegría.

De las muchas cosas bellas y ejemplares que allí escuchamos, destacaremos en estas breves líneas su magnífica definición del "hombre de letras". Tantas y tan bellas se han dado que parecía difícil añadir nada de nuevo. Y, sin embargo, el disertante supo hacerlo con fortuna con sólo proyectar luz sobre una faeeta que rara vez hemos visto considerada en estos casos: la de la generosidad. No basta el ingenio, no es suficiente la erudición. El docto, el humanista encerrado en su torre de marfil, agudamente aquejado de narcisismo intelectual; el avaro de sus conocimientos, el que los crea o atesora para sí solo, para su particular deleite nunca será, pese a la riqueza de ellos, un eabal hombre de letras. Tan cierto es que no hay bien perfecto si no lo comunicamos y los de belleza y verdad que en el cultivo de las letras se engendran, crecen y se perfeccionan a medida y proporción de la generosa comunicación que de ellos hace su afortunado poseedor.

Esto lo sintió y practicó bien Larrañaga y de ahí su grandeza. No fue el suyo, por cierto, un espíritu mezquinador de sus dones, avaro de sus tesoros, replegado en el goce de sus conocimientos. Por naturaleza e instinto, fue generoso; lo fue también por su profesión, obediente al precepto paulino: "Quien tiene ciencia dé ciencia..." Estudió a la estrella y al sapo, a la rosa y al gusano, al hombre y a la sociedad; los temas más diversos fueron cebo para su insaciable curiosidad científica y este estudio prendió en su espíritu una luz que ya no había de apagarse más ¡Que de maravillas alumbraba ella! ¡Qué purísimos goces brotaban de su contemplación! Pero esta luz y estos goce

s era preciso comunicarlos en ía medida de lo posible; era necesario llevar este bien, cuanto antes, al común disfrute. Vivía Larrañaga en una sociedad pobre aun en conocimientos, en el seno de una patria naciente en la que todo o casi lodo estaba por hacer: Universidad, escuelas especiales, bibliotecas ... De todo esto carecía el país y a remediar tanta orfandad había de acudir Larrañaga con su vasta ciencia y su celo infatigable. El que fue en su época el hombre más sabio del Río de la Plata pudo por esto mismo y por su patriotismo acendrado ser el más eficaz colaborador de Artigas. Bien lo comprendió éste, a la vista de los esfuerzos de Larrañaga, al dar su célebre consigna : "Sean los orientales tan ilustrados como valientes". Sentía bien el Precursor el valor del mito de Minerva naciendo de la cabeza de Júpiter, armada de todas armas.

En esta hermosa conferencia que recién escuchamos al mismo ilustre disertante en el salón de actos de la Universidad, estudiaba éste en Larrañaga, fundador de la cultura uruguaya, al patriota y al demócrata. Todas estas facetas de su espíritu tienen seguramente la misma generosa raíz. Había en Larrañaga una mente lúcida, pero había mucho más; esa luz se había hecho calor y ese calor energía en un proceso generativo de belleza, verdad y bien y ello le llevaba a volcarse, en una total entrega, al progreso y bienestar de sus conciudadanos, a su dignificación y elevación; ello condujo a este ejemplo sacerdote a ser el ardoroso demócrata que en él admiramos.

Pero cuando llegamos a esta consideración, un torrente de emociones nos sacude y nos grita que es este aspecto de Larrañaga el que, tal vez, más reciamente acusa su filiación racial. Aquí vemos a plena luz al vastago del pequeño pueblo vasco, que resolvió, sin duda mejor que otro alguno, el difícil problema de dar a Dios y al César su justo tributo, en una maravillosa armonía de fe y religión y democracia, de fe y de libertad. Es el pueblo del que, fruto auténtico, genuino e inconfundible, nació aquel Padre Vitoria que supo enfrentarse a Emperador y Papa en defensa de los derechos de la gente americana. Pero no sucumbamos a la tentación de fáciles citas. Huelga hacerlas a la vista de ese clero vasco que es nuestro orgullo porque él se ha ganado el respeto y simpatía de todos los hombres dignos, creyentes o incrédulos, con su adhesión heroica a la causa del pueblo y su cruenta inmólación en los altares de la libertad.

El Plata, Montevideo, Setiembre 7 de 1948. El Día, Montevideo, Setiembre 20 de 1948.

LEIZAOLA: CULTURA V RESPONSABILIDAD*

San Sebastián-Donostia, 1826-1988

Están ya un poco lejanos aquellos días en que dos jóvenes patriotas vascos, a raíz de haberse lanzado a las calles de Gernika con un cartel en que se leía "Queremos la Universidad vasca", fueron detenidos e inmediatamente conducidos, esposados como criminales, y a pie, entre parejas de la guardia civil, que oportunamente se iban relevando, desde la villa santa, donde se estaba celebrando uno de aquellos memorables Congresos de Estudios Vascos, hasta la de Bilbao. La clásica incompreensión española — que en el espíritu de la Inquisición de ningún modo fue ni es allí monopolio de los poderes eclesiásticos— daba una vez más brutal respuesta a una demanda que sólo o simpatía o, en el peor de los casos, comprensión podía despertar en cualquier país civilizado.

Pero, si en la demandada nada de reprochable había, menos excusa podía aún encontrarse para tal trato en las personas de los jóvenes, ambos de moral inmaculada y de dotes intelectuales poco comunes. Para referirnos sólo al que hoy nos ocupa, diremos se trataba de un joven que licenciado en Derecho a los 19 años había ya adelantado brillantísimas pruebas de su valía en varias oposiciones en las que invariablemente hubo de obtener los primeros puestos, ya en la Diputación de Guipúzcoa, ya en el Ayuntamiento bilbaíno, ya en las primeras oposiciones celebradas en Madrid para la constitución del Cuerpo de Secretarios de Administración Local, donde obtuvo el número uno de la promoción de la primera categoría. Y, continuando con su brillante carrera, tras haber sido elegido Diputado a las Cortes Constituyentes en 1930 y reelegido más tarde en las de 1933, llegó el momento en que, desempeñando la cartera de Justicia y Cultura del Gobierno de Euzkadi, constituido en 1936 bajo la presidencia de José Antonio de Aguirre (G.B.) en Gernika, se halló en condiciones de tomar la única cumplida venganza de aquel agravio que en Gernika le fue inferido creando, en pleno fragor de nuestra guerra, la Universidad vasca. En nada disminuye los méritos de esta creación la fugacidad que las circunstancias impusieron a la obra. Ella, lo mismo que tantas otras realizadas en aquellos azarosos días —la puesta en marcha de docenas de escuelas puramente euskéricas, la edición de los textos a ellas adecuados, la guarda y conservación de nuestros tesoros artísticos, tantas otras cosas que en el plano meramente cultural entonces se hicieron— apenas si, desgraciadamente, alcanzaron a dar fruto, por el rumbo que las circunstancias bélicas tomaron, pero no hay duda de que, en su gestión, el Consejero hizo cuanto humanamente entonces podía hacerse y esto es lo que cuenta.

En ese ministerio, a lo largo de toda la guerra, en Euzkadi y en el exilio, tuvimos ocasión de conocer de cerca al hombre Leizaola a quien hasta ento

nces sólo habíamos ahondado en la faceta intelectual. Sabíamos del hombre que, especializado en temas económicos y sociales, era, al mismo tiempo, un estupendo conocedor de la literatura euskérica y un incansable escudriñador de los rincones de nuestra historia.

Conocíamos su profunda preocupación por la revalorización de nuestra cultura y la exaltación de todos los aspectos universales de nuestra vida pasada y presente; su pasión por la jerarquización de nuestro idioma hasta elevarlo como instrumento de cultura a las altísimas cimas donde aletea el espíritu en sus más puras vibraciones y las ideas se revisten de ese ropaje sutil en cuyo tejer hallan sus delicias las mentes superiores; sabíamos, y entonces lo supimos mejor, del hombre cuya prodigiosa memoria le permitía, en cualquier oportunidad, describirnos bien la regia estampa de doña Toda de Navarra con todos los avalares y episodios de su larga y fecunda existencia, o la del gran conductor guipuzcoano Domenjon de Andia, otra de sus grandes admiraciones, para —entre bombardeo y bombardeo— realizar de pronto una nueva evasión a través de los tiempos y contarnos como allá, por las tierras natales de los ascendientes de Bolívar, hubo de crearse la Colegiata de Enarriza con estos y aquellos detalles —siempre nombres y fechas al canto— del papel que en vuestra vida religiosa, cultural y social esa institución realizó. En cualquier otro momento propicio surgiría de pronto una disertación sobre las vías romanas en nuestro suelo, las influencias culturales de los monasterios navarros o los azares de la lucha en nuestra frontera de moros, para desde allí, en estupendo salto cronológico, situarnos espiritualmente en su Donostía natal y recordarla por los días de Vi-linch, el delicado poeta, en la declamación de algunas de cuyas estrofas euskéricas encontraba evidente delectación. Conocíamos y tuvimos ocasión de conocer mejor esta faceta tan típica de su personalidad que, por lo demás, a través de sus libros fácilmente se descubre, pero hubimos de aprender también otras lecciones aún más altas, puesto que con los hechos y no con las palabras nos fueron dadas; conocimos al hombre de la responsabilidad, el que nunca supo rehuirla en tantos difíciles y amargos momentos como la gestión de la cartera de Justicia hubo de procurarle en los tremendos días del Bilbao bloqueado, donde entre el resaca había que luchar no menos contra la silenciosa obra de la traición; donde pese a todo había que atender, porque así lo reclamaba nuestro buen nombre, a la humanización de la guerra; donde, cuando agotada la capacidad de resistencia, hubo de ordenarse la evacuación, para que ésta se realizara con el decoro que a través de la lucha siempre había sido mantenido, quedó al frente de los que asumieron tan sacrificado servicio, sencillo e impenetrable como siempre, el Consejero Leizaola quien de milagro se salvó de caer en las manos del enemigo que ya franqueaba las puertas de Bilbao. Y conocimos

ese su profundo sentido de responsabilidad en el destierro de Francia, ya como encargado que fue de preparar la emigración a América de los exilados vascos, ya en sus afanes para rescatar los niños evacuados a Rusia, ya en la atención a los de las colonias de Inglaterra y otras partes, ya en su decisión de quedarse en Francia, corriendo con todos los riesgos de la ocupación alemana.

En los años que han pasado después, siempre al lado de nuestro llorado primer Lendakari José Antonio, y en constante toma de pulso de las corrientes de pensamiento y acción dentro de Euzkadi, de una parte, y de los problemas europeos, de la otra, sus naturales talentos y temple moral no han podido sino acendrase. Por eso saludamos con íntima satisfacción su elevación a la presidencia del Gobierno vasco; por eso lo recibimos con el máximo afecto y esperanza en su próxima visita aquí. Porque, en su dignidad de Lendakari, esperamos mucho de su mente esclarecida; porque lo esperamos todo de su insobornable sentido de responsabilidad.

Euzko Gastedi, Caracas, Diciembre 12 de 1960.

LQPE DE AGUIRRE EN EL PURGATORIO

Oñale, 1518 - Barquisimeto, 1561

¡Dios, qué largo caminar! El Perú quedó muy lejos y esta vía del Ma-rañón pareciera no tener fin. Y es imposible volverse por el camino andado en el que había que chapotear entre la sangre. Adelante, pues, que yo, Lope de Aguirre, "no soy hombre que ha de tornar atrás de lo que con tanta razón comencé...".

Pero Lope siente que con el caminar se le va acabando el vivir. Y allá, por los días de Valencia, con la lucidez del que pronto ha de perderla, la memoria de su vida se le pone delante, como un fantasma que le acompañará hasta el fin. Y escribe su testimonio en la carta famosa: "Lope de Aguirre natural vascongado... en la villa de Oñate vecino... En mi mocedad pasé el Océano a las partes del Pirú por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien... Estoy cojo de una pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquina con el mariscal Alonso de Alvarado... En el año cincuenta y nueve dio el Marqués de Cañete la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Ursua, navarro o por mejor decir francés, y tardé en hacer navios hasta el año de sesenta en la provincia de los Motilones que es en el Pirú... Aunque estos navios por ser la tierra donde se hicieron lluviosa, al tiempo de echarlos al ag

ua se nos quebraron lo más de ellos, hicimos balsas y dejamos los caballos y haciendas y nos echamos el río abajo con harto riesgo de nuestras personas... Luego topamos los más poderosísimos ríos del Pirú, de manera que no s vimos en Golfo Dulce. Caminamos de primera faz trescientas leguas del em barcadero donde nos embarcamos la primera vez. Caminando nuestra derrota p asando todas estas muertes y malas venturas en este río Marañón, tardamos hasta la boca del que entra en el mar, más de diez meses y medio; caminamo s cien jornadas justas, anduvimos mil y quinientas leguas".

¡Y qué rojas esas leguas! Aún las sigue caminando el espectro de don Pedro de Ursua a quien "...no diré más de que lo matamos, muerte, cierto, bien br eve. Y luego a un mancebo de Sevilla llamado don Fernando de Guzmán, le al zamos por nuestro rey... Y porque no consentí en sus insultos y maldades me quisieron matar... y yo maté al nuevo rey, y al capitán de su guardia y al teniente general y a cuatro capitanes, y a su mayordomo y a su capellán cl érigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rod as, y a un almirante, y a dos alférez y a otros seis aliados suyos. Y con i ntención de seguir la guerra adelante y morir en ella... nombré de nuevo ca pitanes y sargento mayor, y quisiéronme matar y los ahorqué a todos".

...No le arredra esa trágica enumeración. Está viviendo momentos en que sólo puede decirse la verdad porque siente que se acerca a la última jornada. En ella, su puñal hiere de muerte a su hija Elvira, "porque cosa que yo tanto quería no viniese a ser colchón de ruin gente", y, abrazado al cuerpo aún ti bio de ella, muere Lope, tras de recibir el "buen tiro", de su desertor mara ñón Galindo. Desde aquel punto, su alma en pena es el espanto del caminante que a deshoras atraviesa los campos desiertos de Venezuela.

Pero esa alma ha de ser juzgada en la otra vida. Y he aquí que nos es dado i maginar su proceso, gracias al tremendo libro postumo de Papini El juicio fi nal, libro por el que desfila un coro de figuras mundiales cuyos perfiles ha n quedado marcados en la Historia por las más tremendas pasiones. El florent ino de nuestros días, a semejanza de su paisano el desterrado inmortal, acer ca a nuestros ojos los más grandes pecadores de todos los tiempos, clérigos y legos, hombres y mujeres, protagonistas del crimen y el latrocinio, el esc ándalo y el deshonor...

Y Lope de Aguiñe forma parte de ese coro. El Ángel que lo presenta en juic io lo amonesta: "Tú sabes, Lope de Aguirre, por qué inhumanos excesos a tod os pareció infame tu vida. No sólo fuiste uno de los más feroces aventurero s que jamás hayan ensangrentado el Nuevo Mundo, sino que traicionaste a tus cómplices, te rebelaste contra tu rey y llegaste hasta el punto de matar c

on tus manos a tu propia hija".

Comparece entonces esta que, aun comprendiendo las razones de su padre, le reprocha que le quitara la vida porque ella "no tenía aún dieciocho años, me llamaban hermosa, sentía en mí un deseo escondido, pero mucho más cálido de amar y ser amada... Hubiera tenido ciertamente dolores, afrentas y desgracias como todos los seres nacidos de mujer, pero, a la vez, también habría gozado de la luz del sol, de la belleza de lo creado, de los suaves afanes de la pasión. ¿Qué podías tú saber si yo estaba dispuesta a pagar un solo día de amor y de alegría con mil de tristeza y de penas?"

Lope confiesa que fue una fiera sin ley y sin frenos: "Yo no podía aceptar jefes ni amos, ni monarcas. Había nacido para matar y mandar... Era una fiera y como bestia, amé, odié y maté".

Pero la fiera que para Papini fue el Tirano, era muy capaz de amor, de puro amor. Ahí está su hija a quien —cada hombre mata a lo que ama. según el verso de Wilde— inmoló en acto de puro amor. Nos lo dice él mismo, con su ronca voz que se quiebra, a pesar suyo, de ternura, cuando declara: "Tú eres la única criatura del mundo que me había quedado; lo único que yo era capaz de amar. Sabía qué estragos habrían cometido contigo aquellos que me odiaban y eran fieras como yo. Cuantas veces había usado de mi espada, mi puñal o mi arcabuz, había gozado. Sólo aquella vez, cuando hube de matarte de aquel modo, como una cordera despavorida y aterrada, sufrí como antes no había sufrido jamás. Pero de lo que hice no sufro remordimientos. Créeme, hija mía, que no podía darte aquel día mayor prueba de afecto que el ahorrarte las vergüenzas de la vida. Dios, que ve y conoce más que nosotros, borraré, quizás, algunos de mis pecados en gracia de aquel último dolor".

Sólo Dios sabe si aquella última muerte de Lope, más dolorosa para él que la suya propia, no fue, efectivamente, sino desesperado acto de puro amor. Queremos creerlo así. Porque siempre nos será grato, al evocar la figura del discutido guipuzcoano que a través de los siglos camina su interminable camino de lodo y sangre, con su negra bandera en la que flamean las dos rojas espadas, pensar que el fuerte Caudillo de los Marañoses, para quien la fama ha sido, tal vez, más injusta e inmisericorde que lo fuera él mismo, era tan capaz como el primero de uno de los amores más limpios y tiernos por los que el corazón del hombre puede latir.

LUCIO DE ARETXABALET*

Recordamos a Lucio de Aretxabaleta en los ya lejanos días de nuestra juven

tud cuando encarnando, con insuperable emoción, la figura de "Pedro Mari", supo dar perennidad al mito sobre los escenarios de la tierra vasca que se sentía conmovida hasta el hondón de sí misma en aquellas representaciones reveladoras de los aspectos más profundos y desconocidos de su propio ser.

Después, a lo largo de los años de su vida de patriota, siguió siendo siempre el mismo. Porque Lucio de Aretxabaleta, hombre de una causa santa, no era de la clase de aquellos a quienes fortuna ni reveses puedan cambiar. Cuando nos trajeron la guerra, la recibió sirviendo a su pueblo en el alto puesto que su gobierno le confió. Y, al llegar lo inevitable, lo aceptó en silencio, como siempre, y, con el corazón sangrante hubo de dejar a su tierra ocupada y a la Europa enloquecida, tomando los únicos caminos de esperanza que el mundo ofrecía a los expatriados. Y compañeros fuimos en aquel viaje pensado de quince días y que duró quince meses, de temor continuo y de angustiosa espera, sobre las aguas del Atlántico, en tierras del Senegal y en los campos de concentración de Marruecos.

Al llegar a América el destino nos separó. Cuando, al cabo de unos años, volvió a reunimos lo encontramos aquí como tenía que estar: al frente de toda actividad y presente en toda ocasión en que se tratase de servir a la causa de su pueblo de la que nada podía desviarlo; de su pueblo al que ha estado representado en Venezuela de la mejor manera en que un hombre puede representar a los suyos: con una conducta siempre limpia y recta y como jefe de una ejemplar familia a la que dedicó su trabajo y a la que ilustró con su proceder. Y como nadie hay tan capaz como el patriota que de verdad lo es de comprender y amar a todas las otras patrias, al llegar aquí muy pronto se sintió ganado por el generoso calor de Venezuela a la que, con su invariable condición de hombre de trabajo, ha estado sirviendo en varias calificadas empresas y en todo momento en las últimas décadas de su vida.

Dios ha dispuesto que, al estremecerse las entrañas de Caracas, la tierra venezolana reciba los restos de este vasco ejemplar y de su buena esposa Miren. Aquí quedan, llorándolos, sus hijos, igualmente firmes en el servicio de Venezuela y de Euzkadi. Aquí lamentamos su desaparición todos los que, de cualquier parte y condición, fuimos amigos de aquel hombre que, ferviente enamorado de su tierra nativa, supo hacer florecer, al servicio de la de su adopción, sin cacareos ni relumbrones, las sencillas pero difíciles virtudes de una honestidad sin tacha, una dedicación sin mengua y una lealtad sin fallas.

El Universal, Caracas, Agosto 9 de 1967.

* Arelxabaleta, Lucio y Tximxurreta, Miren Kathcriñe, ambos mutuos en el terremoto de Caracas, julio 29, 1967. Arelxabaleta fue Presidente del Centro Vasco de Caracas, Directivo en muchas de sus Juntas Directivas, Delegado del Gobierno Vasco en Venezuela.

MADARIAGA, BOLÍVAR Y LOS VASCOS*

Hace pocos días, un amigo nos mostró un recorte de diario con un artículo del señor Salvador de Madariaga que confesamos se lo devolvimos sin acabarlo de leer. Entre las varias cosas que nos hicieron repelente su lectura recordamos la insinuación allí lanzada de que los vascos son los principales mantenedores del régimen de Franco. ¿Fundamento de este aserto? Pues la docena y media de ellos que ocupan puestos prominentes en el tal régimen. Pero el señor Madariaga, que tantas cosas sabe, debe saber muy bien que ese reducido grupo de figurones no responde a ninguna masa apreciable de opinión dentro de su propio país. Se trata de individuos aislados, y tan aislados que ninguno, absolutamente ninguno de ellos —y desde aquí los retamos para que nos desmientan si pueden—, jamás han obtenido, ni menos podrían obtener hoy, en unas elecciones libres, cargo alguno de representación popular. Algunos de los más viejos de ellos sirvieron ya a la dictadura de Primo de Rivera; los otros no nacieron a tiempo para eso; si hubieran podido, sin duda, lo hubieran hecho también. Porque casi todos ellos pertenecen a esa categoría de hombres que, desgraciadamente, se da en todos los pueblos y todos los climas y responden perfectamente al título en un tiempo tan en boga en España de "Moros leales". El señor Madariaga sabe o puede saber perfectamente esto, como perfectamente sabe también que en todo el ámbito del estado español no hay oposición tan unánime, cerrada y compacta al régimen que avergüenza a España y a Europa como la representada por el pueblo vasco, desde la extrema izquierda hasta la imponente masa católica del país encabezada por su admirable clero. ¿A qué viene, pues, la falaz sugerencia?

Habíamos olvidado ya esas cosas, cuando, en un artículo que aparece en "El Universal" de ayer, vemos que vuelve el señor Madariaga al campo de sus, para nosotros, incomprensibles fobias, para hablarnos del separatismo vasco, la supremacía de lo espiritual, las leyes de Mendel, la verdadera raíz de Bolívar y unas cuantas cosas más que sintetizamos como sigue:

En primer lugar, de ningún modo pueden aceptar los vascos ese separatismo tan del gusto del señor Madariaga que consiste en dividir a Euzka-di en dos porciones, concediendo la una de ellas, definitivamente, a Francia y entregando la otra a España, "por obra y gracia de la historia". En primer término

o, porque la historia no es algo estático o que se detenga al con Réplica de Amczaga. juro del modo mágico del señor Madariaga, quien gustosamente hubiera intentado tal petrificación de vivir en los gloriosos días de la emancipación de América. Por la historia, pudo Navarra, por ejemplo, ser en un tiempo francesa, en otro española y actualmente parte de uno y otro estado. Pero lo que antes que estas cosas históricamente fue y está ya dispuesta a volver a ser para siempre es, simplemente, vascona. No hará falta que pasen muchos años para verlo. En segundo término porque en la historia se han dado aquellas maravillosas instituciones de Derecho Internacional que se llaman "Trabajos de Buena Correspondencia", en virtud de los cuales los vascos de uno y otro lado del Bidasoa se comprometían a seguir en sus relaciones fraternales cuando los Reyes de Francia y España se declaraban la guerra. Y, en tercer término, y dejándonos ya de historias, porque cuando hoy en día a un vasco del sur del Bidasoa se traslada a la tierra del norte de dicho río —y lo decimos por experiencia personal que, naturalmente, para el señor Madariaga resulta imposible— se encuentra con un paisaje y una gente tan entrañablemente suyos como los que ha dejado en la otra orilla. No sabemos por qué el señor Madariaga va a exigir a los vascos un separatismo que desgarrará a su patria para darles en compensación, sin duda, una de esas ramas leonesas, castellanas, etc., a las que podemos estimar en todo lo que humanamente valen, pero ante las cuales queda perfectamente fría nuestra emoción nacional.

En segundo lugar, resulta que los vascos, aunque "son por lo general excelentes sujetos", están poseídos por una doctrina cuyo meollo es "esencialmente de índole antiespiritual y aun animal", vibran con "lo animal y lo físico" y "no entienden la esencia del mensaje de Jesucristo que está en la primacía de lo espiritual". Es decir, que cuando p.ej. luchan primordialmente por su idioma, "sangre del alma" en frase de Unamuno, por salvarlo del aniquilamiento a que quiso condenarlo Franco, y hacen florecer en ese idioma poetas y prosistas como nunca en él se dieron antes, y traducen al mismo las obras de los clásicos universales, etc., etc., resulta que están luchando a impulsos de la animalidad contra los valores del espíritu; cuando, movidos de otra de sus fundamentales preocupaciones, demandaban y demandan al estado español, en todos los tonos, el establecimiento en el país de una universidad siempre negada —y piénsese que es el pueblo de menos analfabetismo y de mayor densidad estudiantil de toda la Península—, están también pecando gravemente contra la primacía de lo espiritual; cuando los admirables 339 sacerdotes firmantes del conocido documento salen a la palestra a jugarse enteros por la libertad y la dignidad del hombre y el ciudadano, sólo piensan, por lo visto, en "lo animal y lo físico" y "no entienden el mensaje de Jesucristo". ¿A qué seguir?

Pero don Salvador hace un estupendo descubrimiento. Por el podemos enterarnos de que Bolívar no es vasco sino venezolano, aunque, eso sí, un venezolano con "melancolía y añorante expresión" de gallego. No sabíamos que hubi era nadie que, habiendo saludado la historia del Héroe, pusiera en duda su venezolanidad. Pero cordialmente concedido esto, nos permitirá el señor Madariaga que le digamos que cuando un vasco se exalta hasta considerar suyo a Bolívar, al conjuro de un apellido que proclama su origen de una tierra comarcana a aquella de Guernica, santuario de las libertades más antiguas y hasta ayer más religiosamente respetadas de toda Europa, poniendo, al mismo tiempo, como ponemos todos por sobre nuestras cabezas al Libertador, tiene que resultar mucho más simpático y perdonable en su evidente exageración para cualquier venezolano que el señor Madariaga para quien el más grande de los hijos de esta tierra no fue sino uno de los máximos traidores de la Hispanidad; otro conde San Julián trasplantado a esta orilla del Atlántico.

Pero no merece la pena de cansar más al paciente lector. Déjese ya el señor Madariaga de dar lecciones a quien no se las pide, pues aunque bien sabemos que ha sido capaz de dárselas al propio Shakespeare, de ninguna manera alcanzamos a reconocer los títulos de su magisterio. Porque, como español, sólo es un hombre que, cuando la tragedia dividió en dos bandos mortalmente enemigos a su patria, él se declaró... neutral; para pontificar sobre el problema vasco le sobran prejuicios y le faltan conocimientos y, sobre todo, emoción; como escritor ni nosotros ni nadie le negará erudición, oficio y fecundidad de pluma. Nadie tampoco se decidirá a afirmar que de entre los millones de cuartillas por esa pluma producidas haya salido una obra en la que el "quid" divino haya impreso el sello de la perennidad.

El Universal, Caracas, Mayo 4 de 1961.

DIALOGO DE MUERTOS

El canciller Ayala, Fernán Pérez de Guzmán, el marqués de Santillana, Gómez Manrique y Jorge Manrique.

EL CANCELLER AYALA.- Heme aquí felizmente reunido con la que me place llamar mi "dinastía de sobrinos". Bien curiosa, por cierto, en los anales de las letras castellanas y quizás única en las de todos los países. Que si el don poético rarísimamente se hereda de padre a hijo, quisiera yo saber cuánto ha sido ostentado por cuatro generaciones seguidas de sobrinos tan ilustres como vosotros. Y permitidme esta pequeña vanidad, ya que bien sé que

nuestro mérito es, propia naturaleza, en todo independiente de aquel que en mí pudiera haber.

PÉREZ DE GUZMÁN.- Creo que restáis importancia a vuestra innegable influencia en nosotros, ilustre tío. Al menos, por lo que a mí hace, me parece deber tanto a vuestra sangre como a vuestras enseñanzas aunque éstas no bastaron a aprovecharme en lo político, pues, si vos tuvisteis la singular fortuna de privar con cuatro reyes tan dispares y aún mortales enemigos como D. Pedro y D. Enrique, mi estrella se eclipsó para siempre en la corte y hube de buscar alivio en el retiro a la saña de mi enemigo el Condestable. Historiador como vos fui o lo pretendí, al menos, en mis Generaciones y Loores; moralista y didáctico, a vuestra semejanza, en mis Proverbios y Virtudes. El resto de mi obra se lo llevan las composiciones poéticas en cuya estructura, como sabéis, di preferencia a los metros cortos en los que vos primero habíais destacado.

MARQUES DE SANTILLANA.- En ellos, tío Guzmán, compuse yo lo que fue lo mejor de mi obra, según veo lo que me ha sobrevivido allá en la tierra, donde, por cierto, se me acusa mucho de no haber vacilado jamás en cambiar de partido cuando me pareció oportuno, adaptando mi conducta a los intereses del momento. No sé si esto se atribuirá a herencia, con todo respeto sea dicho, de vos, ilustre canciller.

CANCILLER AYALA.- Es propio de los que disfrutamos de esta existencia de beatitud aceptar sin envanecimiento las alabanzas y considerar con inalterable ecuanimidad los cargos que se nos hacen. En cuanto a éste que pareéis apuntar, contestaré con haceros recordar aquel célebre romance que comienza: "Si el caballo os han muerto...". Vos sabéis con qué ocasión fue compuesto.

GÓMEZ MANRIQUE.- Todos lo sabemos y ello basta y sobra para vuestra honra. La mía anduvo también en canción por los dichosos pleitos políticos a que, por lo visto, todos los de nuestra sangre hemos sido tan aficionados. De mi enemigo D. Alvaro no me pesa ni la que mostré después al Impotente. Me enorgullezco de figurar entre los primeros propugnadores de la Gran Isabel y si de algo pudiera arrepentirme, sería de haber contribuido tan eficazmente a su boda con el hijo del rey de Aragón, aquel Fernando que nunca pudo ni podrá arribar a estas moradas en cuyas puertas vela la Justicia y se estrellan la maña y la intriga. Por lo demás, no hay que decir, tío Santillana, lo que os debo, pues, como es bien sabido, vos me iniciasteis en el arte de trovar.

JORGE MANRIQUE.- Y vuestras trovas, tío Gómez, tan ricas en enseñanzas morales, fueron modelo para mí, último de esta "dinastía de los sobrinos". La muerte quísome joven para sí. Pero para cuando vino "a llamar a mi puerta" había yo tenido tiempo para cantar sus triunfos sobre nuestras vanaglorias e n aquellas Coplas que se hicieron famosas. Los que han descubierto una singular analogía entre el tono general de ellas y cierto paso de vuestro Rimado de Palacio, ilustre canciller, debieron haber remontado más en su razonamiento y haberos buscado a vos en mí, a través de la cadena con que el parentesco nos une a los cinco que aquí estamos. Creo que nuestra dinastía representa algo individual y colectivamente en la vida y las letras de Castilla.

CANCILLER AYALA.- Esc es mi mayor orgullo, pero también causa, al mismo tiempo, de remordimiento para mí. Porque sabéis que yo, a quien habéis honrado proclamándome cabeza de esta gloriosa y singular dinastía, nací en el año 1332 del Señor. Ahora bien, en ese mismo año mi patria Alaba, hasta entonces libérrima, se había incorporado a la corona de Castilla con pacto que, si bien salvaguardaba sus libertades, había de ser también, necesariamente, principio y fuente de una influencia que ininterrumpida y calladamente iba filtrándose en la entraña de mi pueblo. Yo fui uno de tantos —y quizá de los más culpables por primeros— que en política, armas y letras me desaturé y llevé todo mi caudal a extraño solar y a idioma extraño a aquel que floreció en mis labios en mi dulce Alaba natal. Todos los éxitos que tuve en mi carrera al servicio de un estado extraño, se me aparecen ahora como otros tantos robados al natural mío que abandoné por parecer pequeño a mi ambición. Sólo la inconsciencia —general en mi época— con que obré, podrá hacer ante mis compatriotas excusable mi pecado.
Euzko Deya, Buenos Aires, Mayo de 1943.

NARCISO DE OYARZABAL (S. XVIII)

Según este viejo papel que hoy nos viene a las manos, Narciso de Oyarzabal, natural de la villa de Astigarraga, en la provincia de Guipúzcoa, había estado sirviendo en la isla Trinidad a las órdenes inmediatas del Gobernador desde el año 1779 y, como se certifica, "desempeñaba en el celo, actividad y desinterés que es notorio, las diferentes comisiones y encargos que han puesto a su cuidado en el ramo de población de dicha isla". Pero "los continuos viajes que ha tenido que hacer a toda la isla tanto por tierra como por mar, en desempeño de las órdenes y encargos que se le han confiado y que siempre ha tenido que costear a sus expensas..., junto a las fatigas que igualmente le ha acarreado la comisión de Capitán de Indios de la parte Este de ella que también ha desempeñado, le han postrado de tal suerte que le es

ya imposible poder continuar más al servicio de S.M., pues a más de las casi continuas enfermedades que siempre ha sufrido, está en el día tan falto de vista que ha llegado hasta el infeliz extremo de no poderse manejar por sí solo. En este conflicto —sigue diciendo Oyarzabal en su petitorio al Rey de Guipúzcoa y España— ocurre a los Rs. Ps. de S.M. el exponente implorando la gracia de que... se digne concederle su retiro con el mismo sueldo de 25 pesos mensuales de que goza, en atención a su cortedad y a que ahora más que nunca necesita ese auxilio para su subsistencia con los achaques que experimenta adquiridos en servicio de V.M. extendiéndose a la gracia hasta permitirle que pueda pasar libremente a disfrutar de ella en su Patria y que se entienda con la Tesorería de aquella Provincia el pago al suplicante, etc., etc."

Episodio vulgar de una de tantas vidas olvidadas es éste, y, sin embargo, he aquí que nos punza y nos hiere en los adentros su lectura y del humilde papel sentimos que surge y se perfila ante nosotros la figura de Oyarzabal que poco a poco va tomando familiares contornos y, con su dulce voz de ciego, empieza a contarnos su breve historia...

Es un mozo lleno de vida y desbordante de ilusiones este Narciso de Oyarzabal que, con plaza de grumete, sale del puerto de Pasajes allá por el año 1750 en uno de los navíos de registro de la Compañía Guipuzcoana que todos los años parten hacia las costas de Venezuela en procura Oyarzabal, ya con el pie en el navío que ha de devolverle a su Patria, sueña y sueña con la tierra nativa... Y con sus sueños soñamos nosotros en su dulce y doliente sonar.

Euzko Gastedí, Caracas, 1965 (?).

" Amezaga es la recreación poética nos acerca ya al teína humano de la Compañía Guipuzcoana de Caracas. A sus hombres. Luego se dedicará a "Juan Vicente de Icuza". Ver Rio-Bibliografía.— como él ha cambiado también, pero ¡qué importa! Astigarraga será para él siempre Asligarraga y para su pueblo Gyarzabal será siempre el mismo también. Que derriben casas, que abran calles, que vengan nuevos pobladores, aunque sean de ajena estirpe; todo eso podrá dolernos, pero todo ello no puede apartar del amor a su tierra al que es un hombre de ley. Y él, Narciso de Oyarzabal, lo es, como lo fue siempre y así lo ha de demostrar. ¿Que a lo largo de su vida pareció un desertor y así lo han hecho llegar a sus oídos más de cuatro de sus paisanos? Pues ahora, con su regreso, con su definitivo y entrañable regreso, verán cómo él nunca estuvo ausente de verdad cómo él nunca pensó en desertar.

ORIXE*

Nicolás Ormaetxea

Desde fines del siglo XIX había palidecido ya la estrella de los adoradores del euskera del Paraíso y, con los sólidos trabajos de Campión, Arana Goiri —el hombre a quien más debe el Renacimiento euskérico—, Azkue y Urquijo, se iniciaba una nueva era que, sobre todo, en las dos obras fundamentales de Azkue —Diccionario y Morfología— brindaba los más firmes fundamentos a la edificación futura.

Esta había de encarnar, principalmente, en un hombre como Nicolás de Ormaetxea quien, nacido el año 1888 en el pueblecito de Oreja, allá junto a la raya de Navarra, mamó la variedad central del idioma —dialecto vascón— y reunía en su compleja personalidad, tan representativa en muchos aspectos de su no menos complejo pueblo, junto a la natural fluencia de expresión castiza de aquella sociedad de pastores y carboneros con quienes convivió en su infancia y primeros años de juventud, el riquísimo bagaje de cultura humanista que su privilegiada inteligencia le permitió conquistar en sus años de noviciado en la Compañía de Jesús. El hombre enamorado de la suprema concisión de Horacio y de la pastoril nauta de Teócrito se encontraba, por una parte, conocedor profundo de los modelos clásicos, y, de la otra, de l lenguaje popular euskérico más puro. Sólo le faltaba lo que pronto sus años de servicio en Euskaltzaindi (Academia de la Lengua Vasca), fundada en 1919, le otorgaron: la oportunidad de dedicarse al conocimiento exhaustivo de nuestros clásicos en todos los dialectos y del habla viva también de todos ellos, en la que había de embeberse en las labores del "Erizkizundi" y otras de la Academia, y que hicieron de él ya de por vida un estudiante de euskera, como modestamente solía él decir, y no dejaba de ser verdad, sin que por eso dejara también de serlo el que se constituyese al mismo tiempo en el más grande de los maestros.

Con este enorme bagaje de cultura humanística y, sobre todo, de conocimiento vascológico, Ormaetxea se abocó de lleno a la tarea que el tiempo estaba demandando: el cultivo literario intenso del euskera, de un euskera fundado a la vez en el habla viva y en el aporte de nuestros clásicos de todos los dialectos para llegar a hacerlo resonar como un instrumento nuevo,

como el ágil instrumento de cultura nacional de que tan necesitados estábamos los vascos. Nada de perder el tiempo en lucubraciones sobre el supuesto origen anti-diluviano del euskera, su extraordinaria condición de idioma isla, y, menos aún, de dedicarlo a la fácil tarea de las etimologías baratas. Para salvar de la muerte al euskera la primera labor es la de hacerlo apto para

las necesidades de la vida actual; en lugar de hablar tanto sobre el euskera en erdera lo que urgía y urge es tratar en euskera de todos los temas que la compleja vida moderna nos ofrece y capacitarlo, hasta el límite, para todas las labores culturales del hoy y del mañana. El hombre montaraz, y por nacimiento y por su formación en el limitado círculo de pastores y carboneros, entendía perfectamente que, sin desdeñar un punto esa entrañable forma de vida, había otras como la más profunda de la ciencia o la más elevada del arte cuyos caminos el euskera tenía que recorrer si queremos que sea un instrumento idiomático vivo.

SÍ hemos de trazar un rápido bosquejo de su vida la consideraremos primero en su etapa de Bilbao donde, entre sus labores de la Academia y de redactor euskérico del diario "Euzkadi", brotan obras como Santa Cruz apaiza, en que arroja las más favorables luces sobre la figura del terrible guerrillero carlista; la castiza traducción (al euskera vizcaíno) del Lazarillo de Tormes y la magistral del Mireya de Mistral. El artista disponía ya de un instrumento adecuado que, sin embargo, se cansaba de perfeccionar y con él se lanzó, en la etapa siguiente en su retiro de Uitz, a plasmar, tras Borne Muinetan (en euskera laburdíno) que da la talla de su capacidad como gran poeta místico, su obra de más aliento, el poema "Euskaldunak" en el que, a lo largo de doce mil versos distribuidos en quince cantos, describe la vida del pueblo vasco en el acontecer de un ciclo anual. Es la obra de un gran poeta y de un gran patriota; de un hombre para quien el vivir de su pueblo en sus formas más típicas no tiene secretos porque se ha acercado a ellos con esa luz que sólo sabe engendrar el calor del corazón. Se trata de una obra maestra, de segura perduración y de imprescindible lectura para todo el que quiera auscultar el espíritu de nuestro pueblo. Fue para nosotros una tarea, quizá dura, pero honrosa la traducción literal y total de esta obra al castellano, empresa en la que tuvimos el aliento y la ilustración del autor, amigo y maestro.

En Uitz le sorprendió la sublevación franquista y, tras de sufrir duro trance en la prisión de San Cristóbal, pudo huir a Laburdi donde, aparte de sus valiosas colaboraciones en "Eusko Jakinua" y "Gernika", dio cima a la traducción de Urtze guzitico Meza Bezperak, llamada a influir poderosamente sobre los destinos del euskera, y donde, entre otras tantas cosas, ha cumplido, como muy bien dice Luis Mitxelena, 'El milagro de una versión absolutamente fiel del "Lauda Sion Sanvatore" en la misma medida que el original —en realidad tiene dos versos menos— sin soslayar ninguna de las dificultades que ofrecía este comprimido teológico'. Y de modo similar en otros cantos e himnos litúrgicos.

A esta etapa del norte del Bidasoa sucede la de América donde el prosista

nos ofrece, en sus colaboraciones de "Eusko Gogoia", aquel tratado de mística: "Kito'n arrebarekin", hecho brotar de sus conversaciones allí con su hermana monja y en el cual desde las evocaciones hogareñas se va elevando hasta las cumbres donde aletea el espíritu de su admirado San Juan de la Cruz. Al mismo tiempo, publica ensayos de Metafísica y Estética donde el pensamiento de Platón, Plotino, Hegel y Croce cobra nuevas irisaciones al ser desenvuelto en el rico ropaje euskérico de nuestro escritor quien, como poeta, nos va dando también sus visiones de la tierra americana: "Bolivia'ko zabaldian", "Pichincha sumendiari", etc, etc, o desnuda su alma en la serie de "Getsemaní", de cuyos poemas podemos decir muy bien con palabras de Mitxelena que "en sus poesías de tema místico se ha traslucido siempre, dentro a veces de una aparente sequedad, una honda emoción que con los años se ha ido expresando en un tono cada vez más abierto y más sincero. Tal vez se encuentre en estos poemas, compuestos en un verso sobrio y simple, la manifestación más alta de la personalidad de Orixe".

Tras la etapa americana, viene la última marcada por el retorno a Euzkadi donde nos ofrece la magnífica traducción de las Confesiones de San Agustín; después su ingreso en Euskaltzaindi como miembro de honor; su triunfo de mayo de este mismo año al ser laureado en Tolosa en el homenaje a Lizardi que, como se sabe, era una de sus grandes admiraciones y, por fin desde Añorga, el tránsito hacia los prados de eterna bienandanza tan soñados por su mística alma.

Euzko Gastedi, Caracas, Setiembre de 1961.

* Muy influido por la personalidad y obra de Orne (Ortnactxca, Nicolás. Oreja, 1888-Añorga, 1961), Amezaga le dedica una conferencia al saber de su muerte (Centro Vasco, 13- IV-61) y un estenso y documentado capítulo en su obra ya citada F.I Hombre Vasco.

NUESTRO DON PIÓ BAROJA Y NESSI (1872-1956)

Se extinguió la vida de don Pío. Esa vida de la que brotaron tantas para el mundo de la imaginación; ya con raíces reales como la de Avirane-ta, ya enteramente fantásticas como el Jaun de Álzate, en uno de los más ricos y pintorescos retablos ofrecidos por la novela contemporánea.

Comenzó la de nuestro autor en Donostia. Allí el tormentoso mar de los vascos imprimió en él su garra y le enseñó a sentir las que luego serían páginas tan maravillosas como las Aventuras del Capitán Chimisía, Las inquietudes de ShantiAndia o aquel Ángelus tan empapado de unción religiosa como de sa

litre marino. Aquel maravilloso Ángelus en que, por una vez al menos, la reciedumbre del sentimiento religioso de su raza sacudió a Baroja hasta los huesos. Y no menos le hicieron vibrar los paisajes patrios, sobre todo, aquel valle del Bidasoa que, según una de sus características boutades, quería constituir en república libre "sin moscas, sin frailes y sin carabineros", aquel valle en cuyo lugar de Bera hizo morada en que se acunaron varios de los mejores hijos de su espíritu, como ese "Jaun de Álzate" que es para nosotros una de las más entrañables creaciones barojianas.

A Baroja se le ha reprochado muchas veces el no tener estilo; más aún, el no tener gramática, el no saber escribir. La verdad es que aparecía en las letras españolas como un desconcertante fenómeno. Porque, en efecto, como dice Azorín, uno de sus más fieles amigos e ilustres admiradores: "¿Qué relación existe entre el estilo de Baroja y el de los novelistas españoles, sus antecesores? Quien lea una novela de Pereda, de Alarcón, de Fernán Caballero, y luego otra de Baroja, experimentará, sin duda, una impresión extraña". "¿Qué relación puede existir entre la modalidad retórica, convencional, de casi toda la literatura novelesca del siglo XIX y la manera de Baroja? Ninguna". El secreto está, sin duda, principalmente, en Baroja mismo, pero es preciso mirar bien al fondo. "Ser vasco —escribió una vez Ortega y Gasset— es, sin más, una renuncia nativa a la expresión verbal". Nadie puede dudar de que hay en esto una exageración que el mismo ilustre autor de ella hubiera sido el primero en reconocer; pero también hay en ello algo de verdad. Porque si no hay necesariamente implicada mudez, la verdad es que —y a lo largo de lecturas de los mejores autores del siglo de oro español puede fácilmente recogerse el concepto, una y otra vez reiterado— nunca gozaron los paisanos de Baroja y del que esto escribe renombre de facundos. Sin embargo, había error en esta concepción. Porque si bien es verdad que en éste, como en muchos otros aspectos, hay una gran distancia de nuestro hombre de tipo representativo a uno que igualmente lo sea del espíritu latino, no falta tampoco en nuestra viña los verbosos, chachareros y charlatanes. Lo de "correcto en palabras" nos vino de otra causa. Hablaban nuestros compatriotas, los que conocieran Tirso, Cervantes, Espinel, etc., un lenguaje prestado, un idioma mejor o peor aprendido en su estada en Castilla, idioma tan radicalmente distinto del suyo, sobre todo en la sintaxis, que el ser elocuentes en esas condiciones suponía algo que sólo en muy contados casos podía ser conseguido.

Pues bien, algo de esto sucede con Baroja. Es cierto que éste aprendió desde niño el castellano, pero en un ambiente bilingüe en el que no hay que olvidar a su padre, don Serafín, que tan merecido nombre ha dejado en las letras euskaras por sus poemas en distintos géneros. La influencia que todo ello ha

ya podido tener en nuestro novelista, del cual conocida es la afición a insertar trozos de cantares o poemas en lengua vasca en sus obras, no queremos ponderarla nosotros. Mucho mejor será dejar la palabra a él mismo, que nos dirá: "Si en las ciencias exactas y físico-matemáticas no se determina fácilmente, aunque exista, un carácter de raza o de nación, en las demás ramas del saber, sí; en la historia, en la filología, en la literatura y en el arte la raza rezuma, se siente el impulso étnico de una manera clara y precisa". Y esto otro, aún más concluyente: "... el devenir del País Vasco sería no borrarse del todo en la latinidad, sino dar a su cultura un carácter propio peculiar no latino. No es extraño que, pensando así, yo haya tenido la aspiración de dar un matiz no latino, poco retórico y poco elocuente de precisión y de sequedad dentro de la literatura española".

Después de esto se nos antoja un poco aventurado aquello de Ortega de clasificar a nuestro autor como un típico continuador de uno de los aspectos más representativos de la novela española: la picaresca. No creemos que la afición de don Pío a animar figuras de tipos errantes y aventureros autorice más esa suposición que la de aquellos que lo consideran fuertemente influido por los novelistas rusos. No negamos uno ni otro influjo, como el de Dickens y otros que pueden señalarse. Pero en una personalidad tan fuerte y rica como la de Pío Baroja, en una personalidad cuya nota dominante es la sinceridad absoluta y la rígida lealtad para consigo mismo, creemos debe andarse con mucho tiento en esto de las influencias exteriores, y, sobre todo, cuando éstas parecen estar más lejos del centro y raíz de su intimidad psicológica.

Se ha dicho que uno de los pocos escritores a quien Baroja admira es Nietzsche. Y cuando recordamos al filósofo alemán de "la voluntad de poder", el del super-hombre, el que decía que "vivir de un modo peligroso es sacar el mayor placer que puede dar la existencia", el cual, sin embargo, según juicio de Unamuno, que nos parece profundamente acercado, no fue sino un hombre terriblemente dominado por el miedo, no podemos menos de pensar en Baroja, que predicando que "La acción por la acción es el ideal del hombre fuerte"; que "No hay que respetar nada, no hay que aceptar tradiciones que tanto pesan y entristecen" y cien frases más, tan terribles y demoledoras como éstas que con sobrada frecuencia pone en boca de sus desgarrados personajes, no es en el fondo sino la antítesis de todo ello. Un hombre de corazón transido de humanidad que le salta del pecho, como un pájaro, para entonar en Mari Beltza su sonata más delicada y más pura; que se le abre como una granada madura en Elizabide el vagabundo para ofrecer el decantado jugo de la más cordial comprensión; un hombre que dotado de ojos maravillosamente capaces de captar y copiar toda clase de tipos y tierras, cuando retrata a los de su estirpe pone en su obra un temblor de ternura que no hay

palabra fuerte ni concepto duro que alcancen a ocultar lo que está ocurriendo en el hondón de su alma.

Y éste es para nosotros el Baroja que nunca morirá.

El Nacional, Caracas, 1956. Euzko Gastedi, Caracas, 1956.

RAMÓN MARÍA DE ALDASORO*

Poco más de dos meses han transcurrido desde que pasó por Montevideo prometiéndonos un pronto regreso que ya no podrá más cumplir. Y pasó, como si empre, repartiendo abrazos y dejando una estela de cuentos y anécdotas que eran las delicias de su ingenio siempre alegre y cordial.

Porque Aldasoro se manifestaba siempre así. Temporalmente, sin duda, pero también por algo más profundo que los que le trataban poco difícilmente podían ver y lo explicaba aquella vieja canción vasca que tantas veces le hemos escuchado canturrear:

"Begiak parrez, parrez, biotza negarrez".

(Los ojos riendo, riendo y el corazón llorando).

Y es que cuando se ha sufrido y visto sufrir tanto y se posee la excepcional emocionalidad de Aldasoro, mal disimulada por su exuberancia física, la risa se convierte en un arma de pudor y en una defensa con que la naturaleza ocurre a remediar un estallido que sin ella se tornaría a veces en inevitable.

Aldasoro fue político por temperamento y lo fue desde muy joven con la profunda y total devoción democrática. Ocupó altos puestos en el Parlamento y la Administración del Estado Español. Y cuando la rebelión militar vino a inundar de sangre y dolor las tierras de la patria y el Gobierno vasco autónomo se constituyó para defender nuestra tradición de libertades, pasó de inmediato a ocupar en él un puesio de honor del que sólo la muerte le ha podido hacer desertar. Durante la guerra cumplió siempre con un alto sentido de responsabilidad y eficacia. En el exilio, sus extraordinarias dotes de inteligencia y simpatía le granjearon muchas y valiosas amistades que, por su medio, quedaron para siempre vinculadas a nuestra causa. Y ello muy especialmente aquí en el Uruguay donde su espíritu vibraba más que en parte alguna al conjunto de este maravilloso clima de libertad que es el pan bendito del espíritu que en nuestra tierra nos robaron y cuyo regusto no podrá ya abandonarnos más.

Nacido en el corazón de Euzkadi, en aquella Tolosa donde el euskera sigue teniendo sus más puras resonancias, sintió con los años cada vez más fuerte el llamado de la tierra a la que supo honrar en verdadero vasco con una vida privada intachable y a la que se mantuvo fiel en una absoluta consecuencia, acrecentada, si cabe por el transcurrir del tiempo, pese a toda la serie de desgraciadas contingencias que parecieran venir de propósito para acabar con todas nuestras reservas de perseverancia.

Su muerte es un golpe más que recio, hondo y repercute en nuestro espíritu, pero no para quebrantarlo sino para remachar aún más en él nuestra voluntad de perseverar en la lucha por la libertad y la dignidad de nuestro pueblo. Ese es su testamento y su mandato imperativo, como lo fue para nosotros y lo sigue siendo el de los millares de vascos que le antecedieron en su inmolación por la libertad.

Hemos perdido un gran amigo y la democracia vasca un noble campeón. Pero en nuestro corazón no hay dolor que prevalezca contra la esperanza ni desgracia capaz de abatir aquella fe que resplandece, serena e incommovible, en las sencillas palabras que en nuestro pueblo suelen dedicarse a los seres queridos que nos dejan: "Agur ta gero arte": ¡Adiós y hasta luego!

El Plata, Montevideo, Febrero 6 de 1952.

HONRANDO a DARDO REGULES

Vicente de Amezaga, aquel exilado vasco compañero de los Presidentes del Gobierno vasco Aguirre y Leizaola, que vivió algunos años en nuestro país conquistando el aprecio y el afecto de todos los espíritus democráticos, y que se halla hoy en Venezuela, ha escrito sobre la personalidad de Dardo Regules, en "El Universal" de Caracas, la bella página que reproducimos en seguida.

Nos sorprende dolorosamente la noticia del fallecimiento del doctor Dardo Regules, procer figura del Uruguay contemporáneo, quien en la vida política y social, en el Senado y en el Ministerio, en la tribuna pública y en la cátedra universitaria, en el periódico y en el libro, ha sido siempre una alta presencia que resonaba con inconfundible acento en la noble tierra de Artigas. Su brillante personalidad puede ser desdoblada en múltiples facetas de las cuales queremos recordarle hoy en las tres que para nosotros mejor le configuran: hombre del Uruguay, hombre de Cristo, hombre de la Libertad.

Como uruguayo, Regules gozó del privilegio de formarse en aquella generación que creció escuchando a los maestros serenos: Zorrilla de San Martín, Rodó y Vaz Ferreira. Si su militancia católica y sus maravillosas dotes de orador nos hacían muchas veces sentir en él resonancias del genial autor del *Tabaré*, también en otras como aquellas sesiones de la Academia de Letras, baños de serenidad en los manantiales más puros del espíritu, al oírle desgarrar sus discursos de impecable arquitectura, creíamos ver asomar, entre las marmóreas frases, el cincel de aquél que supo proclamar que el hablar bien es una de las más altas formas de ser bueno; así como en muchas de sus penetrantes observaciones se nos antoja percibir ecos del gran pensador y sentidor que nos legó el *Fermentarlo*.

Regules era un uruguayo enamorado de su tierra y su pueblo, orgulloso, y con razón, de aquel maravilloso asilo de las luces y la libertad. Sabía muy bien que no hay para el hombre alimento que iguale al que le brindan sus propias raíces telúricas y conocía la profunda sabiduría de la sentencia bíblica: "Bebe del agua de tu aljibe". Pero, como sucede a todos los hombres que son honradamente de su pueblo, sentía también como suyos los problemas de los pueblos todos, sobre todo aquellos en cuya raíz se debatía el supremo negocio del hombre: la libertad. Y, uruguayo de punta a punta, era también, podríamos decir que simultáneamente, americano integral.

Para él América era el Continente de la Esperanza, asiento y punto de partida de una futura humanidad mejor; y hasta qué punto se hallaba embelesado con esta idea lo muestran, entre muchas otras, estas palabras dichas en Bogotá, donde acudió, en abril de 1948, como Presidente de la Delegación del Uruguay a la IX Conferencia Panamericana: "Podemos pensar con orgullo y con responsabilidad que la única zona en el mundo donde hay una esperanza de paz es América, y que la única garantía para la paz vuelve a ser América y sólo América en el mundo entero".

Su vida se proyectaba recta hacia Cristo, hacia Jesús, como él gustaba de decir. El luminoso Jesús de los Evangelios era para él no sólo el verdadero Dios, sino, naturalmente, el más alto paradigma humano al que había que procurar imitar siempre en sus supremas virtudes de pureza y comprensión. Y así, desde las raíces de una juventud vivida con ejemplar pureza, fue hilando su vida con el esfuerzo diario de la caridad y la tolerante comprensión. Este presentaba a todos el espectáculo de una conducta diamantina contra la que tenían que embotarse los dardos de cualquier adversario filosófico o político, el que, al cabo, había de rendirse ante ella y ofrecerle el homenaje de un respeto tan honroso para el oferente como para Regules mismo. Y era de ver cómo al reconocido líder del partido católico uruguayo se acercaban

, impulsados del respeto y del afecto, los hombres de las más antagónicas ideologías, quienes, si sabían bien que no cabía esperar de su firmeza la más leve dejación de sus ideas en lo que éstas tenían de fundamentales, sabían aún mejor que trataban con un hombre que siempre tendría para las ajenas no sólo el máximo respeto sino la más generosa comprensión. Y se dio el caso de que un Presidente de la República, reconocidamente agnóstico, en un acto que hablaba muy alto de su honestidad política y su inteligencia, llamar a a Regules a ocupar el Ministerio del Interior, como la mejor garantía de unas elecciones generales que, efectivamente, fueron modelos de integridad. Y, cuando al dejar el Ministerio, le fueron insistentemente ofrecidos cargos de representación exterior como para colmar la ambición de cualquiera, Regules, que no era hombre de fortuna, se reintegró sencillamente al seno de su pequeño partido y al ejercicio de su bufete, expresando, con agradecimiento, pero con noble dignidad, que esperaba poder seguir viviendo de su trabajo, sin tener que deber nada a la política. Y siguió saliendo siempre de entre las salpicaduras de ésta y su cotidiano dialogar con cuanto adversario se le presentaba en el camino, limpio con aquella limpieza que aprendió del Jesús de los años y las pecadoras.

Era Regules un hombre de la Libertad. Todos los que lo conocieron saben bien que el amó a la libertad. "El más grande invento de Dios", según las magníficas palabras de Peguy, era su pasión dominante. Su profundo sentido cristiano complementario, si así lo podemos decir, por su integral orientación, le hacían sentir la dignidad del hombre en ese su don más excoiso, con una emoción religiosa y humana en la que vibraba su espíritu entero. Por eso lo vimos presente siempre en toda causa en que había que defender una libertad amenazada; por eso él, tan cordial y tolerante siempre, permanecía clavado en inflexible postura ante toda forma y color de dictadura, mostrando su mayor intransigencia ante las que pretenden cubrir, con el más sagrado manto, el estercolero que es su esencial habitación. "Yo puedo concebir que se fusile y deporta a la Siberia en nombre del materialismo histórico —le hemos oído más de una vez decir—, pero lo que jamás admitiré es que se torture y se fusile en nombre de Cristo". Y valientemente arrancaba la máscara de la tiranía que avergüenza a España, haciendo ver a sus correligionarios, los católicos del Uruguay, que "Franco proclama que sirve a la Iglesia, cuando la única verdad es que se está sirviendo de ella"; por eso él, por cuyas venas no corría una sola gota de sangre vasca, estaba, en cuerpo y alma, con la causa de nuestro pueblo y presente siempre, lo mismo en las visitas del Presidente Aguirre que en la reciente del Lendakari Leizaola.

Con su pérdida todos hemos perdido mucho. Nosotros lamentamos hoy, sobre t

odo, la desaparición del amigo bueno, cordial y sabio al que debemos tantas horas luminosas. Y, en estos momentos transidos de dolor, sólo un consuelo podemos hallar; el mismo que invocaba para sí en una ocasión semejante: "...esta hora sería inconsolable, si una fe interior no nos iluminara el misterio que se cierne sobre los horizontes, y no nos asegurara la esperanza de un reencuentro final, donde nos diremos de nuevo todo lo que nos dijimos en la vida, pero también todo lo que no nos dijimos".

El Universal, Caracas, 1961. El Plata, Montevideo, 1961.

SABINO DE ARANA GOIRI: EL LIBERTADOR VASCO*

Abatido, 1865 - Sukarriela, 1903

El día 26 de este mes se cumplirán cien años del nacimiento, en la pequeña república bizcaína de Abando, de este hombre cuyo recuerdo se venera como el de un apóstol y un mártir a lo largo y a lo ancho de toda Euskal Erria.

Porque Sabino de Arana Goiri fue, por encima de todo, un hombre puro, de total pureza, rico, sacrificó toda su fortuna al ideal al que consagró toda su vida; fuerte, perdió su salud entre los múltiples encarcelamientos y persecuciones que hubo de sufrir a través de una vida vivida bajo el signo de una conducta rectilínea; una vida de esas que honran a la condición humana porque contra ella, ni la incomprensión ni la mala fe ni el odio, que no perdieron oportunidad de hundirle su acero hasta la empuñadura, se atrevieron a esgrimir la calumnia que ni por un momento hubiera podido ensayar su mordedura en aquella alma cristalina, en "aquel hombre singular todo poeta", como dijo de él Unamuno.

Tenía Arana Goiri once años cuando, en 1876, se consumó el último atentado contra las libertades vascas de las que bien se puede decir que, si en su milenaria antigüedad habían hecho la honra del pueblo que de ellas supo disfrutar, eran, ante todo y por encima de todo, de la altísima condición de las que a nadie ofenden ni a nadie pueden dañar. Porque no era sólo que, a través de las mil contingencias de la historia, el pequeño pueblo vasco tuviera el privilegio o la fortuna de mantenerse siempre invariablemente libre; no es que, a través de varias invasiones que asolaron y subyugaron la Península, el gladio romano, la francisca goda y el alfanje musulmán se mellaron contra los riscos de una tierra cuya gente, sin mezcla alguna de tales invasores, siguió constituyendo una singularísima nación —"tierra apartada", como dicen los viejos documentos—, en su sangre, en su idioma, en sus leyes y en todas las expresiones más íntimas de su alma; había mucho más que eso:

si ese pueblo jamás fue conquistado por nadie, tampoco nunca intentó señorear a otro alguno. Tras la derrota de los invasores castellanos en Arrigorriaga, el gesto simbólico del jefe bizcaíno Jaun Zuria que clava su daga en el árbol Malato, límite allí de la tierra

* Muchos artículos y una conferencia impartió Amezaga sobre Sabino Arana Goiri, (Abando, 186J - Sukarricta, Bi/kaia, 19Ü3), llamado el Libertador vasco. Insertamos este artículo, el dei Centenario de su nacimiento, por pareee rnob el más significativo. Un capítulo de su libro E! Hombre Vasco eslá ded icado a Arana. vasca, basta para frenar en seco el ímpetu de sus huestes en la plena embriaguez de la victoria; cuando Sancho VI, el rey de Navarra, recupera el territorio que por el de Castilla le había sido usurpado, al llegar al límite de su tierra, clava también sus armas victoriosas en el tronco de un árbol, mientras dice: "Hasta aquí es el reino de Navarra". Era una tradición milenaria de libertad que había enseñado a ese pueblo la verdad sencilla pero profunda de que sólo pueden merecer ser libres los que saben respetar la libertad ajena. Este era el pueblo donde, en los siglos de una Europa dividida en castas, todos sus hijos eran igualmente nobles y nunca se conoció la esclavitud; donde, religioso hasta los tuétanos, la Inquisición no pudo arraigar y en cuyas soberanas cortes de Gernika —que comenzaban con la firmación del dogma de la Inmaculada Concepción— no podían tomar parte los clérigos, llegándose en las juntas de Guípuzkoa hasta a retirar los poderes al delegado a quien unas horas antes de la sesión se le hubiere visto hablando con un sacerdote; porque ese pueblo había aprendido bien a dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, como lo supo enunciar con su "Papa non est domínus civilis aut tempolis totius orbis", el Padre Vitoria, aquel gran hijo de su sangre, sangre que habló con inigualable grandeza en un Bolívar, libertador de naciones y en un Lavigeric, figura descollante en la abolición de la esclavitud.

El tesoro de las libertades vascas se acababa de perder. Las dos guerras carlistas dieron ocasión al enemigo que de antiguo acechaba y que en las cortes españolas asestó el golpe mortal. En vano la voz del tribuno vasco Glano se alzó para gritar "Lo que yo prometo a un hombre armado, lo cumplo aunque luego lo vea desarmado", aludiendo a las promesas hechas por el "aya cucho" Espartero a los batallones carlistas concentrados para la traición de Bergara. Olano pudo ver que entre los parlamentarios españoles, sólo la voz del marqués de Viluma supo señalar noblemente el camino del honor.

Cuando Arana Goiri llegó a su juventud se encontró, pues, con un pueblo que, perdido su rumbo, se despeñaba por el precipicio de su desnacionalización. Y él se dio a la tarea sobrehumana de detenerlo en su marcha suicida y poner

lo en el camino de la salud. Toda su fortuna, toda su energía, la luz de su privilegiada inteligencia y el calor de su purísimo corazón Jos entregó sin reservas en una lucha de todos los días que no terminó hasta el de su muerte, todavía en plena juventud, a los 38 años, agotado en el combate desigual. Fue el precio pagado por el Héroe para que el renacimiento vasco se pusiera en marcha con pujanza incontenible. El estudio y enriquecimiento del idioma propio, de la historia, de todas las peculiaridades nacionales fue apasionando a los mejores hijos del país y el movimiento político y social que, como el filológico y el histórico, habían sido por él iniciados, fue rápidamente conquistando, una a una, a todas las regiones vascas. Y hoy, tras una guerra en la que, con su nombre y el de la Patria que él proclamó, en los labios, sus compatriotas murieron a millares en los frentes de batalla y ante los pelotones de ejecución; hoy en que todo el pueblo vasco padece bajo el látigo y la mordaza impuestos por la total vaciedad ideológica de la estirpe de los que llamaron criminal a Martí y fusilaron a Rizal, la semilla sabiniana, con la silenciosa virtud de las fuerzas naturales, va germinando en los corazones de la inmensa mayoría de toda la juventud de Euzkadi para estallar en cualquier momento en una victoriosa floración que los tristes poderes de la anti-libertad serán impotentes para detener; porque ya lo proclamó Bolívar: "El pueblo que ama su independencia al fin la logra".

Mientras esperamos, con todos los hombres de buena voluntad, que ese hecho de justicia y de reparación no tarde, saludamos, con todo nuestro amor y nuestra gratitud, en este centenario de su providencial nacimiento, a Sabino de Arana Goiri, aquel hombre-pueblo cuyo corazón seráfico supo dar con su sacrificio, nuevo calor, nuevos ideales y nueva vida a la patria más vieja de la vieja Europa.

El Nacional, Caracas, Enero 28 de 1965.

SAN IGNACIO Y EL EUSKERA*

Es un siglo triste nuestro siglo XVI. A sus comienzos el reino de Navarra, destinado a ser el fundamento y aglutinante del gran Estado vasco, había caído a los golpes de las luchas intestinas hábilmente explotadas en provecho por aquel rey sin moral ni escrúpulos a quien llamaban el Católico. La conquista del astuto y pérfido aragonés pudo consolidarse porque ya los nabarros —en sus clases rectoras, sobre todo— se habían extraviado lamentablemente, en los caminos de su propio espíritu. "Feliz Nabarra —había cantado dos siglos antes Dante— feliz Nabarra, si se armase del monte que la cerca". Pero el genio del florentino que al escribir esto presentía ya la amenaza cernida sobre el reino pirenaico, no acertó a decirnos que Nabarra, si

quería conservarse, había de apelar a un arma aún más poderosa que sus montañas abruptas, la de su propio espíritu del que iba, poco a poco, vaciándose. Navarra y Euskadi toda.

Que la caída no fue sólo del cuerpo vasco lo vemos claramente en nuestros más poderosos exponentes espirituales de la época. Son Diego de Estella, Malón de Chaide y Alonso de Orozco, entre los místicos; es Ercilla en la poesía, Juan de Huarte en la filosofía; con aquellas lumbreras del saber divino y humano que se llaman Vitoria, Azpilicueta, Bañez de Artazubiaga, Menchaca, Arriga, etc. Es inútil pretender encontrar a través de todos ellos una línea expresada en lenguaje de su estirpe. No constituye una excepción a esto San Ignacio.

Y, sin embargo, este siglo pudo ser el de nuestro Renacimiento como lo fue el de otros países. Mediando el mismo, un clérigo de la Baja Navarra, Bernardo de Etxepare, había lanzado en el primer libro impreso en lengua vasca su grito de resurrección y de esperanza.

"¡Heuscara oraindario egon bahiz imprimitu bagaric, Hi engoiti ibilliren mundu gucietaric".

Euskera

tú, que hasta ahora

has permanecido sin imprimir

conocerás en adelante

la totalidad del planeta

Pero fue la voz que clamaba en el desierto. En el mismo año de 1545 en que aparecía el libro de Etxepare, se abrían las sesiones del Concilio de Trento en que tanto había de influir el espíritu de Ignacio. De las prescripciones de este Concilio nacen unas humildes muestras de nuestra literatura en idioma vasco, los catecismos. El primero, el de Sancho de Elio se imprime en Pamplona en 1561. Diez años más tarde, y en campo bien opuesto al ignacismo, germinaba una obra de mucho más aliento: la traducción vasca del Nuevo Testamento debida a Juan de Leizarraga. El y sus colaboradores trabajaron en esta obra por mandato de la calvinista reina de Navarra Juana de Albret. Desgraciadamente, y para vergüenza de todos, habían de pasar cerca de cuatro siglos para que un hijo ilustre de San Ignacio y de Euzkadi, el Padre Ramó

n de Olabide (G.B.), diera la necesaria réplica con la publicación de su magnífico "Itum Berria", obra que marca época en los anales de la cultura vasca.

Si queremos señalar un momento en que se pueda ver a los Padres de la Compañía empeñados en una labor fecunda de resurgimiento y difusión del euskera a hemos de trasladarnos al primer tercio del siglo XVIII en que destaca la figura del P. Larramendi (1690-1766). El escribe la primera gramática de la lengua vasca. "El imposible vencido" y publica también aparte de otros trabajos relacionados con el vasco su Diccionario Trilingüe. Creador de voces arbitrarias, nadie a pesar de sus equivocaciones puede negar a Larramendi la gloria de gran impulsor de nuestras letras. Reproduzcamos en su honor unas líneas de una carta que dirige al P. Mendiburu: "¿ez da lotsagarri, itz egin bear digutela euskaldunai Euskal Errietan, ez guziok dakigun izkuntzan, ez gure erriko, gure gurasoen izkuntzan, baizikan Gaz-telauen izkuntza errotean?"

Como colaborador y continuador del Padre Larramendi tenemos a su hermano en religión el Padre Kardaberaz que inunda Gipuzkoa con sus libros de devoción escritos en vasco. Ciertamente que Kardaberaz es generalmente un escritor descuidado en su léxico; pero le redime la abundancia de su producción y el haber escrito con su "Euskeraren berri onak" algo así como la primera retórica en vasco, al modo que Larramendi publicó la primera gramática y el primer diccionario.

Completa la trinidad de los jesuitas euskerófilos de esta época el Padre Sebastián de Mendiburu (1708-1782), para nosotros, la figura más simpática y, desde luego, literariamente, la más alta de las tres. Natural de Oyartzun, el P. Mendiburu, durante su estancia en Medina, había llegado casi a olvidar su lengua nativa. La recobró sin embargo, poniendo en este segundo aprendizaje un empeño en llegar a la entraña de la lengua que le convirtió en uno de los maestros de nuestras letras. Publicó en 1747 su Je-susen Biotzaren Debozioa, en 1759 sus preciosos Oíotz Gaiak y, en 1762, el Euskaldun Onaren Bíztera. Aunque, para hacerse comprender mejor de todos, Mendiburu, deliberadamente, recurre a veces a un léxico menos puro, la riqueza de su verbo, la abundancia de su vocabulario y la elegancia de su sintaxis no le abandonan nunca, haciendo de él uno de los escritores al que tiene que estudiar a fondo quien, de veras, quiera conocer los recursos de nuestro idioma. Mendiburu que, aunque guipuzcoano, pertenecía dialectalmente a Navarra, fue también el gran misionero euskaldun de esta región cuyos principales pueblos recorrió todos los años durante los meses de verano. En la iglesia de San Cernin de Pamplona sus sermones constituían otros tantos llenos, pues hasta l

a gente que entendía con dificultad el vasco acudía a oírle. No poca parte en el extraordinario éxito del llamado "Cicerón vasco" tenía su extendida fama de santo y hasta la elegancia y nobleza de su figura.

En 1767, cinco años después de publicado su último libro y cuando seguramente se preparaba a dar los últimos toques a otros que dejó manuscritos, el Padre Mendiburu hubo de tomar el camino del destierro. Así lo disponía aquella Real Orden de Carlos III, cuyos fundamentos permanecían sepultados "en su real pecho". Después de grandes peripecias, fue a dar a Córcega y, más tarde, a Bolonia donde unos años después murió.

Las lágrimas de los vascos que le acompañaron en su camino de Iruña a Donostia, donde embarcó, lloraron la pérdida para las letras vascas de uno de sus más ilustres cultivadores.

El Plata, Montevideo, 1945.

JUAN SARRASQUETA

Esta es la verdadera efigie de Juan Sarrasqueta. Nacido en Elgueta — el primer pueblo que se encuentra bajando del cielo, según los naturales de allí dicen— vino joven al Uruguay donde, lustro tras lustro, ha venido alternando su vasco oficio de herrero con su vasquísimos arte de txistulari. La misma mano recia que había arrancado al hierro, allá en el yunque, sonoras vibraciones, gustaba también, en sus ratos de descanso, de robar al txistu sonoro aquellas viejas melodías que los pájaros de nuestras montañas depositaron para nuestro deleite en sus oscuras entrañas. Y así, año tras año, más de cuarenta lleva ya aquí —ha contribuido Sarrasqueta con su trabajo y con su arte y con sus doce hijos, nueve de los cuales viven, al progreso y engrandecimiento de esta tierra que es, como para tantos vascos, su segunda patria.

Setenta años acaba de cumplir este vasquito de tez rubicunda y alegres ojos inquietos. Y formando con Mitxelena y Arín la banda de txistularis de nuestra capital, sigue sin desmayos, lanzando a los aires, para recreo de nuestros jóvenes y regalo de los que ya no lo son, las notas que un día aprendieron de aquel pajarillo que cantaba en la punta de la rama del manzano de Aldape.

¡Urte askotan, Sarrasketa!

Euzko Deya, Buenos Aires, Noviembre 10 de 1944.

MARTIN DE UGALDE

Unamuno y el Vascongado, Con traen sayo. Editorial Vasca EKIN. Buenos Aires, 1966.

Recuerdo bien el gesto, entre de asombro y disgusto, con que el buen amigo y eminente profesor de Derecho y por entonces Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Montevideo, doctor Justino Jiménez de Aréchaga, me manifestaba un día haber leído ciertas páginas de Unamuno: "¿Cómo un vasco ha podido escribir eso?" me preguntaba, al referirse al deseo reiteradamente expresado por don Miguel en La cuestión del vascongado, de que éste muera y lo haga cuanto antes, porque se pierde sin remedio y porque conviene que se pierda, puesto que no podría servir de medio de exposición a un pueblo que quiera entrar de lleno en la vida cultural moderna.

Para tratar de hallar explicación a esto que tan extraño parecía al jurista uruguayo, hay que comenzar por fijarse en que Unamuno nace en 1864, entre las dos guerras carlistas, y que cuando, en 1876, el término de la segunda señala también el de las libertades vascas, es aún un muchacho de aquella generación que vive el estado de confusión típico de un pueblo en derrota. Existe en éste una minoría rápida en adaptarse al nuevo estado de cosas que se impone al país; otra que, con Sabino de Arana a la cabeza, emprendió la penosa ruta del resurgimiento integral, y entre ambas gira la desorientada masa de los que aún no saben bien lo que han perdido porque, por una u otra razón, nunca lo conocieron. Se mueven éstos buscando entre nieblas el rayo de luz y sueñan algunos con héroes nacionales como los legendarios Altor y Lekobide; hay para quienes la lengua vasca es un "patois", mientras que no faltan otros que ven en ella el idioma prístino, sin tacha ni mancha, que hablaron Adán y Eva en el paraíso terrenal; de música nacional apenas si conocen mas que "zorlzikos" dulzarrones, y así en todo.

Unamuno fue de éstos. No tuvo al cusquera por su primera lengua y aunque sabemos que en su juventud "estudiaba con todo ahínco el vascongado", nunca llegó a dominarlo. Su fracaso como profesor del mismo a que aspiró, junto con otras circunstancias, lo alejó del país en el conocimiento de cuya historia jamás, por otra parte, se esforzó en adentrarse. En vano se buscará su nombre entre los de los sabios nacionales y extranjeros que, a partir de 1918, cada cuatro años, y hasta poco antes de la guerra, se reunían en aquellos magnos congresos culturales promovidos por la Sociedad de Estudios Vascos. Se planteaban y debatían en ellos problemas vitales para el país, desde los de lengua e historia a los de ciencias sociales, puras y aplicadas, desde los de enseñanza, orientación profesional y enseñanzas especiales hasta los de organización de la siempre pedida y eternamente negada Universidad vasca

a; desde los de sanidad y medicina hasta los artísticos en sus varias manifestaciones... Pero Unamuno, pese a sus grandes talentos de ensayista, de poeta y de novelista y otros que Dios quiso darle, no podía hacer figura allí donde se reunían, para hablar p.ej. de la lengua de su pueblo, hombres de otras tierras como el príncipe de los lingüistas europeos Hugo Schuchardt, como Menéndez Pidal, Davies, Meyer-Lubke, Navarro Tomás, Uhlenbeck, Urtel, etc. Porque la verdad es que, a pesar de su cátedra de griego y de su conocimiento de varios idiomas, Unamuno nunca fue ni pretendió ser un lingüista. Esto, unido a su defectuoso conocimiento del euskera, resta mucha autoridad a sus categóricas manifestaciones sobre el problema del idioma vasco. Y algo más triste que todo eso será siempre el pensar que quien decreta sentencia de muerte contra un idioma sea, precisamente, un hijo eminente del pueblo que lo habla.

Sobre estas cosas y muchas otras más relativas al tema se extiende en su libro Martín de Ugalde, en un documento estudio cuyas notas dominantes son la serenidad en el enjuiciamiento y la pena ante el extravío, en esta materia, de un compatriota al que todos respetamos y admiramos. Escribe Ugalde en esa prosa clara y ajustada a la que nos tiene acostumbrados en sus laureadas producciones narrativas. Prosa, por cierto, pareja a la que en lengua vasca emplea en sus libros como *Sorgiñaren urrea* (El oro de la bruja) que acaba de aparecer y con lo cual dobla el valor de su réplica a Unamuno. Porque es el ejemplo vivo y actuante de un vasco que no se resigna ni resignará nunca sino ante lo inevitable y nos da, con sus obras, una noble lección de la voluntad de vivir.

¡Qué lejos estamos de aquel Unamuno que —comentando "Alma" de Manuel Machado— después de escribir aquello de "Yo, hijo de la raza vasca, amiga de la montaña que hay que trepar y del océano que hay que domar con los remos, amiga del cielo gris y de la acción enérgica, releo lo que dice este hombre de "la raza mora vieja amiga del sol", ese hombre de los que todo lo ganaron y todo lo perdieron, ese hombre cuya voluntad se ha muerto una noche de luna..." .

¡Qué lejos de aquel Unamuno quien, después de esta exaltación de la voluntad de su raza y de la constante de la suya propia de no morir, alza la voz para pedir que sus compatriotas, en lugar de luchar hasta el último minuto, decreten ellos mismos la muerte de lo que él más de una vez llamó la "sangre del alma".

El Universal. Suplemento Literario, Caracas, Abril 23 de 1967.

EN EL HOMENAJE A LA MEMORIA DE RON JUAN URAGA*

Señores: Es el dolor un torpe artífice de frases. Las que nuestro muy querido Juan Uruga se merecía son para que las diga quien pueda conservar la mente más serena y el espíritu menos afligido que lo que los nuestros se hallan por la pérdida de aquel amigo verdadero.

Porque eso fue Uruga para nosotros: un amigo verdadero. Amigo en las horas fáciles del aplauso y la alegría, amigo en los difíciles trances del consejo y de la reprensión cordial. Tenía fundamentalmente el don de la simpatía y estaba especialmente dotado para la tolerancia y la comprensión; con esto fácil le era hacer amigos. Pero poseía algo más difícil que eso, algo más raro de hallar. Que en la amistad, como en la fortuna, hay algo aún más difícil que el adquirir y es el saber conservar. Le ayudaban a conseguirlo dos condiciones que singularmente le adornaban: fidelidad y prudencia. Todos sabíamos que secreto depositado en Uruga, aun en lo mínimo, estaba tan seguro como dentro de nuestro mismo pecho. Todos sabíamos también que en él no sólo la traición era inconcebible, lo era asimismo el dicerio, la murmuración, la crítica malévolamente. Yo nunca le oí — virtud más que extraordinaria es ésta— hablar con malevolencia de ningún amigo; por ello podía estar seguro, como lo estabais todos, de que en su presencia, siempre nuestras ausencias serían respetadas. Y nada como esto ayuda a la conservación de la amistad.

Y es que ésta, como lo establecía el orador romano, estriba fundamentalmente en la virtud; sólo los hombres buenos son capaces de ser verdaderos amigos. Por eso lo pudo ser Uruga que era esencial y radicalmente un hombre bueno: nada menos que eso. Bueno, no sólo en su carácter y en su trato, sino en su conducta, en su vida de una honestidad cristalina. Era de la estirpe de aquellos viejos vascos que honraron a nuestra raza en América, como en todos los lugares adonde fueron, porque creyeron siempre que la Fe sin obras es cosa muerta, que de nada sirven las palabras, ni las etiquetas, ni las solemnidades profesiones si la conducta no responde plenamente a ellas. Y la consecuencia de sus ideas con su vida fue !a característica principal de este hombre, bueno, sencillo, generoso, cordial... que murió —no deja de ser un aspecto digno de ser recordado— miembro de la Comisión de Beneficencia de "Euskal Erria" en la que con tanto celo laboró estos años.

* Aunque se publicó, como aquí lo señalamos, en prensa, éste fue el discurso emocionado (a modo de oración fúnebre) en el Cementerio de El Ruceo, en Montevideo.

Y este amigo verdadero, este hombre bueno, fue también un desterrado. Fue

—y no queremos dejar de subrayar el hecho— el primero cronológicamente de los que arribaron a estas generosas playas uruguayas arrojados de nuestra patria por la convulsión provocada por la rebelión militar. Y es un honor para nosotros poder alzarlo aquí como un símbolo de la causa vasca que por hombre como Uruga se justifica plenamente en el corazón de todas las personas honradas.

Uruga era un desterrado y un patriota. Ni el que anteriormente hubiera pasado aquí muchos años —quizá los mejores de su juventud—, ni que aquí tuviera tantas relaciones cercanas de familia a las que amaba con toda la efusión de su pecho y por las que igualmente era correspondido, ni el que su exilio se desarrollase en esta singular tierra de libertades a la que todos tan unidos nos sentimos, podía evitar que con frecuencia el dolor de la ausencia le atañese y la nostalgia de la tierra natal pusiese en su espíritu velos de tristeza que no hay sol alguno capaz de disipar. Porque ésta es la condición del desterrado y ésta lo fue en todos los tiempos, Uli-ses, retenido en la isla de Calipso y pudiendo gozar de todos los deleites que el amor de una inmortal podía ofrecerle, soñaba, sin embargo, todos los días con volver a ver el humo de las cabañas de su tierra.

Es que el destierro, asociado al patriotismo, pone en las cosas —aun en las más humildes— que añoramos colores que el iris no conoce, indefinibles contornos, mágicos matices que jamás pincel de pintor genial alguno pudo captar; recónditas e inefables armonías que escaparon y escaparán siempre de las sutiles redes del pentagrama; sublimes motivos de atracción, adhesión y entrega que nunca poeta inspirado alguno pudo plasmar en palabras, que jamás filósofo ninguno podrá reducirlos a razón, pero que los sentimos hondo, muy hondo en nuestro espíritu como un llamado de la sangre y como un grito de la tierra que está golpeando siempre en nuestros oídos como el eco de una canción desesperada. Y esto hace algunas veces la grandeza del desterrado y esto es lo que hace siempre su miseria.

La sintió muy hondo Uruga. ¡Cuántas veces hemos hablado de estas cosas! ¡Volver a la tierra natal! Besaría en su polvo más humilde como se besa la reliquia santa de una madre... Pero no seré yo quien intente ahora traduciros ese estado frecuente de su ánimo. La canción que en seguida vais a escuchar, su canción favorita, nos dirá de todo ello mucho más de lo que pudieran hacerlo estas mis pobres palabras desgarradas.

El Plata, Montevideo, Febrero 22 de 1952.

ANDRÉS DE URDANETA

Desde Carlyle y Emerson, el culto a los héroes, a los grandes hombres que con su vivir modelaron la vida de sus pueblos, señalando dimensiones humanas superiores en la virtud y en el saber, en el valer y en el hacer, es algo que cada vez apasiona más al hombre quien, por otra parte, siempre llevó dentro de sí esta disposición a admirar a un semejante ante cuya exaltación se siente un poco mejor y más capaz de levantarse él también sobre su propia esfera.

Así nos sucede hoy al evocar la figura de Andrés de Urdaneta en este año de 1961 en que se conmemora el IV centenario de su descubrimiento de la ruta de vuelta en el Pacífico desde las islas de Oriente al Nuevo Mundo que, durante más de cuarenta años, tantas vidas y tanto esfuerzo y predecesores suyos costó.

Andrés de Urdaneta, cuyo apellido tan hondas resonancias suscita en esta tierra en que floreció, con gloria, sangre de esa misma estirpe, nació en la villa de Ordizia (Villafranca) de Guipúzcoa, el año de 1508. Una visión esquemática de su extraordinaria existencia la podemos obtener considerándola en tres etapas fundamentales.

La primera que se extiende hasta 1535, comienza en 1525 en que Urdaneta, a penas un mozo aún, sienta plaza en aquella expedición que parte para las Molucas "donde nasce el clavo de giroflé", como él en su "Relación" escribe, y que va al mando del Comendador Fray García de Loaisa. Conocidas son las peripecias de esa navegación, los cadáveres de cuyos jefes va recibiendo el mar implacable. Primero será Loaisa; tras él, Sebastián de Eícano, el hombre que primero dio la vuelta al mundo y que desde el principio distingue a su joven paisano, uno de los siete compatriotas que firman su testamento y en el que aparece favorecido Urdaneta, quien igual aprecio va mereciendo de los sucesivos jefes que no hacen sino reconocer las extraordinarias aptitudes del joven nauta que pronto encuentran ocasión de manifestarse, en todo su valor, en aquellos años de constantes dificultades y peligros en las Molucas donde, en las luchas con los portugueses, con los indígenas y las que surgen entre los mismos compañeros de expedición, se revelan en él aquella serie de sorprendentes facetas que conforman su personalidad: diplomático y guerrero, consejero y amigo de los reyes de Tidore y de Gilolo; apto como nadie para hacerse de los secretos de la navegación por los recovecos de aquellas islas y como nadie también conocedor de los idiomas de sus habitantes. Todo lo aprende y se hace a todo. Y cuando, en 1535, regresa de las Molucas, el joven poco más que un grumete que había embarcado en la nave de Elcano, era ya el hombre Urdaneta que, en aquellos años de

dura formación, se había forjado para todas las trascendentes empresas que, sobre mar y tierra, le aguardaban.

La segunda etapa comienza cuando, tras breve estada en la patria, embarca en 1538 para el Nuevo Mundo donde sus actividades se ejercitan en dos direcciones totalmente disímiles. En los catorce años primeros, es decir, hasta 1552, recorre tierras, principalmente las de México, en donde, según sus palabras: "me fueron encomendados cargos de calidad, así en los casos de la guerra que se ofrecieron, como en tiempo de paz". Sabemos, en efecto, que aunque su viaje a América fue a persuasión de don Pedro de Alvarado, Gobernador de Guatemala, quien veía en Urdaneta el guía ideal para su proyectada navegación a través del Pacífico en busca de nuevos campos de riqueza, las circunstancias hicieron que ni esta navegación ni otras en que debió tomar parte principal se realizaran. Lo hallamos, por estos años, en varias empresas guerreras en Jalisco, Guadalajara y otras partes y, de pronto, en 1552, sobreviene su entrada en religión en cuya decisión se han querido ver influencias ya del obispo Zumarraga, ya de Fray Gerónimo de Mendieta. Mas fácil parece ser que obrara en él la de Diego de Olarte que, además de compatriota suyo, como los dos anteriores, fue muy su amigo y cuyo ejemplo, como el de quien después de haber sido destacado soldado de Hernán Cortés enterraba todas sus ambiciones terrenales y quizá sus remordimientos de conquistador en el silencio de un claustro, hubo de mover más que ningún otro a Urdaneta quien, tras un año de noviciado, hacía su solemne profesión el 20 de marzo de 1553, en la Orden de San Agustín en la que pronto destacó por su extraordinaria inteligencia y su libertad de pensamiento que le hizo, entre otras cosas, identificarse con Fray Luis de León al declarar a raíz del arresto de éste: "A la verdad que sí lo quemaran pueden quemarme también a mí, porque pienso exactamente como él". Urdaneta, entregado por completo a sus estudios teológicos y a los deberes que los altos cargos que desempeñó en la Orden le imponían, había realizado por entonces el mayor viraje en redondo en su vida de extraordinario navegante.

Pero entonces surge lo inesperado. Felipe II quiere asentar su dominio en las Islas Filipinas —que llevarían su nombre— y asegurar para ello una base en el Nuevo Mundo, mediante el descubrimiento, para el viaje de vuelta a éste, de la ansiada ruta de occidente a oriente. Y como sabe que el fraile ex-navegante sigue siendo, en frase del Virrey de México, don Luis de Velasco, el hombre "más hábil y experto en el arte de navegar entre todos los entendidos en él así en la Nueva como en la Vieja España", se da el extraordinario caso de que el anhelo del Rey va a golpear a la puerta de su celda para confiarle la dirección de la importante empresa. Esta, naturalmente, ha d

e llevar un jefe militar, pero el tal será escogido por el propio Urdaneta, como ya [o dan a entender las palabras del dicho Virrey al hablar a Felipe II del nombramiento de Legazpi para tal cargo: "no se ha podido elegir persona más conveniente y más a contento de Fray Andrés de Urdaneta, que es el que ha de gobernar y dirigir la jornada, porque son de una tierra y deudos y amigos; y conformarse han".

Lo que sigue es conocido. Urdaneta, arrancado de su quietud monástica, después de protestar contra la pretendida conquista, pues para él era claro que las Filipinas estaban entre los territorios prometidos a Portugal por Carlos V en 1529, se somete al mandato de sus Superiores y, en su "Memoria" al Rey, expone el plan del viaje. Este se inicia en noviembre de 1564 y en febrero de 1565 la expedición llega a las islas en donde el comprensivo proceder, siempre observado por Urdaneta y Legazpi para con los indígenas, ha merecido que se escriba que "La conquista de las Filipinas apenas se menciona en la historia, precisamente porque es la más humana en los anales de la colonización".

Pero la estancia de Urdaneta había de ser breve. Tenía ahora ante sí a su máximo empeño. Y, a pesar de la conmovedora carta que firma toda la oficialidad del campo de Cebú, con Legazpi a la cabeza, pidiendo al Rey no les prive de quien en la ida y en la estada en las islas había sido "luz, consuelo y amparo de todos", afronta la incierta ruta de regreso, con lo que ha de hacer buenas las palabras del Virrey mexicano: "Después de Dios se tiene confianza que... (Urdaneta) será causa principal para que se acierte con la navegación de la vuelta para Nueva España". Y acertó, guiando la nave no ya sólo como piloto, sino como dice el cronista Grijalva, en muchas ocasiones, como simple marinero. Y a través de vientos, corrientes, arrecifes, con un saber sólo igualado, en aquel buque de enfermos, por su constitución de hierro y su inquebrantable voluntad, la llevó a su destino y fijó, para el futuro, el ansiado derrotero.

Mairin Mitchell, la admirable investigadora y escritora inglesa a la que el embrujo del mar ha llevado a componer ya varias hermosas historias de navegantes y navegación, principalmente sobre temas ingleses y vascos, nos ofrece en su última obra una amplia y certera visión de la vida y obra de Urdaneta a cuya lectura debemos las líneas que anteceden.

El Universal, índice Literario, Caracas, Agosto 24 de 1965.

"URRUNDIK", VERSOS DE TELESFORO DE MONZÓN* Bergara, 1905 - Bayona, 1981

Recordamos muy bien aquel día gris y lluvioso de invierno de 1940 en que, por primera vez, tuvimos noticia directa de los versos de Telesforo de Monzon-Olaso. Los oímos de los labios de su autor más bien cantados que recitados, parte de ellos en la habitación de nuestro hotel, otros en la terraza de un café, en fin, mientras errábamos ambos, bajo la lluvia intermitente, por las calles y plazas de aquella Marsella bajo cuyos duros mistrales esperábamos ansiosos la ocasión de huir del infierno de Europa.

Y fueron para nosotros una revelación: la de un poeta nuevo que surgía espontáneo, con voz fresca y armoniosa, cantando en el viejo idioma de los vascos nostalgias de paz y hazañas de guerra; de aquella guerra que muchas veces nos había parecido engendrada no más que para hacer enmudecer para siempre la voz de nuestro pueblo.

Lo volvimos a oír luego, ya en Marsella mismo, ya en el Senegal, ya en el barco que nos trajo a tierras de América. Y después de nuestra separación en las mejicanas, nos seguían llegando noticias de que Monzón, cada vez más encariñado con su obra —que era la de su propio descubrimiento—, seguía cantando, produciendo versos sin cesar y cuidándolos y limándonos con el primor propio de su alto espíritu, todo fervor patriótico por dentro e irradiando al exterior aquel gusto exquisito que sabe aristocratizar los temas más humildes, pero que no se compadece jamás con la estridencia del tono ni el adocenamiento en la expresión...

Y he aquí los versos del de Olaso: parte de ellos; los que el autor ha recopilado en un primer libro que bajo el nombre de Urrundik, (Desde lejos) lleva por subtítulo "Bake-Oroi", esto es, "Recuerdos de paz". Recorrámoslos rápidamente, lector.

Comienzan con "Bakartasun", es decir, "Soledad" a la que invoca el poeta para que puesto el espíritu en sosiego libre de odio y tristeza, plantas exóticas en el clima vasco, venga el amor, el mismo que le hizo peregrino, a inspirar sus estrofas que cantarán a Euskal Erria, al amparo de la Virgen de Arantzazu a quien hace la ofrenda de sus poemas que exaltan el sacrificio de los gudarís:

"Gudari orren egintza, bertsoinriak eskeintza Nun arkia! Andra Mari berau be ezin lora garbí?".

En "Bakean", "Ludi barrena" y "Azkaíasun naia", cania contra supuestas inclinaciones del espíritu vasco: el apego a la tierra que, sin embargo, no le

impide derramarse pródigamente por todo el mundo y su amor a la paz que, a veces, ha de ser sofocado por su fiera pasión por la libertad, porque:

"Naiz bakekoa, ez da euzkal-gogoa belauniko yaioa".

Sigue "Osíoak bidean", linda composición tras la que viene "Artzai gaztearen abestia" (El canto del joven pastor). Como poesía pura por la elegancia de su corte, la gracia de sus imágenes: "Udaberri-neskaílla, ne-rekin, alzo pi pilinpaua billaguar illa...!!!" y aun en el aspecto técnico, por lo bien cuidado de sus versos: "Alboka artuta goizero-yaikitzeke dala Bero, —ñola lar rera ardíekin—, hitzaren gain, alai, arin...", reputamos a este poema como uno de los mejores del libro.

Viene después el romance del caballero, el fraile y la pastora; una especie de serranilla impregnada de fina gracia y del sano espíritu de la tierra. Como engendrada en el canto, nos parece aún mejor para cantada que para leída. Quizá influya en este juicio nuestro el haberla conocido por primera vez cantada de los labios del autor. Nos hacemos la ilusión de que por el canto será popularizada y que la aventura de] marquesito de Oñate, allá en los riscos de Arantzazu, será uno de los temas más saboreados en esos "Bertsos berriak" que habrá que revivir y dignificar en nuestra futura etapa vasquista. Y se ñalemos, de paso, que en este aspecto pocos pueden realizar una obra tan simpática y eficaz que la de Monzón.

Y como el espacio apremia, tendremos que hacer una más rápida revista de las composiciones que siguen: "Katalin", sentimental poema en que se narran los amores del pobre maestro de Zegama prendado por la bella Katalin:

"Katalin dantzari mendi-lora garbi... kopetan izerdi, aoan marrubi, illetan gar i..."

El filósofo —y excelente compuesto— "Erreka alboko zurgiñola" en el que las aguas del río, "Ta artean... errekako ura-ba dator ta ba diua...", van marcando el ritmo de la vida; "Itzastar, ume bi", fina estampa de la dramática vida de nuestros pescadores; "Baserriko apaiza" en la que el alma se baña en la paz de nuestros campos; "Bertsolariak" en la que sendos representantes de esta y aquella modalidad de nuestra vida exaltan sus preferencias por el mar o la tierra en una clásica pugna de bertsolaris; "Es-kuzko pelotaldia", plástica descripción del deporte nacional vasco con aquel esculpido final:

"Oyu, irríntzi ta txalogaz, doiazte txapelak, egaz! Orman bizkarrak yarriaz m utillak bai izardiaz, bitsa aoan artzen arnas"

"Perratzallearen umea" cuyo sencillo asunto lo constituyen los amores del mozo cantero y la hija del herrador; "Tropikotik", que aparece un poco desplazada en este grupo de composiciones con las que estábamos viviendo en el corazón de Euskal Erria y "Lurrari", en que el poeta canta a la tierra, la casa, la familia y el apellido, las cuatro ramas del árbol vasco.

Vienen luego unas estampas del pueblo natal del poeta: "Bergara" de la que nos ocuparemos especialmente al final de este recorrido; "Astoak berriketan", que comienza humorísticamente para caminar con la nostalgia de las mañanas domingueras de Bergara y "Egizko gertaera bat" en que se recuerda un episodio de la vida bergaresa.

Después tenemos el grupo de "Abizena" en el que realza la significación y el valor de nuestros apellidos mostrando a un abuelito que ya no teme a la muerte porque puede hacer danzar sobre sus rodillas al nietito que perpetuará su estirpe; "Kondia ta baratzaia", anécdota que refleja el verdadero sentido de la democracia vasca; "Txoria ta belatza", apólogo en que se resume la lucha de Euzkadi con el estado español que pretende ahogar nuestro espíritu. "Batasuna", en que recuerda nuestro gran error histórico —el separatismo intravasco— y exhorta a sacrificarlo todo por la unidad salvadora y "Pizkunde", en que, en torno al episodio del traslado de los huesos de Sabino, predice la resurrección de la patria, terminando el volumen con "Adiskide bari", poema de entre la guerra y la paz, puente entre este volumen y el prometido "Guda-Oroi" (Recuerdos de guerra).

Habíamos dejado aparte deliberadamente al poema "Bergara" y esto por estimarlo, quizás, el más representativo de la personalidad del poeta aunque faltan, naturalmente, en él facetas que pueden hallarse en otros de este libro.

En "Bergara", tenemos los temas capitales, los grandes amores que fecundan la musa de Monzón: el del pueblo en que nació y lejos del cual su corazón no halla calor: "Bergara tik urtenda pozik gabe nabil, —iñun ene biotzak artu ezik bero".

El poeta gusta de contemplar a su pueblo en el silencio de la noche y nos da la razón de ello en esta hermosa estrofa:

"Maite degtin andrea, lotan ha da eder antzeko semca pozkarri, seaskan dala ager, antzeko zoriona dakar biotzera, .sorterria, baketsu, lotan ikustea!"

Con legítimo orgullo, recuerda el puesto de honor ocupado un día por Bergar

a en el campo de la cultura vasca:

"Euskalerrri ta nunaitik ere, sendi gorenetakoko mutil azkarrenak etorri izanak dirá Bergara ra ikasle. ospetsuak izanik ango irakasleak".

Y llega a soñar con que en el Renacimiento vasco Bergara sea un día nuestro Atenas:

"Amets auxe ;zana det: Bergara izan kabi...!

En Bergara se asestó con el abrazo de Espartero y Maroto aquella alevosa puñalada a la libertad vasca, uno de los más grandes ideales por los que late el corazón de nuestro poeta:

"Salduak izan dirá besarkada artzean Yainkoaren Semea Euskal Azkatasun!"

Pero hay otra cosa que pesa tanto sobre el corazón de nuestro cantor como la pérdida de la libertad y es la del euskera que, abandonado ya de antiguo por los mejores ingenios del país, se nos va de entre las manos como la nieve que se derrite al sol o como el agua que corre por la pendiente:

"Euskera degu, urtutzen ari zaigun elur goitik-bera datorren erreka baten ur.."

Este es el peligro más grave y el que más rápidamente ha de ser conjurado si queremos vivir como nación:

"Bestela alperrik degu dendar, irrintzi ta abertzaletasunez gezurretan yantzi Euskera aupatutzeko ez ba gera gauza, gure euskotasun guzti... degu gezur utsa..."

Si así es, si con todo nuestro cacareado vasquismo no servimos para levantar al euskera a su debido puesto, todo ese vasquismo es postizo y nuestras prédicas patrióticas... música celestial.

Tenemos, pues, en el poema "Bergara" los tres grandes amores de Monzón: Euzkadi, Euskera y Bergara. Sus versos son de la hermosa factura que podemos apreciar en otras composiciones no destinadas al canto como "Ka-talin", "Itxastar ume bi", "Adiskide bi", etc.

El lenguaje en Monzón es siempre puro, pleno de savia popular, con el míni

mo empleo de erderismos ni neologismos, libre de esfuerzo y de rebuscamien-
to. Elegante y conciso, hay alguna que otra vez que extrema esta caracterí-
stica —supresiones del auxiliar verbal, etc.— pero no recordamos ningún c-
aso en que ello apareje oscuridad; ha sabido aprovechar en su justa medida
las grandes lecciones de Lizardi y Orixe, que creemos sean los maestros a
quienes más debe; nos referimos al lenguaje y a la técnica del verso, pue-
s por lo que respecta a los temas y enfoques de sus producciones, su espon-
taneidad y originalidad son absolutas. Esto se ve sobre todo en lo anecdót-
ico para lo que está dotado: sus poemas de esta clase son primorosos cuadr-
os que vivirán lo que el idioma.

En resumen, un gran poeta vasco que surge... "hereda nascentem órnate poeta
m"; una sólida esperanza para el porvenir del euskera que por ingenios así
ha de vivir y un hermoso libro cuyo intrínseco valor realzan las preciosas
ilustraciones de Aranoa y cuyo contenido ponen al alcance de los vascos erd-
eldunes y del público latino-americano las interpretaciones de Iñurrategui.

Se lo recordamos, con especial empeño, a todos nuestros compatriotas del
Uruguay.

Euzko Deya, Buenos Aires, Enero 10 de 1946.

* Amezaga era entrañable amigo de Telesforo Monzón (Bergara, 1905-Bayona,
1981), con quien compartió largo viaje en til Alsina desde Marsella a Vera-
cruz en 1941. Aquí hace un estudio de su libro Urrundik, publicado en Méxi-
co, en los comienzos de su Exilio, 1945, y que contiene además de unas pre-
ciosas i lu si ración es de Juan de Aranoa, la. versión castellana de sus
versos por Germán de Iñurrategui.

VIAJEROS EXTRANJEROS EN VASCONIA*

A su tiempo y autorizadamente fue comentado en estas columnas el último lib-
ro con que nuestro querido y erudito amigo Eneko enriquece el acervo de la
cultura patria. Nosotros después de felicitarle cordialmente por la aparici-
ón de este volumen en que tantas cosas interesantes hemos tenido ocasión de
aprender, vamos a limitarnos aquí a dar publicidad a unas cuantas notas qu-
e al correr de la lectura íbamos tomando. Si ellas sirven para incrementar
el interés de los estudiosos en la lectura de Eneko y si a éste mismo en al-
go pudieran ser útiles para una segunda edición que, según tenemos entendid-
o, prepara, nos sentiremos muy satisfechos de nuestra modesta labor.

La frontera de España.

El P. Bel! visitó nuestra tierra en 1633. Al hablar del túnel de S. Adrián dice que por allí ha de pasar cualquiera "que por aquella parte quiera entrar (a) España", (pág. 28).

El peregrino alemán Yon ffarffque pasó por Euskal-Erria hacia 1445 escribe en su itinerario: "Iban de Viana a Logroño, una legua. Ciudad que pertenece al rey de España; aquí se pasa, sobre un puente de piedra, el río que se llama Ebro en que termina el reino de Navarra y del otro lado comienza el país de España" (pág. 64).

En otro lugar (pág 65) refiriéndose al puerto de S. Adrián dice: "allí está el límite de España territorio y lengua y comienza el país vasco territorio y lengua y también otras vestimentas de hombres y mujeres y las leguas y las millas vienen a ser más largas". Esto no obsta para que más adelante cite el río Beobia —error por Bidasoa— como delimitador de los reinos de España y Francia.

El viejo checoslovaco Rosmithal atravesó el país en 1466. En su diario escribe que llegaron a una ciudad Saris, que para Fabié es Villasana de Mena y para Eneko, Valmaseda, y dice: "Desde esta ciudad se va a España". En la traducción de Fabié se lee: "Dos millas antes de Burgos acaba Vizcaya y empieza España" (pág. 132).

"Hace aquí mención al libro de Eneko Mitxelena Viajeros extranjeros en Vasconia, Buenos Aires, Ekin, 1942.

Todas estas citas nos recuerdan aquello de Cervantes en su comedia Dña. Catalina de Oviedo:

"...¿Y es Vizcaya? Allá en la raya de Navarra, junto a España?" //.- SHAKESPEARE.

Además de "bilbo" y "bílboes" encontramos en su vocabulario "har-lot" y "harlotry". Esta voz "harloy" tiene en inglés la significación de "ramera". El arcipreste de Hita usa la forma "arlot" denotando más bien "tercera": "¡Ay y quanto mal que saben estas viejas arlotas!" El diccionario inglés de Abbot da como origen de esta voz a la vieja francesa "arlot". Por nuestra parte uno de los documentos más antiguos en que recordamos haberla leído es en el "Poema de los Albigenses" de nuestro compatriota Guillermo de Tudela. Pero en ese poema la palabra "harioy" que aparece con cierta frecuencia no se aplica a mujeres, sino a hombres en el sentido de "canalla", "chusma" "tro

pa irregular", etc. Nos quedamos, en definitiva, sin saber aún el verdadero origen de nuestro popular arlóte ya que parece muy difícil su derivación del tema "arlo" tarea, cuestión, etc.

III.- WORDSWORTH WENTWORTH WEBSTER.

Después de la aparición de su libro en el que insertaba el soneto del vate "lakista" dedicado al árbol de Gernika, publica Eneko en Euzko De-ya (10-2-43) otros dos del mismo autor. Nos eran conocidos por haberlos visto en Wentworth Webster que los trae en su estudio "Prudencia et les Basques" que constituye el N.º 3 del tomo V del "Bulletin Hispanique" Julio-septiembre 1903, Burdeos). Del segundo hace tiempo ensayamos una traducción al euskera.

Dice Eneko que "el poeta inglés quiso estimular la reacción de los vascos contra las tropas napoleónicas dueñas de Vasconia por aquella época". Es muy posible. Wentworth Webster trae en el citado estudio, principalmente dedicado a ritos funerarios vascos, este párrafo de Laborde ("Itineraire de l'Espagne") que traducimos: "La música y la apariencia de alegría presiden el entierro de los niños. Cuando éstos mueren antes de la edad de la razón son llevados a descubierto al lugar de la sepultura revestidos de blancos hábitos y la cabeza adornada de una corona de blancas rosas; el cortejo va precedido de músicos; un monaguillo lleva la cruz; el cortejo en tumulto manifiesta su alegría como para atestiguar la felicidad de la inocencia. La madre domina su dolor ofreciendo al cielo su resignación. Sea cual fuere la pena que pueda sufrir el bizcaíno, su fe le hace impasible y pronuncia tranquilamente: "Dios lo quiere". Añade a continuación el vascófilo inglés que el citado pasaje ha dado evidentemente materia a Wordsworth para los dos sonetos que seguidamente inserta. La fecha de la aparición del libro de Laborde —1809— y la de esos sonetos —1810— refuerza mucho esa razonable suposición.

En el citado estudio, Webster se refiere a Rosmital "un viajero alemán en las provincias vascas en 1465" que habla de "cirios encendidos, de oraciones hechas ante las tumbas adornadas de flores". Es lo mismo que vemos en Eneko (pág. 131).

Cita también a Larramendi que habla mucho en su Corografía de las ofrendas de cera y pan hechas al clero por las mujeres de Guipuzkoa, no solamente en los funerales, sino al séptimo, noveno y al de treinta días después y también al primero y segundo aniversario. Estas ofrendas eran hechas al principio en la tumba misma. Inserta las condenaciones de varios concilios a estas prácticas y detalla la intervención de las Juntas Guipuzkoanas, en varias

fechas, para terminar con los abusos a que daban lugar.

También se refiere a la costumbre de las plañideras, "adiagilleak", en Guipuzkoa, en Bizkaya "erostariak" (¿eriotz-t-ariak?). Cita la existencia de estas prácticas en Osse y Lescun, dos aldeas del valle de Aspe limítrofes al país vasco, donde a esos lamentos fúnebres llaman "aurosto" (¿del vasco "erostari"?) e inserta la condenación de tal costumbre por el tercer concilio de Toledo y su prohibición por el Fuero de Bizkaya.

Afirma que se encuentra entre los vascos de la parte de España la vieja costumbre de que Hornero, —Odisea, 11, 96-100—, y Virgilio, —Eneida, IX 486-9— hacen mención. Una madre para sus hijos, una hija para sus padres, una recién casada para su marido o para ella misma, hila y teje cada año un trozo de paño o de la tela mortuoria, o del sudario, que se llama en vasco "Mestidura" o "Meztituta" (sic). Esos lienzos eran bendecidos en la iglesia el jueves o viernes santo para asociarles a la representación de la muerte y al sudario del Redentor. Aquí cita Henao que trae algunas estrofas de un poeta bizkaino. Martín de Amezaga, muy noble y algo antiguo, según dice, y que hablan de esto:

O nobles matronas, o Cántabras Zales.

Hiláis nuestra tela, un tanto cada año y estando ya hilada, tejer la mandáis, y para mortaja al fin la guardáis; uso inaudito, curioso y extraño.

Que para libraros del Diablo tacaño, maldito enemigo, contrario tan fuerte, cada año memoria facéis de la muerte desviayos, viviendo, de todo su daño.

IV.- NOGREN.- (pág. 46). Nos parece, con perdón de Eneko, que en un libro de viajes extranjeros en Vasconia, merece un poco más de cabida este original vascófilo británico aunque no fuese más que por aquello que dice Azkue —creo que en el prólogo de su monumental diccionario— de que no hay fonda ni hotel de nuestra tierra que no haya registrado su nombre.

K- WALTER SCOTT.- (página 46). Su nombre nos trae a la memoria una traducción al euskera de su Halidon-Hill, obra de nuestro gran olvidado Eleizalde. La leímos en la revista "Euzkadi" y aunque un poco dura y salpicada de algunos neologismos innecesarios, entre los que incluimos flexiones sintácticas como no usuales —sabida es la pasión del gran patriota vergarés por las mismas—, nos hizo sentir hondamente, en más de una ocasión, por sus bellezas de expresión y de situación v.g. la heroica intervención del ladrón liole Harley: "lapur zinbako carña eskotalandar zin-tzoa", y porque siendo

su tema, como es sabido, la tragedia de Escocia, empujada a la ruina por la lucha fratricida de sus hijos, creíamos ver en aquellos lamentables episodios un fiel retrato de nuestra gran desdicha. No en vano puso Eleizalde en otra de sus obras como lema: "Arrotzak doguz doan baiña Euzkadi gogoan"2.

VI.- WALDO FRANK.- Lo de este escritor (pág. 43) sobre la supuesta pobreza del euskera en el que niega existan palabras para expresar Dios y espíritu y el concepto del tiempo cronológico parece relacionado con aquella desdichada intervención de Unamuno en el parlamento español en que, entre otras cosas, aseveraba que el euskera carece de Términos abstractos. De contes tar a esto cumplidamente se ocuparon Leizaola en el mismo parlamento y Aitzol en su folleto "La muerte del euskera y los profetas de mal agüero".

Por nuestra parte nos limitamos a copiar aquí esto que el erudito P. Feijóo escribió refiriéndose al castellano: "Asimismo padecemos bastante escasez de términos abstractos, como conocerá cualquiera que se ocupe algunos ratos en discurrir en ello".

Euzko Dcya, Buenos Aires, Abril 20 de 1943.

EL PRINCIPE DE VIANA*

(1421-1461)

El destino parece haber marcado ya con un sello de melancolía al joven príncipe que habita el regio castillo de Olite, castillo o, para mejor decir, palacio que su abuelo Carlos III de Navarra había erigido. Reputándose descendiente directo de Carlomagno y de San Luis, había en este buen rey, no sin razón llamado el Noble, y que "tomando consejo de algunos, de ninguno se dejaba gobernar", una innata inclinación hacia todo lo que fuera aumentar el lujo y magnificencia de su corte. Y ninguna muestra mejor de ello que este palacio de Olite donde ahora podemos ver paseando al Príncipe, que ora discurre contemplando el huerto de los Baños donde las plantas exóticas reinan con su chillona policromía; ora las diversas torres, diferentes por su perfil y por sus varios y pomposos nombres —la de la Joyosa Guarda, la de los Cuatro Vientos, la de las Tres Coronas, la de los Lebreles, etc. etc.—; ora por el verdadero parque zoológico que allí se ha logrado formar con sus graciosos ciervos y deformes camellos, jirafas y jabalíes, osos y leones; ora por el jardín de los toronjiles poblado por el triunfo de los pavos reales y los olímpicos cisnes de nieve. Hay mucho que ver y admirar allí y en el esplendor de tantos dorados aposentos que justifican el asombro de aquel viajero alemán von Harff que después de visitar allí al príncipe, en su recorrido de diversas

cortes europeas, dijo que no creía que rey alguno habitara palacio de semejante suntuosidad.

El príncipe Carlos, hijo del matrimonio de doña Blanca de Navarra, hija de Carlos el Noble, con el infante de Aragón don Juan, había nacido en Peñañel el año de 1421 y recibió el nombre de su abuelo que, como para contrarrestar ese nacimiento en tierra extraña, ordenó se le enviaran seis nodrizas navarras, una por cada merindad del reino. Juzgaba, al parecer, el rey, que era preciso que quien nacía llamado a ser soberano de Navarra, mamase el jugo vital de las sanas y auténticas hijas de la tierra.

Y la predilección de su abuelo se volvió a manifestar muy pronto cuando, en enero de 1423, otorgó en lúdela carta real por la que se instituía el Principado de Viana en honor de su nieto de quien ya las Cortes del Reino reunidas en Olite seis meses antes (junio 1422) juraron guardar la persona, honor y estado como futuro rey de Navarra.

Todo parecía sonreír alrededor del príncipe de quien un escritor de la época nos dice: "Fue bello" y cuya dulzura y simpatía juntamente con la nobleza y delicadeza de su espíritu son prendas por todos reconocidas. "Muy sabio, muy sutil, muy agudo y muy claro de entendimiento; gran trovador, grande y buen cantador, cavalgador, cumplido en todo amor y gracia... todo el tiempo de su vida amó mucho el estudio", según un contemporáneo suyo. Su biblioteca, lugar de sus delicias, constaba de un centenar de volúmenes en vitela, la mayoría escritos en latín que son libros de historia, derecho y teología. El Príncipe los guarda y acaricia como verdadero hombre del Renacimiento que domina el italiano y el francés, así como el catalán en el que alterna con el altísimo poeta Ausias March. Era su más grande placer conversar con hombres sabios y eruditos y su Crónica de los Reyes de Navarra, su traducción de la Ética de Aristóteles y otras obras suyas nos dan testimonio de sus talentos y sus afanes.

Nacido en real cuna y dotado de tan altas prendas de carácter y entendimiento todo hacía presagiar para don Carlos una de las más felices y fecundas existencias. Pero la vida pronto se torna cruel para este pequeño Hamlet, como con acierto se le ha llamado, que, apenas salido de la adolescencia, ha de enfrentarse con los fantasmas de la duda que le deparan un destino de guerras y luchas civiles, enredos políticos, destierros y prisiones y una temprana muerte lejos de su patria.

La dureza y la irrefrenable ambición de su padre va engendrando nubes de tormenta en el horizonte que a duras penas logra mantenerse en calma, gracias

a la bondad de su madre doña Blanca sobre cuyo corazón se moldea el de nuestro príncipe. Pero a la muerte de ella (1441) la ruptura entre padre e hijo se hace inevitable. La sospecha, pronto hecha realidad, de que su padre va a casarse atormenta al Príncipe que sabe, por otra parte, que así que su progenitor contraiga nuevo matrimonio perderá el usufructo de viudedad, institución jurídica navarra a la que don Juan pretende asirse para seguir reinando, como efectivamente lo hace, nombrando al Príncipe lugarteniente. Acepta éste a regañadientes, pero pronto (1442) protesta ante las Cortes reunidas en Olite contra esa usurpación de sus derechos cometida por su padre que se apodera del gobierno. Las segundas nupcias que al año siguiente (1443) contrae con doña Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla, acaban de envenenar la disputa, pues la madrastra lo fue en la peor acepción que corrientemente se da a la palabra. Navarra se divide en dos bandos: beamonteses y agramonteses y la sangre de sus hijos corre a raudales sobre el suelo patrio debilitándolo y preparándole como a fruta madura para el bocado de la ambición castellana.

El Príncipe es derrotado en la batalla de Aibar y hecho prisionero. Puesto finalmente en libertad, la firma del rey don Juan de un tratado con su yerno el conde de Foix, mediante el cual don Carlos es excluido del trono, enciende otra vez la lucha con nueva derrota del Príncipe que lia de tomar la ruta del destierro. Cuando después de su estancia en tierras de Francia e Italia, desembarca en Barcelona (1460), el amor con que es recibido por los catalanes es tal que, al ser detenido y desarmado delante de su padre en Lérida, Cataluña entera se levanta a favor del Príncipe y el Rey ha de ordenar su libertad (1461) haciendo entonces su segunda entrada realmente triunfal en Barcelona. La corriente de mutuo afecto era tan poderosa entre don Carlos y Cataluña que, como lo dijo expresamente el arzobispo de Tarragona, "Estaban aparejados (los catalanes) a poner sus personas y bienes y toda la patria por la defensa del Príncipe, y por su justicia, honra y estado; visto que el bien y daño eran comunes del príncipe y de Cataluña". Porque en la prisión de don Carlos los catalanes veían, además del patente contrafuero, el oculto propósito del Rey de terminar con el espíritu de independencia de Cataluña. Los catalanes convirtieron al Príncipe en bandera viva de todas sus reivindicaciones. Y, por un momento, los destinos de vascos y catalanes parecían llamados a ser regidos bajo una égida común en la que se abrazasen los hombres de uno y otro extremo del Pirineo.

Desgraciadamente, el Príncipe vino a morir ese mismo año frustrando tantas hermosas esperanzas. Pero dejando un recuerdo que catalanes y vascos reverenciamos en común y alzamos sobre nuestras cabezas cada vez que, en la lucha por la libertad de nuestros respectivos pueblos, se mancomunan nue

stros esfuerzos.

El Universal, Caracas, Abril 2 de 1959.

* Amezaga, profundamente enamorado de la personalidad de Navarra, se acerca así al Prind-pe (Carlos y su desgracia. Pronuncia una conferencia de gran éxito en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo que transformará luego en un documentado capítulo de su obra El Hombre Vasco.

EL VASCO FRANCISCO DE VITORIA*

(1486-1546)

Se cumple hoy el cuarto centenario de la muerte de este genial vasco, a quien se reconoce, ya sin titubeos, como verdadero fundador del Derecho Internacional.

Nacido en Vitoria, capital del Señorío de Álava, toma de dicha ciudad su nombre al ingresar en religión en la Orden Dominicana. Respecto a cual fuese el suyo verdadero no hay certidumbre, aunque algunos autores señalan que se llamaba Francisco de Gamboa (V. José de Alemay en su Diccionario Enciclopédico Ilustrado, Buenos Aires, 1941). Respecto a la fecha de su nacimiento hay disputas, señalándose las de 1483 y 1486. No se conserva retrato alguno suyo, y, fiel a las características raciales que tan acusadamente en él resplandecen, incurrió en uno de nuestros defectos capitales y que a la larga tantos daños nos ha acarreado: la manía de no escribir. Fueron sus alumnos los que recogieron sus explicaciones de cátedra; Vitoria les dictaba sus puntos esenciales y les ordenaba rehacer más tarde esas notas para, de acuerdo a ellas, resolver los casos propuestos. Por esto se llaman "relecciones".

Estas Relecciones que han llegado a nosotros en número de trece fueron editadas por primera vez en Lyon, el año 1557 y han ido apareciendo en diversas ediciones a través de los siglos XVI, XVII y XVIII. Modernamente se han hecho publicaciones parciales a base de sus dos "Re-lecciones" de carácter más internacionalista, es decir, la "Relectio de Indis" y la "Relectio de Jure belli".

Vitoria, que había profesado en Burgos en el convento de San Pablo, es enviado por sus superiores a París donde, en el Colegio Máximo de la Orden en la calle Saint Jacques, permanece unos 26 años, primero como alumno y después como profesor en el propio Colegio, doctorándose de Teología en la Sorbona. En 1522 es trasladado al Colegio de San Gregorio de Valladolid y de

allí a cuatro años, habiendo obtenido, en brillante oposición, la renombrada cátedra de "Prima Teología" en la Universidad de Salamanca, pasa a esta ciudad donde enseña hasta su muerte.

No era el de Vitoria ingenio de los que se gastan en sutilezas y disquisiciones vanas. Vasco en esto como en todo, los hechos de la vida cotidiana atraían su atención; él los analizaba y se servía de ellos para exponer sus opiniones propias y sacar sus conclusiones prácticas; nada más lejos de su espíritu, como dice Menéndez Pelayo, que "los degenerados nominalistas, que en su juventud alcanzó en la Universidad de París". Y como por aquellos días la atención de los teólogos y moralistas era suscitada por las cuestiones que planteaba la conquista del Nuevo Mundo recién acabado de descubrir, Vitoria se siente naturalmente subyugado por aquel tema y él le sirve de base en su discurso de apertura del año académico de 1532. Ponía con él los primeros cimientos al futuro Derecho Internacional.

No consienten los límites de este trabajo una exposición ni siquiera sintética de la obra del ilustre tratadista vasco. Con Galíndez¹ podemos establecer que son tres los principios fundamentales de la doctrina vitoriana: 1.º libertad de todos los pueblos, 2.º solidaridad entre todos ellos y 3.º sanción contra el injusto agresor.

Es particularmente valiente su defensa de los pueblos recién descubiertos frente a sus conquistadores; ni el poder imperial ni el papal, afirma el fraile vasco, —enfrentándose con el coro absolutista e imperial español del siglo XVI— pueden ser jamás títulos legítimos para despojar de su independencia a un pueblo libre.

Jules Vuy ha mostrado que al construir Rousseau sus teorías políticas pensaba en su país natal. No parece muy difícil establecer que al formular Vitoria sus doctrinas, el espíritu nacional vasco, de una tradición de libertad tan gloriosa como poco conocida, hablara por su boca. Así lo entendemos los vascos que vemos en Francisco de Vitoria una de nuestras más puras y auténticas glorias nacionales; una de las expresiones más fieles de nuestro secular y peculiar espíritu de libertad. Por eso, cuando ésta vuelva a nuestra patria hoy oprimida por la tiranía que execró Vitoria, ha de ser una de las tareas más justicieras y fecundas de los hombres del Renacimiento vasco, el fervoroso estudio de su personalidad y de su obra.

El Plata, Montevideo, Agosto 12 de 1950.

I.- J. de Galíndez. La aportación vasca al Derecho Internacional¹ "EKLN".

Buenos Aires, 1942.

Amezaga, como abogado, sentía especial respeto por las Leyes, sobre todo por La Ley de Bizkaia. Vilorta, Francisco de (VilurUi, MXfi-Salamanca, 1546) es uno de sus personajes admirados. Ya en el parainfo de la Universidad de Montevideo diserta sobre Vitoria y el Fuero. Luego lo incluye en un capítulo de su obra El Hambre Vasco.

FRANCISCO DE XABIER

Xabier, Navarra, 1506 - Shang-ch-van, 1582

Los primeros años del siglo XVI marcan una de las épocas más tristes de nuestra historia patria con la ruina de la soberanía nacional de Navarra y la división territorial de ese reino entonces consumada y que aún perdura.

"E beata Navarra, s'armasse del monte che la fascia!" (Paradiso, XIX) había cantado dos siglos antes el Dante previendo, con la profética intuición de los vates, los moriales peligros que amenazaban al reino vascón estrechado por dos vecinos poderosos. Pero la armadura de los ricos pirenaicos no era bastante: que en las naciones, como en los individuos, la única fortaleza inexpugnable es aquélla que radica en las potencias incoercibles del espíritu. Y el de Navarra venía siendo trabajado hasta los tuétanos por el virus de la descomposición interna. La obnubilación de la conciencia nacional, gravísimo mal en gran parte debido a la falta de unidad del organismo vasco que solamente con Sancho el Mayor y su hijo García alcanzó plena expresión; la política de secesión de Alaba, Vizcaya, y Guipúzcoa que durante los siglos XII y XIII se siguió por los reyes de Castilla y concluyó por dejar a Navarra abandonada a sí misma, sin su natural salida al mar y condenada ya por ello a una previsible decadencia; la acción de esa misma política en la vida interna de Navarra atizando la lucha sangrienta de los banderizos, convirtiendo a la parcialidad beaumontesa en el principal aliado de las fuerzas foráneas prestas al asalto y a su cabecilla, el conde de Lerín, en el Quisling de la época, habían preparado el terreno más que suficientemente para el acto final del drama.

Castilla y Francia luchaban por el predominio europeo. El reino navarro, situado entre ambos poderosos enemigos, hacía esfuerzos desesperados para mantener su neutralidad. ¡Qué bien viene aquí el recuerdo de la divisa del Príncipe de Viana! —sugestiva figura del Renacimiento, traductor de Aristóteles, amigo de Eneas Silvio, Lorenzo Valla y Ausias March, pintor, músico y poeta, amador y gustador de las cinceladas joyas, los muebles preciosos

y los antiguos códigos— ¡qué bien viene aquí el recuerdo de la divisa del desgraciado heredero del trono navarro: un hueso roído por dos lebreles! Porque es entonces cuando llega el momento en que uno de estos dos lebreles, que ya había minado el terreno con sus acostumbrados procedimientos de "trato (traición) y furto" que en secretos documentos recomendara a sus agentes del interior del reino vasco, pone en marcha contra éste a un poderoso ejército castellano al mando del duque de Alba que invade Navarra por el valle de la Burunda. Era el 21 de julio de 1512 y el 24 del mismo mes capitulaba Iruña (Pamplona) y en mes y medio de campaña toda la ocupación estaba consumada. compañía de aquella noble viuda que, en documento tan poco apropiado para expansiones sentimentales como es un recibo, da fe de su inmensa tragedia al firmarse: "La triste María de Azpilicueta".

A partir de los dieciocho años, la vida de Francisco es demasiado conocida para que nos detengamos aquí en detalles. Son los años de la Universidad, del encuentro decisivo para su vida con el otro gigante vasco, Ignacio de Loyola, su conversión, su maravilloso apostolado en las Indias y el Japón.

Al conmemorarse el cuarto centenario de la muerte del gran Santo, hemos querido poner el acento sobre la naturaleza y el carácter íntegramente vascos del gran hijo de Xabier. Del Xabier nacido cuando Navarra era aún Estado independiente, tan independiente en el orden internacional como hoy día lo es el Uruguay. Del Xabier hijo, para mayor simbolismo, de padre y madre naturales respectivamente de las dos zonas en que hoy aparece repartida Navarra. Del Xabier que al dar en París sus datos personales para la ficha universitaria dice expresamente cantaber, es decir, vasco. Del Xabier que sin las armas homicidas del cruzado, sin otros dolores que los que a sí mismo se causa al entregarse por entero al bien de sus prójimos, se lanza a llevar la luz de la verdad cristiana a los pueblos que la desconocen. Del Xabier que hospedado en el hospital de Coa dormía sobre una estera tendida junto a los enfermos más graves, visita a los presos, acude al hospital de leprosos y recorre las calles llamando con una campana a los niños a los que explica el catecismo. Del Xabier que sufriendo en Cochín de no poder comunicarse con los nativos, "por ser su lengua natural malabar y la mía bizcaína", no demora en aprender lo necesario para ejercitar su apostolado en el idioma del país. Del Xabier que conociendo en carne propia los atropellos y vejámenes inherentes a todo régimen de conquista, eleva valientemente su voz al rey de Portugal denunciando los abusos de sus ministros y funcionarios en el trato con los indígenas: "Ya sabrías castigarlos severamente si les hallares menos fieles y solícitos en la cobranza de los bienes del fisco". Del Xabier que, en la hora sublime de su tránsito, da testimonio de su raza hablando en la lengua aprendida en el regazo de su madre en el rincón vasco del castillo familiar

Por las circunstancias de su nacimiento; por la aureola de lealtad patria que a toda su familia envuelve; por su fe forjada en el heroísmo y la comprensión de los dolores y problemas humanos; por la idiosincrasia de su genio; por su fidelidad inquebrantable a su tierra, a su sangre y al verbo de su raza, el santo Francisco de Xabier es una de las figuras más altamente representativas y una de las más puras glorias que la nación vasca ha ofrecido al mundo en los largos días de su historia.

Euskal Erria de Montevideo, Montevideo, (?).

JUAN DE ZUMARRAGA*

Durango 1463 (?) - 1548

Hoy 3 de junio se cumple el cuarto centenario de la muerte del primer obispo de Méjico, Fray Juan de Zumarraga, gran figura de la raza vasca y la civilización americana, introductor de la imprenta en este continente. Había nacido en 1463 en Durango (Vizcaya), el mismo lugar en que, al correr de los años, iba a ver la luz primera Bruno Mauricio de Zabala, el fundador de Montevideo, y, tras profesar en la Orden franciscana en el célebre monasterio de Arantzazu, su talento y méritos le hicieron ascender en su carrera religiosa hasta llegar en 1527 a ser presentado por el Emperador Carlos V para obispo de México, dignidad en que fue constituido por Clemente Vil en 1530.

Los veinte años —1528 al 48— de su vida mexicana están llenos de fecundas empresas apostólicas que han perpetuado su nombre. En estas breves líneas, nosotros sólo le consideraremos en dos aspectos que especialmente le caracterizan: como amante de las luces y como protector de los indios.

En cuanto a lo primero, ello aparece, entre otros hechos, en la fundación del famoso colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco debida a la iniciativa de Zumarraga, según en cédula especial hubo de reconocer la reina y resplandece, sobre todo, en su preocupación y esfuerzos por la introducción de la imprenta en el Nuevo Mundo. Se ve ya en 1533 a nuestro prelado presentando al Consejo de Indias un memorial en el que se pide el envío de la imprenta a América; se le puede contemplar en 1534 en su regreso del viaje a España navegando en compañía del impresor Esteban Martín, primero de su oficio que pisó tierras americanas; lo podemos considerar, finalmente, el año 1539 cuando, de acuerdo con el virrey Mendoza, contrata la venida del impresor lombardo Juan Pablos con una imprenta completa y los tipógrafos necesarios, todos los cuales llegaron para que la gloria de los vascos en este p

unto inicial de la cultura americana fuese compleía, en la nave de nuestro compatriota Miguel de Jauregui. Zumarraga dio a los impresores como local la casa llamada *-de las campanas" inmediata a la residencia episcopal y allí apareció la primera obra impresa en América a la cual siguieron otras varias mandadas imprimir por Zumarraga.

El segundo aspecto enunciado lo ilustraremos brevemente con dos hechos: e! uno, lo encontramos el año 1529 cuando habiendo salido Nuño de Guzmán, presidente de la Audiencia mexicana, a la conquista de los indios chichimecas, Zumarraga, antes que la expedición partiese, declara que tal empresa es injusta. El otro cuando en 1546 concluye una asamblea de obispos del virreinato que adopta, a favor de los indios, resoluciones análogas a las establecidas por el inmortal P. Vitoria en sus relaciones.

Dos años más tarde terminaba el ilustre franciscano vasco su vida ejemplar declarando en el testamento otorgado la víspera de su fallecimiento que "Nada le inquietaba sino el quedar adeudado con su buen mayordomo Martín de Aranguren".

Entre los miles y miles de vascos que vinieron desde el día mismo del descubrimiento a fecundizar con su esfuerzo las tierras vírgenes de América, pensamos que serán muy raros aquellos cuyos nombres están inscritos en las listas de conquistadores y opresores; si los hay, preferimos no recordarlos. Pero, en cambio, nunca dejaremos de reclamar, como una de las mayores glorias de nuestro pequeño pueblo la nómina impresionante de navegantes, fundadores, colonizadores y misioneros que cumplieron una obra fecunda marcándola inconfundiblemente con el sello de su raza que supo adelantarse en siglos a todas las de Europa en su culto a la libertad, la democracia y la dignidad del hombre. Recordemos hoy solamente, entre los juristas, al padre Vitoria, inmovible defensor de los derechos de los pueblos recién descubiertos; citemos en la grey de los poetas a Ercilla que con rendida admiración escribe la gloriosa epopeya de la nación araucana; miremos en las filas de los caudillos a Bolívar, el Libertador por antonomasia y en las pacíficas huestes de los civilizadores religiosos, al saludar la obra ingente de un Lasuen en California, un Anchieta en el Brasil, o un Larrañaga, entre nosotros, de diquemos hoy un recuerdo de homenaje y gratitud a Juan de Zumarraga, el vasco ejemplar que trajo a América la imprenta para que con ella viniesen la luz y la verdad engendradoras del bien supremo de la Libertad, así en los pueblos como en los hombres.

El Plata, Montevideo, Junio 3 de 1948.

* Zumarraga os otro de sus personajes favoritos. En 1944 disertó sobre «¿1 e» el Paraninfo (le la Universidad de Montevideo. Luego lo incluye en su obra El Hombre Vasco.
